

61. LA HISTORIA CULTURAL DE LOS QUICHES

Para comprender cabalmente la historia cultural de los quichés y captar las causas de las diferencias de su cultura con la maya, conviene resumir su historia, reseñada en capítulos anteriores.

Debido al fuerte incremento demográfico que ocurre en el área maya durante el Clásico temprano como consecuencia de la agricultura intensiva que se desarrolla en esa época, parte de la población emigra hacia el Noroeste y funda colonias mayas en Teotihuacán y otros sitios de la Mesa Central en México.

Este incremento de la población en el área maya es notorio en la arqueología y está registrado, además, en la mitología¹.

Los emigrantes se expatrian después de la invención del calendario y de la rueda de cincuenta y dos años, pero antes de la creación de la Cuenta Larga.

En las tierras semiáridas del Altiplano Central recurren a la agricultura de regadío para mantener las relaciones entre la vida ceremonial y las labores de cultivo en la forma prescrita por el calendario y los mitos y así poder asegurar su subsistencia. En consecuencia, se aglomeran en una gran ciudad: Teotihuacán.

No solamente la arqueología comparada y el calendario comprueban su filiación maya, sino también la lingüística, el arte y la religión; las plantas culturales básicas, la flora y la fauna sagradas de los teotihuacanos son oriundos del área maya y desconocidas en el Altiplano Central de México.

Teotihuacán se derrumba hacia el año 600 de nuestra era, o un poco antes, a consecuencia de la sublevación de sus tributarios chichimecas, que al fin son derrotados y huyen en masa hacia el Sur.

Después del colapso de Teotihuacán, los toltecas fundan otra capital en

¹ «Muchos hombres fueron procesados y en la obscuridad se multiplicaron. Juntos vivían todos y en gran número existían» (*Popol-Vuh*, pág. 194).

un lugar estratégico: Tula. Han aprendido el manejo de las armas con sus enemigos. Comienza la época que los arqueólogos llaman militarista.

Hacia el año 900 de nuestra era, o poco antes, Tula es evacuada por los toltecas, debido a la presión azteca, tendente a introducir los sacrificios humanos entre ellos. Surgen disensiones internas por esta causa. Algunos aceptan los sacrificios humanos; otros se rebelan contra esa bárbara costumbre, desconocida hasta entonces. Luchas intestinas ensombrecen la vida de los toltecas. Finalmente su soberano, que los mexicanos llaman Quetzalcoátl y los mayas Kukulcán, ordena la desocupación de su reino y el éxodo hacia el Sur, la patria de sus lejanos antepasados. Los toltecas que abandonan Tula y llegan a Guatemala se identifican con el grupo quiché (quiché, cakchiquel, tzutuhil), de habla maya. Esta es otra prueba de que los toltecas son de filiación maya.

Con la diáspora tolteca finaliza la historia de los mayas en México, que duró aproximadamente mil años.

Concordancias de la Mitología con la Arqueología y la Historia.—De la exégesis del *Popol-Vuh* se desprende que mayas y quichés compartieron el mismo destino histórico y la misma cultura desde el Paleolítico hasta la Cuarta Edad, que corresponde al nivel de la civilización. El *Popol-Vuh* es un exponente de esa unidad maya-quiché.

Pero a partir de la cuarta Creación, la mitología quiché y la maya son totalmente divergentes. La primera registra la historia particular de los quichés, después de su separación de los mayas y su encuentro con gente bárbara. «No sabían (los quichés) qué habían venido a hacer tan lejos.» En seguida la citada fuente describe que encuentran «gentes montaraces, a las que no se les ve la cara, no tienen casas, sólo andan vagando por los montes pequeños y grandes, como locos. Así decían, despreciando a la gente del monte» (*Popol-Vuh*, pág. 194).

Esas tradiciones de los quichés, que refieren sus contactos con gente de una cultura de tipo chichimeca, coinciden con las toltecas. Refiere Veytia que en las riberas del río Atoyac, en la región de Cholula, los toltecas encontraron un pueblo en estado salvaje que vivían más como brutos que como racionales. Su alimento eran las carnes crudas, las aves y las fieras que cazaban, las frutas y las hierbas silvestres, porque nada cultivaban; andaban enteramente desnudos y para la caza de volatería usaban el arco y la flecha.

Tal descripción se refiere indudablemente a las hordas chichimecas, que, bajando del Norte, se estaban infiltrando en la Mesa Central, donde fueron aculturadas más tarde por los teotihuacanos. Otras fuentes mexicanas nos hablan de esos cazadores nómadas, pero ninguna las identifica con otra etnia que no sea la chichimeca. La primera referencia concreta acerca

de un pueblo del Altiplano es Tulán, ignorándose si se trata de Teotihuacán o de Tula, ya que ambos centros tienen el mismo prefijo, que parece genérico de los grandes centros mexicanos preaztecas.

En detallada narración, el *Popol-Vuh* nos traza un cuadro dramático de la introducción de los sacrificios humanos entre los quichés, su rechazo por el pueblo y finalmente la adopción de esa bárbara costumbre, que tan honda impresión dejó en su ánimo.

El padre F. Francisco Jiménez corrobora estos hechos, manifestando que «Balam Quitze fue el que inventó el sacrificar al ídolo Tohil»².

Nada de esto mencionan las fuentes mayas. Los *Chilam Balam*, particularmente el de Chumayel y de Tizimin, registran la historia de los mayas y su éxodo hacia la península de Yucatán, así como los acontecimientos que se desarrollan en esta región después del colapso de su cultura.

Todas las narraciones mayas están impregnadas de la formulación calendárica y referidas en términos de la cuenta katúnica, exclusiva de los mayas. Las edades míticas están concebidas como katunes y los acontecimientos históricos señalados en la misma forma. El *Chilam Balan* de Chumayel nos dice, por ejemplo: «Cuatro Ahau es el nombre del Katún en que bajaron la "Gran Bajada" y la "Pequeña Bajada"; así se nombran» (*obra citada*, pág. 138).

En cambio, el *Popol-Vuh* no hace ninguna referencia en términos katúnicos, porque los quichés desconocían la rueda de los katunes. Aquí tenemos de nuevo otra correlación entre mitología y arqueología, puesto que los toltecas, o quichés, desconocían la Cuenta Larga.

La yuxtaposición de la historia particular de cada pueblo sobre la estructura mítica, articulada en edades, es una característica general de las mitologías americanas, como se ha comprobado con numerosos ejemplos en el curso de esta obra.

De esto se sigue que mayas y quichés comparten la misma mitología y la misma cultura hasta la Cuarta Edad.

Se ha visto, por ejemplo, que los mayas ignoran el *Popol-Vuh* escrito por los quichés; sin embargo, dramatizan ritualmente todos sus episodios al pie de la letra, sin omitir un solo detalle, pues los mitos registrados en la citada fuente corresponden al común patrimonio cultural maya-quiché. A partir de este fondo común, la historia quiché y la maya se bifurcan; cada cultura evoluciona de manera independiente y en ambientes geográficos distintos. Así se explican las divergencias que se notan entre el *Popol-Vuh* y los *Chilam Balam*, pues la primera de esas fuentes narra la historia particular de los quichés, en tanto que las otras registran acontecimientos históricos que son exclusivos de los mayas.

² Padre F. Francisco Jiménez, *Escollos a la Historia del Origen de los Indios*, Guatemala, edición 1967, pág. 12.

En cambio hay concordancias entre las fuentes quichés y las mexicanas que se refieren a los toltecas, principalmente en lo que se refiere al éxodo de los toltecas a Guatemala y la península de Yucatán.

Exodo quiché de Tula a Guatemala

Pocos movimientos migratorios, dentro del continente, están tan bien documentados como la migración quiché desde el centro de México a Guatemala. El *Popol-Vuh*, los *Anales de los cakchiqueles*, el *Título de los Señores de Totonicapán*, la *Crónica* de don Francisco Gómez, primer Ahzib quiché; la *Crónica* de don Juan de Torres, hijo del rey Chignauicelut; la *Crónica* de Francisco Tzumpán, y otras más, nos brindan interesantes referencias acerca de un acontecimiento tan memorable.

«Y lloraron por su salida de Tulán; lloraron sus corazones cuando abandonaron a Tulán», nos dice el *Popol-Vuh* (Trad. Recinos, pág. 205).

El *Memorial de Sololá* o *Anales de los Cakchiqueles*³ describe con gran realismo los episodios del épico viaje que se resumen a continuación.

Reunión ordenada en Tula de diversos grupos toltecas procedentes de varios lugares del Altiplano, con el propósito de emigrar⁴.

Nosotros (los cakchiqueles) nos colocamos en orden en la parte izquierda de Tulán; allí estuvieron las siete tribus. En la parte de la derecha de Tulán se colocaron en orden los guerreros. Los tzutuhiles son los primeros en llegar a Tulán y los cakchiqueles los últimos. Mención de todas las tribus que llegan a Tula de diferentes localidades del imperio tolteca. Especificación de los elementos que llevan consigo: ídolos de piedra y de madera, turquesas, oro, plumas verdes, perlas de conchas, obras pintadas y talladas, flautas, cacao, calendarios de sacerdotes, cantos, danzas, etc.

Los tzutuhiles abren la marcha; les siguen los *Vuk ama'k* (siete tribus); después las trece divisiones de *Ahlabal* (guerreros), encabezados por los quichés. Cuando los *Vuk ama'k* y los *Ahlabal* hubieron desfilado, «nosotros los cakchiqueles salimos los últimos de Tulán. Ni uno solo se quedó atrás»⁵.

Incidentes de viaje: marcha en dirección al mar (golfo de México). Paso de un estero sobre un banco de arena. Llegada a Tepeu-Olomán, pasando por Meahauh y Valcal Xucxuc. Más tarde los emigrantes llegan a Nonualco. Allí se enfrentan con los de Nonohualcat y Xupilti (pipiles), con quienes libraron una batalla en que fueron vencedores. Pero el combate sigue

³ Ed. de Adrián Recinos, México, 1950; J. Antonio Villacorta, *Memorial de Tecpán-Atitlán*, Guatemala, 1934.

⁴ Según la historia tolteca-chichimeca, Tula era una metrópoli que tenía bajo su jurisdicción 20 ciudades que eran «sus manos y sus pies».

⁵ A. Recinos, *Título de los Señores de Totonicapán*, México, 1940, pág. 216.

en el pueblo de Zuyva. «Fue terrible realmente cuando nos encontramos entre las casas; peleamos en sus casas, peleamos con sus perros. Atacamos una vez, atacamos dos veces, hasta que fuimos derrotados.» El teatro de las hostilidades se encontraba probablemente en la región de la laguna de los Términos. A raíz de su derrota, los cakchiqueles regresan a Tepeu-Olomán. Celebran un consejo de guerra para deliberar sobre la situación y deciden continuar el viaje en busca de su patria primigenia.

«No hemos venido para estarnos aquí amontonados a la orilla del mar, sin poder contemplar a nuestra patria que se nos dijo que veríamos, vosotros nuestros guerreros, nuestras siete tribus. Así les dijeron y al punto se llenaron todos de alegría» (*Memorial*, Recinos, pág. 58).

Sigue la narración de la citada fuente cakchiquel. «En seguida nos dispersamos por las montañas; entonces nos fuimos todos, cada tribu tomó su camino, cada familia siguió el suyo. Penetran en el área maya por distintos caminos enumerando una serie de lugares cuyos nombres han desaparecido de la geografía moderna.

El *Título de los Señores de Totonicapán* hace referencias a las penalidades del camino. Fueron obligados a sustentarse de raíces, por falta de víveres, pero caminaban contentos.

Llegaron a la orilla de una laguna, en donde había multitud de animales; allí hicieron ranchos... Llegaron a un paraje llamado Chicpách; hicieron mansión, y dejando como recordatorio una gran piedra, siguieron la peregrinación, siempre manteniéndose de raíces⁶. «No había nada para comer. Tampoco había con qué vestirse. Todo faltaba. Sólo vivíamos de la savia de las plantas y olíamos la punta de nuestros bastones para satisfacer nuestro estómago» (*Memorial de Sololá*, pág. 84).

Detalle histórico de interés es el contacto que hacen los emigrantes con los de *Chol Amag*, pokomames y mames en Guatemala.

De la lengua de los choles dicen: «Ciertamente era difícil su lenguaje; nosotros interrogamos a los bárbaros... Se sorprendieron los de *Chol Amag* cuando les hablamos en su idioma, pero nos respondieron con buenas palabras» (*Memorial*, Recinos, pág. 66).

En cuanto a los mames, «no hablaban claro, eran como tartamudos. Pero ciertamente eran buenas gentes. Nos dijeron: "Tú, Señor, que has llegado y estás con nosotros, nosotros somos tus hermanos, tus parientes; quédate aquí con nosotros." Así dijeron. Querían que olvidáramos nuestra lengua» (*Memorial...*, Recinos, pág. 67).

Considero de sumo interés las referencias que hacen las fuentes quichés y cakchiqueles al parentesco y, a la vez, a la diferenciación lingüística entre las lenguas mayas de Guatemala y las que hablaban los toltecas.

⁶ Ernst Mengin, *Corpus codicum americanorum medii aevi*, Copenhague, 1952, vol. III, 217. *Memorial de Tecpán Atitlán*, págs. 43, 44.

En seguida ellos encontraron a los de Nimpokom y a los de Raxchich, en el lugar llamado Zuktzuy. Encontramos a todos los súbditos de los pokomames, que bailaban su danza, pero sin venados, sin pájaros, sin tramperos ni redes. Este detalle es interesante, en cuanto establece la diferencia entre las danzas pocomames y las cakchiqueles.

Los cakchiqueles hacen la guerra a los pokomames. «Tomemos las armas y vamos a luchas.» Inmediatamente todos tomaron las armas y los escudos y arreglados se presentaron ante los pokomames. En el acto cundió el terror entre los pokomames; y los nuestros se lanzaron para apoderarse de ellos» (Villacorta, pág. 201).

Asimismo constan a los ikomagi, que corresponden probablemente a los quekchis; «ellos se reconocen vasallos de los cakchiqueles».

«Al rendirse dijeron: «Somos tus hermanos y parientes y ahora que nos has conquistado seremos vasallos de tu trono y tu poder. Como un solo hombre te serviremos.» Así hablaron lo ikomagi, sus vasallos los cakixahay y qubulahay. De esta manera fue la rendición de los ikomagi y así salvaron la vida» (*Memorial...*, Recinos, pág. 75).

Episodio notable es el sacrificio de Tolcom. «Llegaron al lugar Cakbatzulú, donde se encontraron con el llamado Tolcom. Entonces les dijo nuestro antecesor Gagahuitz: «¡Oh guerreros! ¿No podemos luchar? ¿No tenemos arcos y escudos para hacer una entrada?» Entonces Tolcom se sometió y fue hecho prisionero. De esta manera se humillaron ante nuestros primeros padres muchos que vieron abatidos su grandeza y linaje.»

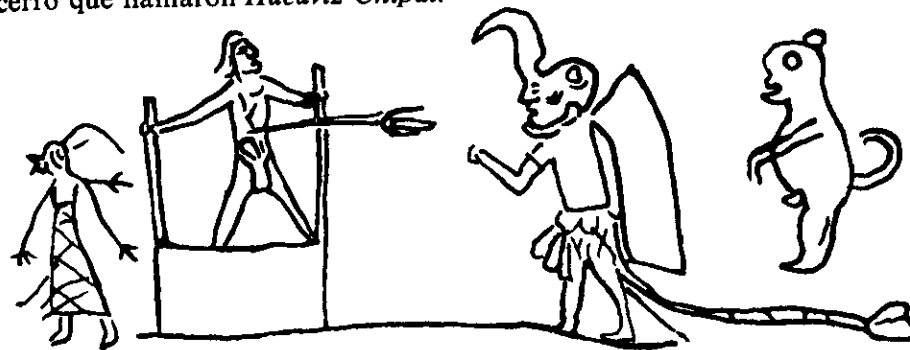
«Entonces comenzó la ejecución de Tolcom. Vistióse y se cubrió de sus adornos. Luego le ataron con los brazos extendidos contra un árbol para asaetarlo. En seguida comenzaron a bailar todos los guerreros. A continuación comenzaron a disparar las flechas. Por fin lanzó su flecha nuestro antepasado Gagavitz y se clavó en Tolcom. Y cuando aquel hombre murió, su sangre se derramó en abundancia detrás del árbol. Su muerte se conmemoró en adelante en el mes *Uchum*, el quinto mes del calendario cakchiquel» (Recinos, págs. 77, 78).

De interés etnológico e histórico es la descripción de las fuentes cakchiqueles acerca del sacrificio por flechamiento, importado de México, además del sacrificio por extracción del corazón.

En una pared del templo II de Tikal se ve un grafito que representa una escena de sacrificio por asaetamiento, como puede apreciarse en la reproducción siguiente. Los mayas del período clásico no practicaban ninguna clase de sacrificio humano. Esta escena de Tikal es netamente tolteca. Probablemente los quichés o los cakchiqueles pasaron por allí en el curso de sus peregrinaciones.

El citado memorial de Totonicapán manifiesta que después de haber pasado por Chicpach llegaron a otro paraje que nombraron Chi-Quiché;

allí tardaron algún tiempo y, habiéndole abandonado, llegaron al fin a un cerro que llamaron *Hacaviz-Chipal*.



Allí fue a donde hicieron pie y fue en donde Balam-Quitzé, Balam-Acap, Muhucutah e Iqui-Balam determinaron hacer morada.

Existe en los montes Cuchumatanes, al oeste del río Chixoy, a 1.800 metros de altura, el sitio arqueológico de Chipal, que fue la primera capital de los quichés, y corresponde probablemente al antiguo Hacavitz-Chipal de las fuentes.

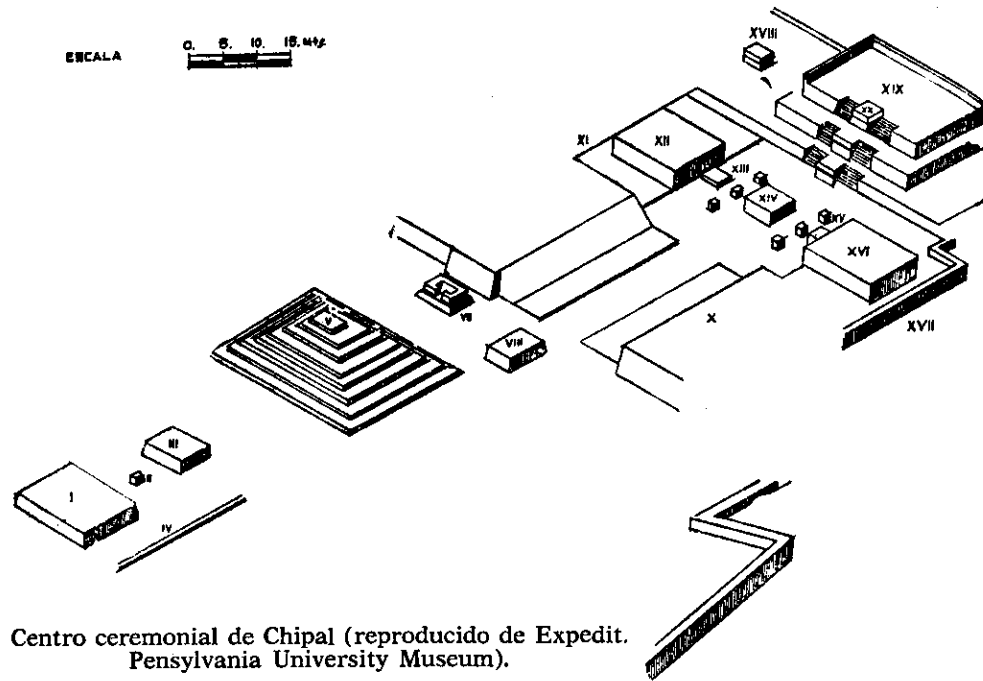
En 1922 realicé un breve reconocimiento del sitio de Chipal, partiendo de la finca de don Pedro Brol, situada al pie de la montaña donde se extiende la ciudad arqueológica. No es el momento de describir esas ruinas, en las que me llamó la atención un tipo de bóveda funeraria en forma de botella muy semejante a las de mayapán, ilustradas por E. Willys Andrews y encontré, además, cerámica policroma, plumbate y fine orange; es decir, cerámica tolteca.

«Allí, en Hacavitz-Chipal, vivieron muchos años y allí fue donde por primera vez desarrollaron el regalo que el anciano Nacxit les dio. Allí, en Hacavitz-Chipal, fue en donde nuestros padres hicieron ver la dignidad y majestad de que estaban revestidos y fue en donde moraron mucho tiempo» (*Título de Totonicapán*, págs. 218, 222).

La segunda capital de los quichés fue Chi-Izmachi, y la tercera y definitiva Gumarcaah, llamada por los mexicanos de Alvarado Uatatlán.

Después de citar una extensa nómina de los lugares por donde pasaron, los cakchiqueles fundaron su primera capital en Chiavar. El día 13 *Ik* abandonaron Chiavar y el día 2 *Qat* fundaron la ciudad de Iximché sobre el Ratzamut.

Un dato que considero de interés para la teoría de la cultura es el siguiente que nos brinda el *Popol-Vuh*: «La lengua de los cakchiqueles es diferente, porque era diferente el nombre de su dios cuando vinieron de allá, de Tulán-Zuyvá. Tzotzihá Chimalcán era el nombre de su dios, y



Centro ceremonial de Chipal (reproducido de Expedit. Pennsylvania University Museum).

hablan hoy una lengua diferente.» En efecto, el idioma es consustancial a la tribu y se extiende con ella. La homogeneidad lingüística y la unidad cultural van ligadas al uso del mismo vocablo para designar a Dios, y las diferencias lingüísticas se proyectan en la del nombre del dios tribal. Idioma y tribu son coextensivos sólo mientras se conserva el mismo nombre del dios tutelar.

A través de las citadas fuentes se ha seguido el curso de la peregrinación de los quichés y cakchiqueles desde su salida de Tula hasta la fundación de sus respectivas capitales en Guatemala.

Todas las crónicas guatemaltecas mencionan a Tula (Hidalgo) como el lugar geográfico real y verdadero de donde parte la migración tolteca.

Sin embargo, hay confusión entre algunos intérpretes de la historia quiché acerca del significado y el contenido de conceptos como tolteca y quiché o cakchiquel. Tal confusión no existe para quien ha seguido la trayectoria histórica de los mayas desde la fundación de Teotihuacán hasta el colapso de Tula. Las fuentes quichés y cakchiqueles mencionan los nombres de sus dioses y jefes de Tula en sus propias lenguas de filiación maya. La desorientación de los etnohistoriadores es evidente. Roberto Carmak, Juan Fox y Rosalío Stewart manifiestan, por ejemplo: «Creemos que se

fundó el grupo quiché por unos caudillos toltecas de la región de Tabasco-Veracruz»⁷. ¿En qué se fundamentan para creer que la migración tolteca parte de Tabasco-Veracruz?

No reparan que los propios quichés se identifican con los toltecas de Tula, como se verá en seguida.

Las fuentes guatemaltecas son explícitas acerca de la procedencia de Tula de los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles, capitaneados por sus propios jefes, llevando consigo a sus propios dioses; además, quichés y cakchiqueles se identifican como *tultecas*. Expresan repetidas veces, con insistencia rayana en obsesión, que son toltecas que regresan «a sus montañas y a sus valles», al país «de donde vinieron nuestros padres» (*Popol-Vuh*, 233). Ellos dijeron cuando partieron: «Nos vamos hacia allá, para allá, de donde vinieron nuestros padres» (*Popol-Vuh*, Villacorta, 367).

Un título quiché, reproducido por A. Fuentes y Guzmán, expresa que Nima Quiché, de la familia Tanub, trajo esas legiones de Tula al Quiché. La crónica de Juan Francisco Gómez, primer Ajzip, transcrita por el citado cronista, dice así: «Mis progenitores de la casa Tanub fundaron la gran ciudad de Tula, a 50 leguas de México, de donde partieron sus descendientes en peregrinación por orden de un oráculo. Entonces anduvieron más de 700 leguas, con largos rodeos y demoras»⁸. La citada fuente transcribe otras tradiciones, en las cuales los quichés se autodenominan «Tultecas que pasaron a poblar el Quiché». El manuscrito de Francisco Calel Tzumpán describe la magnificencia de la corte del rey Nima Quiché, con toda la majestad acostumbrada por los soberanos toltecas. En otros párrafos, así como en sus danzas tradicionales quichés y cakchiqueles, hacen reminiscencia de su ascendencia tolteca. El Rabinal Achi especifica que los quichés son de raza tolteca.

En su capítulo sobre los «Indios tultecas», Domingo Juarros relata «cómo los indios tultecas vinieron del Reino mexicano al de Guatemala capitaneados por su rey Nima Quiché»⁹.

Hay perfecta coincidencia sobre el particular entre las fuentes guatemaltecas y las mexicanas. Estas especifican que, a raíz del abandono de Tula por los toltecas, el contingente más numeroso de emigrantes se dirige a Guatemala, la Verapaz y la península de Yucatán (ver las citas pertinentes).

⁷ R. Carmack, Juan Fox, Rosalío Stewart, *La formación del reino quiché*, Inst. de Antropología e Historia, Guatemala, 1957, pág. 15.

⁸ A. Fuentes y Guzmán, *Recordación Florida*, Ed. Guatemala, 1932, tomo III, pág. 387.

⁹ Br. Domingo Juarros, *Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala*, Tipografía Nacional, Guatemala, Ed. 1937, tomo II, pág. 22.

La invasión tolteca de Guatemala es simultánea a la de Yucatán

Tanto las fuentes mexicanas como las guatemaltecas establecen que la migración tolteca es la de un solo y mismo pueblo que se bifurca en dos ramas: una se dirige a la península de Yucatán y la otra a Guatemala.

Es obvio que los toltecas que emigran de Tula hablan lenguas de filiación maya mutuamente inteligibles. Tal unidad lingüística y cultural resalta en el nombre del jefe máximo de los emigrantes. Lo llaman *Nacxit* las fuentes de Yucatán y las de Guatemala. El *Chilam Balam* de Tizimin le identifican bajo el nombre de Nacxit-Kukulcán, y le honraron como un dios. Kikulcán o Quetzalcoátl no es sino un título sacerdotal, como *Hor Chan* (chorti), que puede ser asumido por diversas personas, pues es el nombre de la deidad personificada por el propio sacerdote.

Asimismo, el *Popol-Vuh*, el *Memorial de Sololá*, el *Título de Tonicapán* y otros documentos quichés y cakchiqueles llaman *Nacxit* a su gran caudillo. Bajo ese mismo nombre le identifican las fuentes mexicanas, llamándole *Topiltzin-Acxitl-Quetzalcoátl*.

Las citadas fuentes guatemaltecas le consideran como «El Gran Padre Nacxit» (Recinos, 216), «Nuestro Padre y Señor» (pág. 22) o «Nuestro Gran Padre», reconociéndolo como el jefe máximo de todas las tribus que emigran de Tula.

Esa jefatura suprema resalta, además, en la delegación de tres embajadores: Qocaib, Balam Acap y Majucutaj, que los quichés envían al oriente en busca de Nacxit para obtener del gran caudillo tolteca la investidura de sus cargos y las insignias de mando. La delegación marcha por la costa oriental de Yucatán para dirigirse a Chichén Itza, que era la corte de *Nacxit* (Recinos, *Popol-Vuh*, pág. 237).

Esa histórica entrevista la describe el *Popol-Vuh* en los términos siguientes:

«Cuando llegaron ante el Señor Nacxit, que éste era el nombre del Gran Señor, Rey del Oriente a donde llegaron, el único juez supremo de todos los reinos, aquél les dio las insignias del reino y todos sus distintivos. Entonces vinieron las insignias de la grandeza y el señorío del Ahpop y del Ahpop-Camhá. Y nacxit acabó de darles las insignias de la realeza: el dosel, el trono, la flauta de hueso, la chirimía, la piel de tigre, conchas de caracol, etc.» (*Popol-Vuh*, págs. 234, 235).

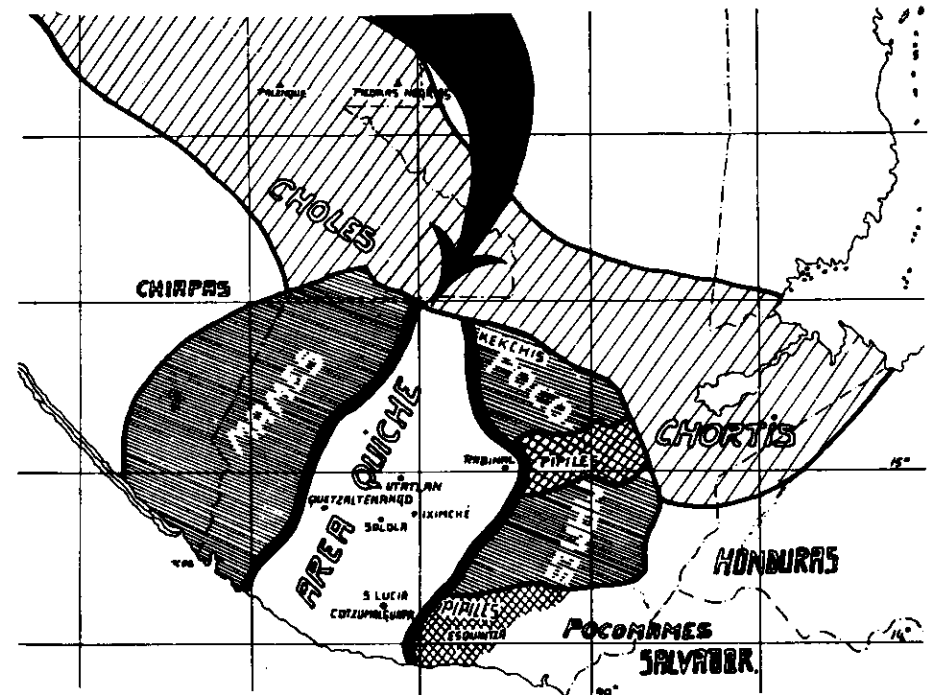
Asimismo, el *Título de los Señores de Tonicapán* hace referencia al viaje de los delegados quichés ante Nacxit en los términos siguientes:

«Balam Quitzé dijo a sus compañeros: Ya es tiempo de enviar embajadores a nuestro padre y señor Nacxit, que sepa el estado de nuestros negocios..., que designe honores para nosotros y para todos nuestros descendientes... Al cabo del tiempo regresó Qocaib y dio cuenta de su misión. Traía los títulos de Ahpop, Ahtzalam, Tzanchinimital y otros muchos, expuso los signos que debían distinguir las dignidades y eran» (*Popol-Vuh*, pág. 237).

En suma, las fuentes mayas y mexicanas coinciden en un hecho fundamental. La emigración simultánea de los toltecas desde Tula a la península de Yucatán y Guatemala. Coinciden, además, en que Acxitl o Nacxit era el jefe supremo de todos los toltecas emigrados.

Esos datos comprueban, además, que el éxodo tolteca ocurre hacia el fin del siglo X.

Sobre la base de la documentación guatemalteca, A. Recinos establece que la inmigración de los quichés en Guatemala ocurre al final del siglo X, es decir, al mismo tiempo que el ingreso de los toltecas en la península de Yucatán, llamada por entonces Campeche (*Memorial de Sololá*, pág. 38).



Invasión quiché del área Mame-Pocome.

Panorama demográfico de Guatemala antes y después de la invasión quiché. —¿Cuál era la fisonomía étnica y arqueológica de Los Altos antes de la ocupación quiché, hará aproximadamente mil años? Las propias fuentes indígenas nos orientan al respecto al mencionar que grupos mames, pokomames, quekchis y pipiles fueron desplazados de esa región y de la costa del Pacífico por los quichés. A este respecto, los datos de las

fuentes coinciden con las tradiciones de los mames-pokomames, que se consideran los primeros habitantes del país. Así tenemos una visión aproximada de la realidad demográfica de Los Altos antes del siglo X. Algunas crónicas coloniales nos hablan de la baja densidad de población de esta zona y del proceso de desplazamiento de sus habitantes por los quichés.

Domingo Juarros manifiesta que los mames ocupaban «grandes extensiones de tierras», que los quichés consideraban excesivas «para tan poca gente miserable, que con menos tierras les bastaba». En contraste con la escasa población autóctona diseminada en «grandes extensiones de tierras» resaltaba «la cortedad de sus tierras (de los quichés) para tan grande multitud. Sujetándolos (a los mames) a su obediencia, los estrecharían a un corto territorio y se aprovecharían los quichés de lo restante». Derrotados por los ejércitos quichés, los mames «se retiraron a las montañas de la sierra septentrional, en donde ahora están poblados»¹⁰. F. A. Fuentes y Guzmán nos habla de las guerras quichés contra los mames «sin otro pretexto de justa guerra, que quererlos dominar y usurparles sus tierras y su Estado a el fin de engrandecer el suyo». Vencidos los mames, «se retiraron a las asperezas de la sierra»¹¹.

La baja densidad de población de Los Altos antes de la invasión quiché resalta, además, en los escasos restos arqueológicos de la época pretolteca. Por su emplazamiento privilegiado, la zona de Kaminaljuyú, que no está propiamente en Los Altos, ha sido ocupada continuamente, durante muchos siglos. Su desarrollo artístico puede seguirse desde el horizonte arcaico al Clásico. En cambio, los restos arqueológicos diseminados en el Altiplano corresponden a una cultura preclásica, con cierta originalidad local. En general, los monolitos pretoltecas dispersos en Los Altos son de aspecto primitivo, pero no ofrecen uniformidad de estilo. Algunos de ellos han sido ilustrados en el curso de este trabajo.

Al igual que las tierras altas de Guatemala, las de Chiapas eran escasamente pobladas durante la época preclásica y la clásica. R. M. Adams hace notar que en el preclásico la población de Los Altos de Chiapas era insignificante y muy dispersa¹². Los primeros ancestros mayas llegaron tardíamente a Los Altos de Chiapas. La pequeña cantidad de restos arqueológicos que dejaron indica lo reducido que debieron haber sido en número¹³. Con la invasión quiché cambia totalmente la situación demográfica y cultural en el Altiplano de Guatemala. El incremento extraordinario y

¹⁰ Domingo Juarros, *op. cit.*, tomo II, págs. 27, 28.

¹¹ Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, *Recordación Florida, op. cit.*, tomo III, págs. 1-6, 109.

¹² R. M. Adams, «Changing Paterns of territorial organization in the central Highlands of Chiapas, México», en *American Antiquity*, vol. 26, núm. 3.

¹³ William R. Holland, *Medicina maya en los Altos de Chiapas*, México, 1963, pág. 8.

repentino de la población, en concomitancia con la transformación radical del crear artístico, ha llamado la atención de los arqueólogos.

Edwin M. Shook, por ejemplo, hace notar «el crecimiento extraordinario, súbito, increíble de la población de Los Altos», en una época que coloca en el «Clásico Tardío»¹⁴. Tal crecimiento extraordinario está registrado en el *Popol-Vuh*, que nos habla de «los incontables sitios donde se establecieron (los quichés), y a los cuales dieron nombres»¹⁵. No hay ningún indicio, ni en las fuentes ni en la arqueología, de una ocupación masiva de Los Altos antes de la invasión quiché, en el siglo X. A este respecto, los datos de la arqueología concuerdan plenamente con las fuentes históricas.

Esa fuerte densidad de población, testimoniada por las crónicas indígenas y la evidencia arqueológica, se ha mantenido hasta el presente. Hay en la actualidad 800.000 indígenas¹⁶ que integran el grupo quiché de Los Altos (quichés, cakchiqueles, tzutuhiles, uspantecas), área de mayor densidad de población indígena en Mesoamérica.

Impresionante es el contraste que presenta la región superpoblada de Los Altos con el vacío del área donde floreció la civilización clásica. Por entonces, la situación demográfica estaba totalmente invertida. Las tierras bajas estaban densamente pobladas, en contraste con la población escasa y dispersa de Los Altos.

Tales contrastes se explican por las condiciones limitantes de la agricultura en el Altiplano. De ahí que nunca pudo desarrollarse una gran civilización en Los Altos, antes de la ocupación de este territorio por el grupo quiché.

En cambio los quichés logran una adaptación adecuada al clima de tierras altas, donde encontraron condiciones ecológicas semejantes a las del Altiplano Central de México, a las cuales estaban acostumbrados.

Habían desarrollado, además, nuevas técnicas agrícolas, como el regadío y el cultivo en terrazas (gráfica 2). Tampoco su economía dependía exclusivamente de la agricultura, como la de los mayas. Se complementaba con la artesanía, el comercio en gran escala y la tributación, rasgos netamente toltecas que se originaron y se desarrollaron en la Mesa Central de México. El *Memorial de Sololá* informa que todas las poblaciones rendían

¹⁴ Edwin M. Shook y Bertha Dutton, «Relaciones entre Chiapas y Guatemala», ponencia y discusiones en la VIII Conferencia de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, celebrada en San Cristóbal las Casas, del 6 al 12 de septiembre de 1959. Los arqueólogos suelen confundir los materiales de la cultura quiché con el «clásico tardío» o el «post-clásico». Me ocuparé de este asunto al tratar de la arqueología del área.

¹⁵ *Popol-Vuh*, trad. Recinos, pág. 237, 278.

¹⁶ De acuerdo con una publicación del *Boletín del Instituto Indigenista Nacional de Guatemala*, vol. II, 1960, pág. 86, los grupos quichés comprenden 778.000 almas, que forman el 24,3 por 100 de la población total de Guatemala. La población indígena está en constante aumento demográfico.

tributo al rey quiché. De esta manera los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles tenían medios de vida de los que no disponían los mayas del período clásico.

Aún hay más. Los quichés explotaban las ubérrimas tierras del Pacífico. Estaban establecidas en la Costa Grande y en la Costa Cuca, las zonas más fértiles del área maya del Pacífico. Zapotitlán era el granero de los quichés. «De esas costas se surtían los antiguos quichés de cacao, frutos, pescado, sal, carnes, madera, plantas medicinales y productos agrícolas. Tenían grandes plantaciones de cacao y de algodón en la costa. Antiguamente, en las partes bajas de Zapotitlán se criaban tepescuintles, dantas (tapires), lagartos y venados en forma doméstica»¹⁷.

En los tiempos más remotos, el área maya del Pacífico era ocupada por mames y pokomames, que probablemente formaban entonces una unidad étnica y lingüística. Esos autóctonos fueron desalojados de la mayor parte de su territorio por los pipiles. Los quichés atacaron a los pipiles desde el Altiplano, los desplazaron de las tierras feraces que ocupaban y se posesionaron de la costa, en unión de los cakchiqueles, que se establecieron al oriente de los quichés en la zona de Santa Lucía Cotzumalguapa.

Importa conocer la situación demográfica del país, antes y después del impacto quiché, en vista de la confusión de historiadores y lingüistas sobre el particular. Generalmente creen que el panorama étnico de Guatemala es el siglo XVI ha sido siempre el mismo a través de los siglos, cual un mosaico inamovible de lenguas y culturas. Dos invasiones masivas, la pipil, en el siglo VI o VII, y la quiché, en el siglo X, alteraron drásticamente el panorama demográfico del país.

La toponomía histórica pone de manifiesto que los mames fueron desplazados por los quichés de zonas y poblaciones como las de Kulajá (Quezaltenango) y Atzoya (Totonicapán). Una tradición de los rabinales (quichés), publicada en la revista *Escuela*, de Guatemala, recuerda que los mames ocupaban Kakyu y los pokomames Chua Tinamit, Tukulcán, Chuxaró, Pasoós y Guarixkumulá, de donde fueron desalojados por los quichés pasando a poblar después los sitios de Chinautla, San Antoño, Las Flores, San Raymundo y Tactic. Por esta razón, cuando los indios de Rabinal, de tránsito para Guatemala, piden hospedaje en Chinautla, sus moradores no les dan albergue, recordándoles que ellos, los rabinales, habían sacado de sus pueblos a los chinautlecos. El reverendo padre Ricardo Terga, cura párroco de Tactic, me transmitió la tradición poconchi que sigue: Los poconchis de Tucuru recuerdan haber peleado con los quichés de Rabinal, que los derrotaron. Luego se dispersaron: una parte se fue a San Cristóbal; otros a Tucuru y Senahu. Allí pelearon de nuevo y fueron derrotados. Después remontaron el curso del río Polochic y finalmente se

¹⁷ Ramón Serra G., *Bocetos históricos de Retalhuleu*, Guatemala, 1970, pág. 21.

asentaron en Cobanja de Tucuru, a pocos kilómetros de la población actual de Tucuru. Los poconchis de San Cristóbal de la Paz no daban posada a los rabineros, que los desplazaron de la Baja hacia la Alta Verapaz (informe personal).

La mayoría de los estudiosos confunden a los grupos quichés con los pipiles o nahua-chichimecas y creen que los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles que emigran de Tula a Guatemala son «toltecas de habla nahua» (Terence Kaufman). Más inadmisibles aún es el supuesto de que una casta de jefes nahua-chichimecas de cultura inferior y acérrimos enemigos de los toltecas, habrían llegado de Tula para gobernar a los quichés, tan celosos de la pureza de su sangre.

Sobre el particular importa conocer la peculiar concepción de los pueblos maya-quichés acerca del peligro que representa una mezcla con gente extraña, concepción generalmente ignorada por historiadores y antropólogos. Consideran que la gente extraña a su etnia «tiene mala sangre». Ese concepto es explícito en el *Chilam Balam* de Chumayel. Por otra parte, es bien conocido el «juramento de sangre» de los quichés, a raíz de la Conquista. Juraron no mezclar su sangre con la de gente extraña; en consecuencia, se prohibió todo casamiento con españoles o mestizos. Tal juramento fue firmado con letras tintas en sangre. Así se explican la acogida amistosa de mames y choles a sus congéneres los quichés, que hablan una lengua afin a la de ellos, y el repudio a la raza pipil-chichimeca, que era de «mala sangre». Aún en la actualidad los indios de Guatemala tratan de evitar mezclar su sangre, es decir, casarse con gente extraña a su tribu.

Los quichés oprimen duramente a los pipiles, sus tradicionales enemigos, deseosos de extinguir esta generación (Fuentes y Guzmán); les hacen una guerra sin cuartel, hasta desalojarlos de la casi totalidad del área maya del Pacífico.

Las interpretaciones subjetivas de la historia han sido en gran parte la causa del estancamiento de los estudios mayistas.

Sin embargo, un eco del pasado parece reflejarse en la lingüística comparada. Terrence Kaufman, de la Universidad de Pittsburg, encargado del proyecto lingüístico Francisco Marroquín, con sede en La Antigua, Guatemala, me manifestó que la separación del mame y el quiché data de unos dos mil setecientos a tres mil años; la del quekchi, dos mil seiscientos años, y la del pocomán, de dos mil doscientos a dos mil seiscientos años. Estas son las lenguas geográficamente vecinas del quiché. La estimación de la separación del quiché de la lengua maya de Yucatán sería de tres mil quinientos años (informes personales). El citado lingüista cree que los quichés aparecen tardíamente en Los Altos, pero no puede explicar dónde se encontraban antes.

Los apuntes anteriores pueden contribuir a proyectar sobre un fondo histórico el desarrollo de las lenguas mayas.

El desconcierto reinante acerca de la posición cultural-histórica de los quichés se aclara a la luz de las fuentes directas y auténticas de la historia cuya credibilidad se comprueba, además, por los informes de la etnografía y los hechos de la arqueología, como se vará en seguida.

La evidencia etnográfica

Ya no es en la Mesa Central de México donde puede estudiarse la vida interna de la sociedad tolteca, su cultura moral e intelectual, sus formas sociales y religiosas, su economía, artesanía y comercio, porque a raíz del colapso de Tula van perdiendo paulatinamente su identidad étnica y cultural. Son los toltecas que emigran a tierras lejanas los que pueden brindarnos una imagen de la cultura tolteca de las postrimerías de Tula, porque han quedado libres de influencias mexicanas ulteriores. Entre los grupos emigrantes, los más numerosos y los que más se alejaron de Tula son obviamente los que deben haber conservado con mayor pureza los rasgos toltecas. De ahí el interés que ofrece el estudio y conocimiento de los grupos quichés.

El área ocupada por los quichés se distingue de las regiones circundantes por diferencias culturales notorias. Tal contraste ha llamado la atención de los etnógrafos.

Sol Tax, por ejemplo, resalta en varias publicaciones que los grupos quichés son culturalmente diferentes de los mayas de Chiapas, de Yucatán y de los chortis, cuyos ancestros participaron en el desarrollo de la civilización clásica¹⁸. Después de enumerar una serie de elementos culturales que establecen una neta diferenciación entre dichas culturas, concluye que la quiché ofrece mayores afinidades con las culturas del Valle de México que con las mayas¹⁹.

Robert Redfield manifiesta que el carácter secular e individualista de la vida entre los quichés contrasta con el carácter más sagrado de la sociedad maya. Atribuye este fenómeno como resultado de la más amplia división del trabajo y del tipo de comercio usuales en Los Altos. Yucatán no tiene esa diversidad²⁰.

¹⁸ Sol Tax, «The Maya area; Uniformities and differences», ponencia y discusiones en el XXXIV Congreso de Americanistas, Viena, 1960.

¹⁹ Sol Tax, «Cultural differences in the maya area: a 20th. century perspective», *Desarrollo cultural de los mayas*, México, 1964, pág. 305.

²⁰ Robert Redfield, *Yucatán, una cultura de transición*, México, 1944, págs. 434 y 439.

En efecto, la estructura de la sociedad quiché es más compleja y la división del trabajo más amplia. A diferencia de los mayas, que conservan formas sociales arcaicas, la sociedad quiché se caracteriza por sus castas de artesanos y mercaderes, instituciones de larga tradición. Presenta hue-llas, además, de una antigua casta militar, que, por razones obvias, ha desaparecido en la actualidad.

Esos rasgos fundamentales de la cultura tolteca merecen tratarse aparte.

Comercio y artesanía quichés.—Los comerciantes quichés están organizados en corporaciones similares a la de los pochtecas mexicanos, institución originalmente tolteca que se ha mantenido en México hasta la Conquista, y en Guatemala hasta la fecha. Como se ha dicho, en Teotihuacán se fraguó una tradición manufacturera y comercial como consecuencia del desarrollo urbano, tradición que se ha mantenido hasta el periodo azteca.

Desde la época prehispánica, los quichés ejercen un comercio regular hacia países lejanos, como lo revela la gran difusión geográfica de su cerámica.

Los mercaderes quichés recorren todavía gran parte de sus antiguas rutas comerciales, que irradian de Los Altos hacia Chiapas, El Salvador, Honduras, llegando ocasionalmente hasta Nicaragua y Costa Rica.

Es realmente admirable su organización comercial, inseparable de la de artesanos. Unos se especializan en artesanías, otros se dedican exclusivamente al comercio; ambas corporaciones trabajan en perfecta asociación y armonía.

Por ejemplo, los alfareros de Totonicapán y San Pedro Jocopilas entregan toda su producción a un consorcio mercantil de Chichicastenango, encargado de la venta y distribución de mercancías. A cada miembro de ese consorcio se le asigna un sector geográfico exclusivo y permanente. De esta manera cada comerciante viajero recorre siempre el mismo itinerario y conoce bien su clientela. Se elimina de este modo toda ruinoso competencia y los precios decretados por el consorcio son los mismos en todas partes. Cada mercader, que trata durante toda su vida a la misma clientela, conoce el tipo, cantidad y calidad de mercancía que ha de llevar. También sabe lo que puede comprar en cada localidad y dónde revender esos productos en condiciones más ventajosas. Conoce también las épocas en las que debe realizar tal o cual operación.

Ningún otro pueblo en la América Central cuenta con una organización semejante. Importa subrayar algunos detalles de esa institución quiché, no sólo porque son poco conocidos, sino también por la luz que pueden arrojar sobre la vida de las instituciones toltecas anteriores al colapso de Tula.

En Momostenango funciona una cooperativa de comerciantes que tra-

baja a base de créditos obtenidos por un préstamo de la municipalidad, esto es, por suscripción pública, equivalente a los bonos, acciones u obligaciones de nuestra economía moderna. Este capital se invierte exclusivamente en el negocio de compra-venta de productos indígenas. Al clausurarse el período económico, el gremio de mercaderes devuelve a la comunidad el monto íntegro de capital e intereses; las ganancias se reparten por igual entre la comunidad prestamista y el gremio de comerciantes. Lo más notable en esas operaciones es que jamás existe engaño, dolo, fraude o mala fe. Todas las operaciones del indígena se basan en la confianza y el respeto mutuo. Tuve la oportunidad de presenciar una negociación en la que un consorcio quiché compró varias camionadas de naranjas, que se repartieron equitativamente entre los mercaderes, a quienes se fijó un precio unitario de venta que de ninguna manera puede alterarse. El productor nunca vende directamente al consumidor, sino por medio del comerciante, que tampoco puede ser artesano. Ambas funciones son independientes.

Este sistema de cooperación se aplica también a operaciones individuales, como pude observarlo en Atitlán. Un indio «capitalista» dio a otro compañero de clase más humilde un cerdo para que lo beneficiara. Este engordó el animal, llevando cuidadosamente la cuenta de sus gastos. Después de venderlo o destazarlo, devuelve el valor del costo del animal, dando al propietario la mitad exacta de las ganancias líquidas obtenidas. En todas esas transacciones no se escribe ningún documento; la palabra del indio es suficiente garantía de su honorabilidad.

Desde muy pequeño, el hijo de un comerciante se ejercita en el arte de su profesión. Niños de diez a doce años comienzan el entrenamiento acompañando a su padre durante largas caminatas, llevando pequeños fardos al hombro. Cuando por falta de costumbre tienen los pies dolientes, al llegar al fin de la jornada los bañan en su propia orina para aliviar el cansancio o las hinchazones.

Los comerciantes tienen su dios tutelar y practican ceremonias especiales antes de emprender la marcha. Piden a su dios buen éxito en sus negocios y la realización de un viaje sin accidente, a través del *chuch-cajáu* o sacerdote, mediador entre Dios y hombre. Le tributan, desde luego, las indispensables ofrendas propiciatorias y le queman incienso. Los mercaderes llevan indefectiblemente su bastón de viaje, que consiste en un palo de punta aguzada. Este bastón es, a la vez, el símbolo de su dios tutelar y la insignia de su profesión. Al fin de la jornada clavan el palo, a la par del *cacaxte* que contiene la mercancía, y este símbolo divino protege la carga y ayuda al caminante durante la marcha.

Cuando realizaba mis investigaciones etnográficas entre los quichés en los años veinticuatro a treinta, un comerciante de Totonicapán, Bonifacio Pak, hacía largos viajes por Honduras, El Salvador, Nicaragua y llegaba

ocasionalmente hasta Costa Rica. Los Izalcos y San Miguel, en El Salvador, son todavía plazas comerciales importantes para los quichés. Los mercaderes de Quezaltenango surten también el mercado interno, abastecen de telas y cerámica toda la región de la Alta Verapaz.

San Miguel, El Salvador, es una de las plazas comerciales más importantes del área lenca. En ella se realiza un intercambio de productos salvadoreños, hondureños y nicaragüenses. Este gran centro comercial internacional debe su importancia desde la época prehispánica a los mercaderes quichés.

Asimismo, Honduras está inundada de productos quichés. En el lenguaje popular de Honduras y Nicaragua se conserva el vocablo *Achin* para designar a los buhoneros y comerciantes ambulantes. *Achin* viene de *Achi*, nombre que identificaba a los quichés durante la época colonial y se ha conservado hasta la fecha para designar a los mercaderes.

Chiapas es otro mercado importante para los productos quichés.

A este respecto, Carlos Navarrete expone: «Hasta principios de siglo, llegaban a Comitán «Tropas de indígenas mecapaleros», procedentes de Guatemala, con un promedio de 30 a 40 hombres. Durante el viaje, a través de la Sierra, venían dispuestos en fila india y generalmente descalzos. Antes de entrar a la población se lavaban los pies, se colocaban los huaraches (sandalias), se ponían ropa limpia y, formados de dos en dos, desfilaban en perfecto orden, tomando las dos orillas de la calle. Al frente marchaba el capitán de la compañía, flanqueado por el tamborero y el que tocaba la chirimía.

»El jefe llevaba el bastón de mando y únicamente cargaba en su *cacaxtli* la imagen en bulto del santo patrón y los objetos que servían para rendirle culto al fin de cada jornada, y al llegar al mercado, copal, mantas para el altar que se improvisaba, sahumerios, aparte de sus objetos particulares y ropa. Los músicos tampoco llevaban carga.

»Al llegar al centro de la población se visitaba la iglesia o se hacía una pequeña ceremonia frente al altar del mercado, para luego dispersarse a ofrecer la mercancía. Existe una fotografía de 1916, donde se ve un grupo de cargadores marchando en tropa por las calles de Santa Cruz de Quiché, Guatemala.

»Todo esto implica una organización interna de grupo y sugiere costumbres estrictas de índole religiosa en asociación con el comercio»²¹.

Esta misma organización religiosa-comercial, de tradición tolteca, se ha mantenido no sólo entre los quichés, sino en otros pueblos que corresponden al mismo horizonte cultural: los mixtecos, por ejemplo, que son los descendientes de los toltecas de Cholula y presentan grandes afinidades

²¹ Carlos Navarrete, «El Sistema Prehispánico de comunicaciones entre Chiapas y Tabasco», *Anales de Antropología*, vol. X, México, 1973, pág. 85.

culturales con el grupo quiché, como puede apreciarse en el estudio de etnografía comparada, publicado en mi libro *Los Chortis...*

Dice Barbro Dahlgren de Jordán al respecto: «Ciertos centros de distribución de Mixteca han sostenido, desde la Conquista hasta la actualidad, relaciones comerciales que ya existían antes, ahora efectuadas por comerciantes caminantes y, además, por grandes caravanas a base de recuas de mulas, comunicando lugares remotos con sitios que han ido tocando las escasas vías de comunicación moderna asequibles y manteniendo, en esa forma, contactos comerciales a través de los estados de Oaxaca, Guerrero, Veracruz y Puebla hasta las costas y centro de México»²². Asimismo, los totonacas, otro grupo tolteca que se alejó del centro de México, «gozan de ser personas serias y cumplidas en sus relaciones. Son serios y cumplidos comerciantes. Tienen fama de emprender largas correrías hasta puntos bastante alejados de su territorio»²³.

Ya se ha dicho que los cocomes de Mayapán, de estirpe tolteca, comerciaban hasta Honduras.

Se insiste en que el grupo quiché o tolteca es el único que posee tal organización artesana-comercial-religiosa en la América Central. Esta no existe entre los chortis ni en ningún otro pueblo maya. A diferencia de los quichés, los artesanos chortis venden directamente sus productos en los mercados locales. Su artesanía es menos desarrollada. No exportan productos a lugares lejanos, como lo hacen los quichés, ni tienen una economía monetaria desarrollada como la de aquéllos. Para sus transacciones internas usan todavía el sistema de trueque, y los pagos por servicios se hacen generalmente con alimento y no con dinero. Tales diferencias ya han sido percibidas por los etnógrafos citados precedentemente.

Artes menores.—Famosos son los quichés por sus gremios de artistas, músicos, tejedores y alfareros. La riqueza y colorido de sus telas, de su cerámica y demás productos manufacturados concitan la admiración de los turistas, que se vuelcan en los Altos para comprar objetos de artesanía quiché-cakquichel. En cambio, no visitan el área chorti y de otros pueblos mayas, que carecen de vistosos «souvenirs». Las magníficas telas policromas de los quichés evocan el colorido y los dibujos de los murales de Uatlán, Iximché o Teotihuacán, la belleza de los códices mixtecos o la rica decoración de la cerámica Mixteco-Puebla.

En sus telas y envases, hechos de la corteza del jícaro, quichés y cakchiqueles reproducen los símbolos de su arte prehispánico: pirámides,

²² B. Dahlgren de J., «La Mixteca, su cultura e historia prehispánica», *Cultura Mexicana*, vol. II, México, 1954.

²³ Carlos M. Ibarra, «Los Totonacas o Ulmecas», Vigésimoséptimo Congreso de Americanistas, México, 1939.

serpientes emplumadas, grecas escalonadas, cruces y combinaciones de cruces, zigzag escaleriformes, rombos, aspas o cruces decusatas, sigmas, árboles de Vida, signos Ik, el glifo mexicano *Alt*, figuras de animales mitológicos, aves de la lluvia, tigres, mariposas, perros, venados, etc., en un estilo que se relaciona con su arte arqueológico y con el de Tula, Chichen Itzá, Teotihuacán, Cholula, o motivos decorativos de El Tajín. Sus figuras geométricas pueden ponerse en relación con las que están plasmadas en murales de Mitla o con artísticas composiciones del coatepantli de Tula.

Filas de tigres en actitud de caminar, por ejemplo, que se ilustran en la gráfica 3, pueden ponerse en relación con las de Tula y de Chichen Itzá, ilustradas precedentemente.

Se tratará de la cerámica y del arte monumental en la sección Arqueología.

Casta de guerreros.—Además de las corporaciones de comerciantes y artesanos, existía en la sociedad quiché una casta de guerreros. El Memorial de Sololá hace referencia a trece divisiones de guerreros (Ahlabal) que salieron de Tula a Guatemala. Gracias a su organización militar, los quichés vencieron a pokomames, pipiles, mames, quekchis y otros pueblos que desplazan de Los Altos y de la costa del Pacífico, imponiendo su hegemonía por la fuerza de las armas. La orden de los caballeros Aguilas y de los caballeros Tigres, que parece tener su origen en Tula, era una expresión del poderío militar quiché y se refleja en el arte de Tula, de Chichen y de la zona de Cotzumalguapa.

Esa orden militar se dramatizaba aún el siglo pasado en la danza guerrera llamada «Rabinal Achi». Doce hombres-águilas y doce hombres-tigres tendían al actor, que representaba a Quiché Achi, sobre la piedra de los sacrificios y le inmolaban²⁴.

Tal institución era totalmente desconocida de los mayas.

Los quichés traen consigo, de Tula, el arco y la flecha chichimeca.

Ricamente ataviados eran los guerreros representados en el arte de Tula y Chichen. Lucían, a guisa de pectoral, una mariposa estilizada y una especie de faldellín o delantal sujeto por medio de un cinturón.

Los cakchiqueles de Sololá visten todavía el tradicional faldellín y lucen la figura estilizada de una mariposa, como divisa en la espalda, al igual que los guerreros toltecas.

Merece resaltarse la semejanza formal que ofrece la mariposa cakchiqueles con las de Teotihuacán (Tepántitlá). Las alas, con su filete interior, así como el cuerpo del lepidóptero, están ejecutados en forma similar.

²⁴ Rabinal Achi, drama presenciado y dado a conocer por el abate Brasseur de Bourbourg en *Collection de documents dans les langues indigènes*, París, 1862.

No sólo las insignias militares, sino las marchas guerreras de antaño sobreviven en la cultura quiché. A diferencia de los mayas, cuya música es exclusivamente religiosa, los quichés poseen una música marcial que se toca todavía en la danza guerrera de La «Conquista».

Música y danzas.—Y a propósito de música, cabe hacer notar que la chirimía, una especie de flauta-clarineta, es un instrumento exclusivamente quiché, desconocido de los mayas. Las fuentes quichés nos brindan informes acerca del origen tolteca de este singular instrumento que figura en la lista de los atributos otorgados por *Nacxit* a los quichés. Su origen tolteca está testimoniado, además, por la arqueología. Chirimías de barro han sido encontradas en el entierro n.º 16 de Cholula y figuran, además, en la colección Navarrete en Veracruz. La chirimía es usada todavía por los indios del Estado de Puebla, de Oaxaca y de Veracruz.

De las danzas quichés, cakchiqueles y tzutuhiles tenemos varias referencias, pues han sido investigadas y publicadas por otros investigadores. El lector encontrará una reseña de esas danzas, entre otras, el baile de la culebra, del torito y del venado, en mi libro *Los Chortis...* Los mazatecos han conservado hasta la fecha su danza de la culebra, similar a la de los quichés.

Al transcribir los informes del Memorial de Sololá acerca de la invasión tolteca en Guatemala, los cakchiqueles manifiestan su sorpresa al ver que «los pokomames bailaban sus danzas sin venados, sin pájaros, sin tramperos ni redes». Este dato etnológico es importante, en cuanto resalta que la danza quiché-cakchiquel del Venado es desconocida no sólo de los pokomames, sino de todo los pueblos de cultura maya, porque esa danza ritual ha sido adoptada por los toltecas de las nahuas-chichimecas. Así como éstos adoptaron la cultura tolteca y su lenguaje está cargado de vocablos mayas, también los toltecas adoptaron algunas costumbres chichimecas, desconocidas entre los mayas.

La danza del Venado, expresión de un pueblo cazador, era conocida entre los indios yaquis de la familia utoazteca, los hopis de Sonora, los nahuas de la Sierra Madre del Sur, los huicholes y los aztecas. La antigüedad etnológica y el origen uto-azteca de esa danza resaltan en su propio nombre de filiación nahua antigua, o nahuat, que era la lengua hablada por los chichimecas del Centro de México. El nombre *masat* = venado, tomó carta de ciudadanía en el léxico quiché, que lo usa solamente para designar a esa danza, no obstante tener un vocabla propio para venado: *quéj*. El personaje central de la danza quiché tiene, a guisa de tocado, una cebeza de ciervo; su disfraz es semejante al del actor principal de la danza uto-azteca. Esa danza dramatiza una escena de cacería en la que se usan

redes y lazos, que los cakchiqueles no encontraron en las danzas pokomames.

En cambio los quichés objetivan todavía la serpiente emplumada en sus dramas rituales. Se ha dicho que los toltecas eran el pueblo de Quetzalcoátl, figura cimera de su mitología, como lo es Gucumatz en el *Popol-Vuh*, y que se representaba en templos de Teotihuacán, Xochicalco y Tula. En varias danzas quichés el actor principal personifica a la Serpiente emplumada y luce su disfraz, que consiste en un quetzal sobre la cabeza y la larga cola de ofidio que cuelga a su espalda. Esas figuras expresan, a manera de rebus, el nombre del dios creador. Sobre la cola está bordado el signo estilizado de la serpiente, que consiste en una sigma, como puede apreciarse en la gráfica 4. La propia cabeza del actor objetiva el hombre-serpiente, tal como se representa en los códices mayas.

En la aldea de Pastores, cerca de la Antigua, he presenciado una danza cakchiquel en la que todos los actores se movían en una fila zigzagueante, imitando el andar ondulado de la serpiente.

Técnicas agrícolas.—Ya se ha dicho que las técnicas agrícolas del grupo quiché son más avanzadas que las mayas. Practican el cultivo en terrazas (gráfica 1) y el regadío, aprovechando al máximo el potencial de las tierras altenses. Importaron esas técnicas de Tula. En cambio, los pueblos mayas conservan hasta la fecha su viejo sistema de roza y quema.

Gracias a esas técnicas los quichés lograron una adaptación adecuada en territorios donde no pudieron vivir los mayas del período Clásico. Como se ha dicho, la artesanía y el comercio, así como la tributación, constituían un renglón importante de su economía. Sin embargo, artesanos y mercaderes no están totalmente divorciados de las labores agrícolas, pues todos han de cultivar su milpa.

Organización política.—La organización social y política de los quichés es superior a la de los mayas y similar a la mexicana. Ya se ha citado el manuscrito de Calel Tumpán, que equipara la magnificencia de la corte del rey Nima Quiché con toda la majestad acostumbrada por los soberanos toltecas.

El calendario. Ciclo de cincuenta y dos años.—Acerca del calendario precolombino usado por los quichés realicé intensas investigaciones en Mostenango y Chichicastenango, las cuales han sido publicadas parcialmente en mi libro *Los Mayas*, págs. 278-290²⁵.

²⁵ Para los fines de esta investigación me puse en contacto con los dirigentes espirituales de mayor relieve, que se citan a continuación: Adrián Kosha, Telesforo Velázquez, Benito Pérez, Jorge Hernández, Lorenzo Kiej, José Esteban Ajunal, Vi-

Se ha ilustrado, en capítulo anterior, el mecanismo de este admirable instrumento de computar el tiempo, integrado por tres series cronológicas: el tzolkin rotatorio, el fijo y el ciclo anual, tal como funcionaba en la rueda calendaria de cincuenta y dos años y en la Cuenta Larga.

Al final del ciclo calendárico comienza otro que es la repetición del anterior. El mecanismo articulador de los ciclos cronológicos estriba en los cuatro Portadores o Regentes del Año, del espacio y del tiempo, que se turnan anualmente y ocupan siempre la misma posición con respecto al año de las estaciones.

Al Regente del año lo llaman *Mam* o Alcalde; es «Nuestro Padre» o «El Padre de todos». Este corresponde a uno de los dioses de los cuatro rumbos cósmicos, asociados a cuatro montañas. Al terminarse el año finalizan las funciones del Mam «viejo» y éste es sustituido por el Mam «nuevo».

Además de presidir las acciones humanas, el Mam es el «Juez Supremo», que premia a los buenos y castiga a los que cometen infracciones contra la moral religiosa. Para la solución de sus problemas, el indio se dirige el omnipotente Dios-Mundo a través del Mam, por conducto del sacerdote o *chuch kahau*. El «Secretario» de turno, que integra la brigada de los veinte dioses-días del mes, toma nota de las peticiones y las transmite al Señor del Año. Al tener conocimiento de la falta cometida por el peticionario, a través de las revelaciones del Mam, el sacerdote, como representante de la deidad, se dirige a los Auxiliares buenos (días favorables del calendario), para que intercedan a favor del transgresor y gestionen con su jefe la suspensión del castigo. Son los auxiliares malos (días nefastos del calendario) los encargados de aplicar el castigo decretado por el Mam, y que consiste en sufrir accidentes o enfermedades. Los días favorables, como los nefastos, corresponden a sectores del cosmos que tienen esas mismas cualidades.

Tenemos aquí una valiosa definición acerca de los fundamentos del mecanismo astrológico del calendario quiché, que depende del medio geográfico. Sobre la misma base, el calendario ritual señala las fechas propicias o nefastas al hombre y el destino de las criaturas al nacer. Controla la vida diaria, religiosa y agrícola, e influye la conducta humana.

Con sus fuerzas agotadas, al fin de la jornada, el Mam descansa durante los cinco días nefastos; luego entrega la pesada carga del año al Mam de turno, que le sucede en la fecha de año nuevo. Una buena definición sobre el particular la ofrecen los gnósticos chortis.

Equiparan la vida y el curso del sol al de un hombre que comienza a «caminar» despacio, desde que ha recibido la carga del año, marchando rumbo al equinoccio, para «trabajar», acelerando el paso, impelido por las

cente Ajonel Velázquez, Braulio Zárate, Timoteo Izepa Jarella, Félix Ahpup, Cristóbal Ixcoy, Gaspar Torres Zárate, Alberto Coxaj.

artes mágicas del sacerdote. Después el «Señor» se va trasladando velozmente hasta llegar a la «medianía del cielo» (primer paso por el cénit). «Corre siempre más aprisa y, a medida que corre, va agarrando fuerza, acalorándose cada vez más y más» (de mi libro *El Calendario Maya-México*, México, 1948). Así explican los chortis el aumento de la curva termométrica y de la duración del día.

En el solsticio de verano ha alcanzado la plenitud de su vida (período de precipitación máxima y el día más largo del año). Después van decreciendo sus fuerzas, como decrecen las del hombre con la edad; se está haciendo viejo, «ya va flaqueando buscando el descanso» (descenso de la curva termométrica y encogimiento de la duración del día). Al fin, agobiado por el esfuerzo, necesita relevo y entrega su carga al Nuevo Regente.

Tales concepciones se ilustran con gran realismo en figuras de cargadores del tiempo, que llevan a cuestas con un mecapan; se ven agobiados por el peso de la carga y el esfuerzo físico.

Aunque la imagen que se ilustra a continuación corresponde a la cultura maya del período Clásico, materializa un concepto general compartido por los quichés.



Los quichés ya no celebran el final del ciclo de cincuenta y dos años, pero le dramatizan en ritos procesionales a cuatro cerros, a intervalos de trece días ($4 \times 13 = 52$). Por otra parte, dicha rueda calendárica ha dado

una rotación completa cuando cada uno de los 13 números ha pasado por los cuatro días iniciales del año ($13 \times 4 = 52$).

No sólo los quichés, sino también los quekchis, peconchis y tzutuhiles veneran al dios *Mam*, asociado a una montaña cósmica. Asimismo, los huastecos han conservado el recuerdo de un gran dios *Mam* de la fertilidad que envejece y rejuvenece cada año²⁶.

Maximón.—Merece mención aparte, por lo espectacular, el culto al *Mam* de los tzutuhiles de Atitlán. Está figurado por un maniquí conocido popularmente como «Maximón». Tiene todas las características del *Mam* quiché, no sólo en el nombre Mam (gran padre) que le dan los sacerdotes, *ah kun*, tzutuhiles, sino también en sus funciones. Su carácter divino es implícito en las mazorcas de maíz consagrado, que integran el maniquí, que puede considerarse propiamente como un ídolo. Al igual que el *Mam* quiché, cumple las funciones de dios de la fertilidad y de los mantenimientos durante todo el año y además la de «Juez Supremo», que premia a los buenos y castiga a los malos. Le queman incienso y le ofrendan frutos en abundancia, particularmente cacao y bebidas. Otra característica que le tipifica como dios de la lluvia y de la fertilidad es su presentación como un gran fumador de cigarro, que mantiene continuamente en la boca.

Ya se ha visto en repetidas ocasiones que los dioses agrarios son fumadores y que los sacerdotes que los representan producen nubarrones de humo, con el incensario o fumando, como lo hizo, *in illo tempore*, Vukup Ahpú en la cueva de Xibalba, en la escena mítica que dio los paradigmas del culto a la fertilidad.

Como dios del Año, su entronización tiene lugar en el Año Nuevo, que en la transposición católica cae en Semana Santa, aproximadamente en fechas cercanas a las del Año Nuevo quiché. La ceremonia se realiza en tres días (cifra ritual). El primer día a la medianoche lavan la ropa de Maximón en el lago; el segundo, lo visten a la medianoche, y el tercero lo llevan al edificio municipal, donde lo colocan en medio de las ofrendas de frutas. Luego lo trasladan a la plaza pública, donde le suspenden a un poste adornado con hojas y ramas verdes. Este poste, que simboliza el árbol de Vida, identifica a Maximón como Regente o portador de año y tiene su antecedente ejemplar en los Árboles cósmicos del *Chilam Balam* emplazados en los rumbos del mundo.

Luego Maximón regresa al lugar de donde salió, precediendo a la procesión, dramatizando en este caso «El de Adelante» (ver explicación pertinente). Después se desarma el maniquí y sus elementos son guardados en

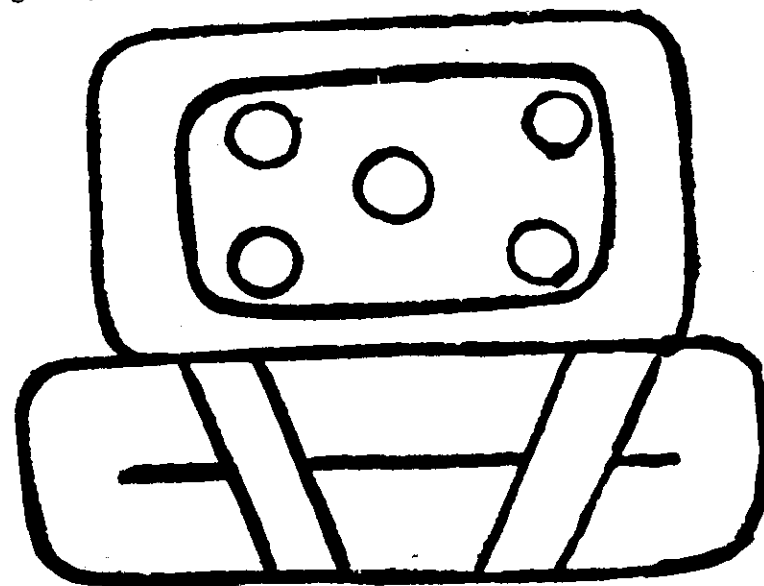
²⁶ Guy Stresser Pean, «Ixtab, Maximón et Judas», en Actas del XXXIII Congreso de Americanistas, San José de Costa Rica, 1959, pág. 457.

un paquete sagrado. No volverá a salir Maximón hasta un año después, cuando el mismo ídolo representará, de nuevo, al dios del Año.

Debe agregarse que la vestida del ídolo se realiza en el mayor secreto; no puede presenciar este rito ningún ojo extraño; de lo contrario el ídolo perdería su fuerza mágica.

Otras características calendáricas.—Al igual que los mexicanos, los quichés quiebran sus trastes de barro al final de cada ciclo calendárico y arreglan con ellos altares en forma de herradura, que son típicos de culturas mexicanas pero desconocidos entre los mayas. Esos recintos en forma de herradura se hacen con piedras, hasta la fecha, en otros pueblos quichés, San Andrés Xecul, por ejemplo.

Los jeroglíficos quichés no son de tipo maya, sino mexicano. Proceden de Tula, según referencias de las propias fuentes quichés citadas precedentemente. Sin embargo, ofrecen varios símbolos comunes a mayas y toltecas, como el glifo bandas cruzadas, bandas entrelazadas, el ideograma cósmico, que se ilustra a continuación (Teotihuacán), llamado por A. Caso «Turquesa». La figura es tomada de A. Caso (*Los Calendarios Prehispánicos*, pág. 163).



La relación del calendario quiché con el tolteca es evidente, además, en nombres de los días comunes a esas culturas, pero diferentes del calendario maya.

Venado, por ejemplo, no sólo aparece en una danza quiché, sino también en el calendario, lo mismo que el signo Perro. En los calendarios mayas se desconoce los glifos perro y venado. En su lugar aparecen *Manik* y *Oc*. En cambio, muchos nombres del calendario cakchiquel tienen las mismas raíces en calendarios mexicanos, salvo el sufijo nahuátl. Ejemplos: *Izcal*, cakchiquel; *Izcalli*, tlaxcala; *Nabei Pach*, cakchiquel; *Pachitli*, tlaxcala; *Tacaxepual*, cakchiquel; *Tlacaxipehualiztli*, tlaxcala; *Rucabpach*, cakchiquel; *Huey pachtli*, etc. Semejantes por su significación hay otros muchos nombres quichés que tienen su correspondencia en calendarios mexicanos, a tal grado que A. Caso considera que los nombres quichés y cakchiqueles pueden ayudar a la reconstrucción del calendario tolteca. Y agrega que ciertos nombres del calendario mexicano no corresponden al clima del Altiplano Central²⁷, lo cual se explica porque, al igual que la flora y la fauna del arte mexicano, el calendario tiene su origen en las cálidas tierras del área maya del Pacífico.

El calendario quiché tiene la misma serie de Portadores que el de Teotihuacán (Ik, Keh, Ee, Noh), distinta de la serie maya dada a conocer por Landa.

El Palo Volador, marcador de horizonte cultural.—El juego del Palo Volador es desconocido en las culturas Medias o Formativas, lo mismo que en la cultura maya clásica y actual, porque este juego dramatiza una serie de episodios del *Popol-Vuh* que finalizan con la objetivación del ciclo de cincuenta y dos años²⁸, como se ha demostrado en el análisis de la Cuarta Edad del *Popol-Vuh*, que corresponde al período histórico de mayas y toltecas. Las crónicas mexicanas, entre otras la de Clavijero y de Motolinia, establecen que el Volador dramatiza el ciclo de cincuenta y dos años y formaba parte de las fiestas cíclicas que se celebran al comienzo de la rueda calendaria.

De ahí que corresponde al período Clásico Temprano de la cultura maya y sus epígonos, entre ellos la cultura tolteca o de los pueblos aculturados por toltecas, como los pipiles de Escuintla y los nicaraos de Nicaragua.

Ha sido adoptado también por los aztecas, ya que dicho juego señalaba el comienzo de una nueva rueda calendaria, que también fue adoptada por los aztecas. He tenido la oportunidad de presenciar el Volador en Papan-tla, área totonaca. En Guatemala sólo se celebra todavía en Joyabaj, Chichicastenango y Cubulco. Tiene carácter de rito solar y por esta razón se ejecuta en la fiesta del Santo Patrón.

²⁷ Alfonso Caso, *Los Calendarios Prehispánicos*, UNAM, México, 1967, pág. 38.

²⁸ Para la descripción y explicación completa del Palo Volador, véase «Origen y Simbolismo del Volador», págs. 354-370 de mi libro *El Popol-Vuh, fuente histórica*.

Guy Stresser Pean atribuye el invento del Palo Volador a los toltecas y considera que la difusión de este elemento cultural se debe a los toltecas. Considera además que el Volador de Chichicastenango representa el tipo arcaico en oposición al reciente, de tipo azteca, razonamiento esencialmente correcto, que se explica por la historia cultural de esos pueblos.

La existencia del Palo Volador entre los chichimecas-pipiles de Guatemala y de Nicaragua implica que este elemento cultural ya era conocido en Teotihuacán —de donde lo tomaron los pipiles—, lo mismo que durante el período Clásico Temprano en el área maya. Con admirable persistencia, los quichés le conservaron hasta la fecha, en su estado puro, porque dramatiza episodios de su propia mitología y simboliza, además, su máxima expresión cronológica: el ciclo de cincuenta y dos años.

En cambio, el Volador es ausente de la cultura maya, porque ya no representaba el ciclo mayor, desde la invención de la Cuenta Larga, que se anotaba en archivos de piedra. El Palo Volador y la estela cronográfica son la expresión de dos sistemas cronológicos diferentes: el de los toltecas y de los mayas. Aquéllos no alcanzaron la concepción de lo eterno como los mayas.

Los informes de la etnología comparada coinciden con los de la arqueología sobre el particular.

Sobre la base de inferencias lingüísticas, los especialistas establecieron, en el simposio de Burg Wartenstein, al que ya se hizo referencia, que los ancestros de los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles no habían participado en el desarrollo de la civilización maya del Período Clásico.

Sacrificios humanos.—El *Popol-Vuh* nos ha dado un detallado descripción acerca de la introducción de los sacrificios humanos en las postimerías de Tula. Esa práctica fue introducida en Guatemala por los quichés-cakchiqueles y comienzan en la península de Yucatán a raíz de la invasión tolteca. En sus crónicas, los cakchiqueles registran el sacrificio por flechamiento, que hicieron con Tolcom. En cambio los mayas de Chiapas y Guatemala jamás adoptaron esa bárbara costumbre.

Los quichés practicaron los sacrificios humanos hasta el año de 1945, según el proceso de «los Marcos», registrado en los anales de la criminología guatemalteca. Los Marcos fueron inmolados en una cueva, cerca de Chiantla, habiendo sido llevados allí en estado de embriaguez para ser sacrificados a los dioses de la fertilidad después de una serie de malas cosechas.

Rasgos quichés toltecas ausentes de la cultura maya.—Además de las diferencias apuntadas, hay otros elementos o rasgos culturales quichés ausentes de las culturas mayas, pero relacionados con la tolteca, como el

baño vapor, fogatas para quema de ofrendas, inineración de cadáveres, que cayó en desuso, así como el entierro en grandes ollas; las costumbres de cebar y comer perros y la conservación de cabezas de muertos ilustres para venerarlas; colegios para la formación de sacerdotes, en uso todavía; ofrendas de pétalos de rosa a los dioses y a los muertos; quebrar ritualmente vasijas al final de un ciclo cronológico; institución de casamenteros (cihuatlauqui en nahuatl); formar bulto con el cadáver, etc. Las formas sociales y la vida interior de los quichés son bien conocidas a través de varias monografías, a las que remito al lector.

A su regreso a Guatemala, los quichés escribieron el *Popol-Vuh*, que contiene la mitología quiché tolteca. Sus libros y crónicas son fuentes directas y auténticas de la historia tolteca.

En suma, son los pueblos que emigran del centro de México, y no los que permanecen allí, los que nos brindan una imagen fidedigna de la cultura tolteca, que puede observarse *in vivo* en los pueblos del grupo quiché.

Confundir a los toltecas o quichés con los nahua-pipiles o nahua-chichimecas semibárbaros es una total inversión de juicios. Sus culturas y sus lenguas respectivas establecen una neta separación entre esos pueblos. Tampoco es posible confundir a la cultura del grupo quiché-tolteca con la maya del Período Clásico, pues sus rasgos característicos son diferentes. La imagen de los toltecas, antes de la disgregación del imperio de Tula, y la de los nahua-chichimecas de la época final de Teotihuacán, están vivas en las culturas quiché y pipil.

Advertencia a los lingüistas.—Nadie se ha preocupado por el estudio de los quichés como entidad cultural independiente de la maya, por considerar que ambas culturas han sido inseparables a través del tiempo. A partir del siglo X, mayas y quichés se encuentran en continuidad geográfica, pero históricamente separados.

Hay profundas diferencias entre la morfología del mame-pocomame y del quiché, como lo establecen lingüistas de renombre, como R. de Charencey, M. J. Andrade, Carmelo de Santa María y otros²⁹. Tales diferencias no pueden apreciarse a cabalidad por el método usual léxico-estadístico. Recíprocas influencias lingüísticas expresan los fenómenos históricos de contactos culturales, como se ha visto, por ejemplo, en el caso del nahuatl, cargado de raíces mayas. A su vez, el nahuatl dejó algunas huellas en la lengua chorti, en la quiché y en el pokomame (Otto Shuman, informe personal).

²⁹ Para más amplios informes véase el cap. «La Evidencia Lingüística» en mi libro *Los Mayas*, págs. 488, 490.

Los chortis reciben fuertes influencias culturales del área quiché. Sus jefes ostentan el título quiché de *Calel*, que parece indicar cierta dependencia política del poder que emanaba de Los Altos.

Las fuentes históricas nos brindan un emocionante relato de la conquista de mames y pokomames por los quichés, que ocupan gran parte de su territorio. Esos informes son corroborados por la cartografía étnica y la lingüística. Los invasores quichés se introducen como una cuña entre esos pueblos. Así se explica, por ejemplo, que el pokomame de Palin muestra estrechas afinidades con el mame de Los Altos, del que está separado geográficamente por la cuña quiché-cakchiquel-tzutuhil. En cambio difiere del pokomame de Chinautla y mucho más del cakchiquel, lengua vecina³⁰.

Nadie se ha interesado por la investigación de las influencias del quiché sobre lenguas circunvecinas que se fueron quicheizando al contacto de aquélla. El único ensayo sobre el particular se debe a Otto Shuman, que ha notado influencias del quiché sobre el quekchi y el pokomame (informe personal). El que esto escribe encontró influencias fonéticas del quiché sobre el maya de Yucatán³¹.

Cuanto más profunda es la influencia cultural del quiché tanto más se incorporaron a las lenguas influidas voces del quiché-cakchiquel.

En la actualidad los indios de Chajul entienden perfectamente el quiché, pero los quichés no lo entienden y tratan con ellos en su propia lengua (Ariel Rivera, informe personal).

Esto parece indicar que el quiché ha sido usado en esta región como *lingua franca*. En la toponimia se refleja también la ocupación quiché de Los Altos. Así, por ejemplo, el nombre de poblaciones mames, como Kulajá y Atzoya, fueron sustituidos con los nombres quichés de Xelajú y Totonicapán. Esta stratigrafía toponímica expresa con elocuencia la superposición de los quichés a los mames.

Las influencias del quiché-cakchiquel sobre las lenguas de sus vecinos mayas son paralelas a las culturales, testimoniadas en la arqueología, como se verá en seguida.

En suma, la lingüística, como la etnografía y la arqueología, vienen a desvanecer «el enigma tolteca, que quizá nunca sea decifrado».

Si nos remontamos al siglo X, época del colapso tolteca, encontraríamos probablemente afinidades más estrechas entre las lenguas quichés, cakchiquel, tzutuhil, totonaca, huasteca y mixteca, que eran las que hablaban los pueblos de cultura tolteca.

En el curso de la presente exposición se ha comprobado que los quichés no sólo son afines a los toltecas mexicanos, sino que son los mismos fundadores o coparticipes en la fundación del imperio tolteca (Teotihuacán-

³⁰ Manuel J. Andrade, publicaciones en *Boletín de la Inst. Carnegie*, 1936.

³¹ *Influencias Lingüísticas...*, op. cit.

Tula). Se ha seguido paso a paso el desarrollo cultural-histórico de los quichés-toltecas desde el Clásico Temprano, en el área maya, a la creación de la cultura tolteca; el desarrollo de dicha cultura durante un lapso de unos mil años en el Altiplano mexicano y, finalmente, su regreso de Tula a Guatemala, su patria primera. Los hechos de esa historia están documentados en fuentes escritas y corroborados por la etnografía y, desde luego, por la arqueología, como se verá en seguida.

62. PANORAMA DEMOGRAFICO DE LOS ALTOS DESPUES DEL COLAPSO MAYA

Antes de tratar de la arqueología de Los Altos, a raíz de la intrusión de los grupos quichés o toltecas, conviene resumir brevemente los acontecimientos históricos que ocurren en el área a partir del colapso maya.

Después del abandono de sus centros ceremoniales, los mayas emigran a la península de Yucatán, que fue su único lugar de refugio, por no haber sido afectado por la invasión chichimeca-pipil. Allí florece de nuevo su civilización durante el período Neoclásico, que Willys Andrews llama «Floreciente». Este período se diferencia del Clásico por la ausencia de inscripciones de Cuenta Larga y una mezcla de estilos clásicos. Es decir, que la historia de los mayas del período Clásico sigue su curso en la península hasta la Conquista.

Algunos núcleos del área meridional y posiblemente de Chiapas resisten el impacto pipil y se defienden en sus montañas, que son sus áreas de refugio. Este es el caso de los chortis y choles meridionales, como lo ha demostrado una investigación intensiva de este pueblo, de su hábitat y de su cultura posclásica.

Ninguno de los grupos mayas que compartieron la cultura clásica después del Baktún 7 ocupó en ningún tiempo la región de Los Altos o del Pacífico. Los mayas que emigraron a Yucatán nunca refluyeron hacia el occidente, ya que toda posible retirada por este rumbo estaba cortada por la invasión pipil. Además, siempre evitaron la región de Los Altos, por sus condiciones ecológicas limitantes de la agricultura.

El crecimiento «súbito, extraordinario, increíble» (textual) de la población del Altiplano, notado por E. Shook, corresponde a las oleadas quichés-cakchiqueles-tzutuhiles, que invaden Los Altos al regresar de Tula, pero de ninguna manera a una migración maya después del colapso de su cultura clásica. Ambos acontecimientos están separados, además, por siglos.

En suma, el renacimiento de la cultura maya ocurre en la península de Yucatán y no en Los Altos o en el Pacífico.

Por consiguiente, ni en Los Altos ni en la región del Pacífico puede existir un período «Clásico Tardío» o «Posclásico», en el sentido de una cultura maya posterior a la clásica. La arqueología pone de manifiesto que no hay nada clásico en esa región después del séptimo Naktún, y la lingüística comparada revela que sus habitantes nunca compartieron la civilización clásica (cita anterior).

Importa puntualizar estos hechos para comprender la historia y la arqueología de Los Altos y de la costa del Pacífico, a raíz de la invasión quiché y desvanecer errores fundamentales de interpretación que han oscurecido el panorama cultural-histórico del área. Una situación perfectamente definida en fuentes quichés, cakchiqueles, mayas y mexicanas se ha convertido en el nudo gordiano de la antropología mesoamericana.

Correlación de fechas mayas a cristianas.—De poca utilidad resultan las numerosas fechas de radiocarbono para determinar cuál de las dos correlaciones usadas en la actualidad (11.16.0.0.0., de Goodman-Martínez-Thompson; 12.9.0.0.0., de Spinden) es la verdadera. Una increíble cantidad de información ha sido acumulada para tratar de eliminar una correlación a favor de la otra¹. Pero los datos obtenidos por el método del carbón 14 nos brindan una escala de valores de gran variabilidad; unas veces favorecen la correlación de Spinden; otras la de Thompson, o bien son incompatibles con ambas, pues son demasiado tardías o demasiado tempranas.

Gordon R. Willey, Gordon F. Ekholm y René F. Millon han llegado a la misma conclusión después de comparar un gran número de fechas radiocarbónicas con las de ambas correlaciones. Encuentran que las primeras no son concluyentes en el sentido de apoyar una u otra de las correlaciones en boga y dar una base fija para una cronología exacta del período Clásico. Insisten en que el procedimiento del carbón 14 es de poco valor para una datación absoluta de este horizonte cultural².

Bien dice L. Satterthwite que las categorías principales de datos para interpretar la verdadera correlación son históricos, incluyendo la etnología.

El derrumbe de la cultura maya como consecuencia de la invasión chichimeca-pipil ocurre en el siglo VII. Está directamente relacionado con el colapso de Teotihuacán, que ocurre hacia el año 600 de la era cristiana,

¹ Linton Satterthwite y William R. Coe, «The maya-christian calendarical correlation and the archaeology of the Peten», en *Actas y Memorias del XXXVII Congreso Int. de Americanistas*, vol. III, Buenos Aires, 1968, págs. 3-19.

² Gordon R. Willey, Gordon F. Ekholm y René F. Millon, «The Patterns of Farming Life and Civilization», *Handbook of Middle American Indians*, vol. 1, páginas 486, 488.

y el éxodo consiguiente de los chichimecas. El final dramático de ambas civilizaciones es, pues, interrelacionado y aproximadamente contemporáneo.

Usando la correlación Goodman-Thompson, los mayistas (no todos) colocan el final del período clásico en 900 d. C. William R. Coe, entre otros, considera que finaliza en Tikal con el colapso maya, más o menos en 900 d. C.³.

J. Eric Thompson prolonga este período hasta 950 d. C. (informe personal en el XLI Cong. de Am., México, 1974). Como se ha dicho, esta fecha está totalmente fuera de foco, porque no coincide con los datos históricos.

Al final del siglo X, los toltecas invaden simultáneamente la península de Yucatán y Guatemala, a raíz de la desintegración del imperio de Tula. Esos toltecas se identifican con los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles.

Entre la invasión chichimeca-pipil y la tolteca median aproximadamente tres siglos (VII al X). Acerca de la época de las invasiones toltecas, hay consenso general entre mayistas y mexicanistas, pues las fechas correspondientes están registradas en fuentes escritas.

Se ve que los partidarios de la correlación Goodman-Martínez-Thompson tratan de hacer coincidir el colapso de la cultura maya con la invasión tolteca de Guatemala y Yucatán; es decir, de correlacionar ambos acontecimientos, lo cual es totalmente inadmisibles.

Tal confusión sólo puede explicarse por la obstinación en tratar de amoldar los hechos de la historia a un sistema de correlación que está divorciado de la realidad histórica.

Esta posición ha sido criticada por antropólogos eminentes, como Ignacio Bernal, Willys Andrews, Smiley, John Paddock, Gordon Ekholm, J. A. Villacorta, R. MacNeish (informe personal), J. García Payón (informe personal), Carlos Navarrete, A. Medellín Zenil (informe personal) y otros más.

John Paddock nos habla del anticuado sistema de las tablas cronológicas usadas desde hace unos treinta años respecto a un clásico monolítico que abarca todas las regiones de Mesoamérica. Comienza y termina en la misma fecha en todas partes, y por eso tiene por límites dos líneas perfectamente horizontales. Por entonces se decía que la cultura maya clásica y la de Teotihuacán se podían fechar entre 300 y 900 d. C. Pero en el Valle de México y sus alrededores no hay nada que comienza en 300 y termina en 900 d. C.⁴. Lo mismo puede decirse del área maya; allí nada comienza en 300 y termina en 900 d. C.⁵.

³ W. R. Coe, *Tikal*, Guatemala, 1975, pág. 27.

⁴ John Paddock, «El ocaso del clásico», Teotihuacán, XI Mesa Redonda de la Soc. Mexicana de Antropología, México, 1972, págs. 141-146.

⁵ Los mayistas han tratado de interpretar las fases de desarrollo de la historia

Al no separar en tiempo la invasión pipil de la tolteca se resta unos tres siglos de la historia maya-mexicana, durante los cuales se desarrollan acontecimientos de gran importancia. Se borra de una plumada todo el período de desarrollo de la Tula tolteca, desde el derrumbe de Teotihuacán a la desintegración del imperio. Tula es fundada en el siglo VII según los datos históricos citados precedentemente y el colapso del imperio tolteca ocurre al final del siglo X. En la península de Yucatán se suprime todo el período Neoclásico o Floreciente, desde el colapso maya a la llegada de Kukulcán, y no hay tiempo para colocar el desplazamiento de los itza a Champotón. En el área maya se escamotea el período de ocupación pipil desde su invasión del país hasta que fueron arrojados por los quichés.

La presencia de los pipiles en el área maya del Pacífico está testimoniada en varias fuentes coloniales. Fuentes y Guzmán nos habla de los tributos muy crecidos que cobraban a sus pacíficos vecinos, los mames, así como de las guerras emprendidas por los quichés, «deseosos de extinguir esa generación». En cuanto al tiempo de su permanencia, se calcula «en 7 u 8 edades o vidas de viejos cuando vino sobre ellos un grande Exercito de gentes que se decían olmecas (quichés). Estos dicen que vinieron de acia México y que antiguamente habían sido capitales enemigos de aquellos que estaban poblados en el Despoblado de Xoconochco. Estos olmecas dieron guerra, vencieron y sujetaron...» (Torquemada, *Monarquía Indiana, obra citada*, libro III).

Desplazados por los quichés del área maya del Pacífico, los pipiles emigran de nuevo hacia Nicaragua y se establecen en el istmo de Rivas, desalojando a sus habitantes.

Interés excepcional ofrecen los informes de Torquemada acerca del tiempo de permanencia de los chichimecas-pipiles en el área maya del Pacífico (Xononusco), desde su invasión del país hasta la llegada de los quichés, que llaman «olmecas». La citada información identifica, además, a los pipiles con los chichimecas que se levantaron en armas contra el poderío de los teotihuacanos, «sus capitales enemigos». A la luz de esos antecedentes es fácil comprender por qué los quichés eran «deseosos de extinguir esa generación (de los pipiles)». Las tradiciones pipiles identifican a los quichés como «olmecas», es decir, toltecas, y establecen que éstos llegaron a Guatemala «de acia México». Los datos históricos brindados por los pipiles coinciden con los de fuentes quichés, cakchiqueles y mexicanas.

La distancia temporal que media entre el derrumbe de Teotihuacán y el

maya mediante una periodización que impresiona por su admirable simetría: Preclásico tardío, 300 antes de C.-300 d. C. Clásico Temprano, 300 d. C.-600 d. C. Clásico Tardío, 609-900 d. C. Post-Clásico Temprano, 900-1200 d. C. La rigidez de esas divisiones que parecen unidades matemáticas en una ecuación algebraica, no permite percibir la imagen de la cambiante demografía prehispánica y no corresponde a una verdadera cronología histórica.

colapso de Tula es aproximadamente la misma que separa la invasión chichimeca-pipil de la quiché en Guatemala y del comienzo de Uxmal en el siglo VII al siglo X, época de la llegada de Kukulcán a la península, que corresponde al período Neoclásico. Tres informaciones de fuentes diferentes (mexicanas, guatemaltecas y yucatecas) concuerdan de manera independiente para establecer la realidad de los hechos históricos que vienen a invalidar la correlación Goodman-Martínez-Thompson. En cambio, favorecen la de Spinden. Los acontecimientos que ocurren en el centro de México repercuten directamente en el área maya. Tales acontecimientos ponen de manifiesto que las crisis generales del mundo clásico son causadas por grupos de filiación nahua, los chichimecas en el primer caso (derrumbe de Teotihuacán), la presión azteca en el otro (colapso de Tula) y la invasión pipil en el área maya.

Esa distancia temporal entre acontecimientos tan notorios desaparece si aplicamos la correlación Goodman-Martínez-Thompson, que tiende a no hacer separación entre el colapso maya y la invasión quiché a Guatemala y Yucatán. El *hiatus* que abre en la historia maya-mexicana es aproximadamente equivalente a la diferencia entre dicha correlación y la de Spinden (alrededor de doscientos sesenta años).

De todo lo expuesto se desprende que la correlación Spinden, aunque no fuera rigurosamente exacta, es la que más se aproxima a los acontecimientos históricos.

De acuerdo con el método preconizado por Satterthwite, que la interpretación de la verdadera correlación debe fundamentarse en datos históricos y etnológicos, considero que los informes precedentes tienen carácter definitivo para establecer la correlación de fechas mayas a cristianas.

Divisiones arbitrarias del horizonte tolteca de Guatemala.—Consecuencia de la aplicación de una correlación inadecuada es la división arbitraria del horizonte quiché o tolteca en tres fases: Clásico Tardío, atribuida erróneamente «al verdadero apogeo de la civilización maya» (Coe y otros); Posclásico Temprano y Posclásico Tardío, confundiendo así la cultura tolteca con la maya, como si aquella fuese la continuación de ésta.

Sin embargo, el horizonte quiché es uno solo, cualitativamente diferente del maya y separado de aquél por siglos. Otros atribuyen la paternidad de la cultura tolteca, tanto en México como en el área maya, a los nahua chichimecas o chichimecas-pipiles y confunden una invasión con la otra.

La confusión entre nahua-chichimecas o pipiles y toltecas no es posible en el área maya, pues cada uno de esos pueblos llega separadamente, en épocas diferentes, y se distinguen por sus propias características culturales y lingüísticas.

Hace tiempo que vengo tratando de desvirtuar esos errores de interpre-

tación de la cronología y la arqueología, discutiendo con mayistas de renombre al respecto. Alfred V. Kidder, por ejemplo, me escribe lo siguiente:

«You were quite right in stating that our ideas as to the classification of Maya pottery will have to be modified as a result of future investigations. I think you are quite right in excluding from Old Empire the areas you mention: Kaminaljuyu (Esperanza), Guaytán, Los Altos, El Salvador, Uluu Yoyoa. You were also quite right in felling that archaeological evidence must be supported by that of ethnology and linguistic. Too few archaeologists have this point of view» (carta; fecha, 10 de diciembre de 1944).

No es ésta la primera vez que se señalan errores fundamentales de apreciación acerca de los horizontes maya y quiché. Ya J. Herbert Spinden había llamado la atención sobre el hecho que: «Dos épocas, separadas entre sí por siglos (maya clásica y quiché), han sido unidas equivocadamente durante muchos años. Dando a cada una el sitio que le corresponde en el tiempo y el espacio se aliviará grandemente la labor de los arqueólogos e historiadores»⁶.

Coincidencias entre arqueología e historia.—De acuerdo con las fuentes y tradiciones quichés, cakchiqueles y mexicanas, citadas precedentemente, los toltecas parten de Tula con el propósito de regresar a su patria primera, Guatemala.

La veracidad de esas fuentes es testimoniada por la arqueología. En capítulo anterior se estableció que los quichés o toltecas emigran de Guatemala a México durante el período Clásico Temprano de la civilización, que hasta entonces fue compartida por mayas y quichés. Mil años después, los quichés regresan a Guatemala y reocupan el área del Pacífico, es decir, el mismo territorio de donde habían emigrado, «la tierra de donde vinieron nuestros padres».

Esta lejana relación entre la cultura arqueológica de los quichés antiguos y la de los quichés recientes (siglo X) ha sido notada por Tatiana Proskouriakoff, sin imaginarse que ambos horizontes corresponden a la misma cultura, vista en dos épocas diferentes. «Rasgos antiguos de la civilización maya o muy similares, desde largo tiempo abandonados, regresan como influencias extrañas»⁷.

Al reconocer qué rasgos escultóricos de la antigua cultura maya se tras-

⁶ J. H. Spinden, «Los Toltecas en Guatemala», conferencia publicada en los *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala* sobre la separación del primer imperio de los Mayas del período de expansión tolteca. *Anales*, tomo XXIX, núms. 1, 4, Guatemala, 1956, pág. 18.

⁷ Tatiana Proskouriakoff, «A Study of Classic Maya Sculpture», *Boletín de la Inst. Carnegie*, Washington, 1950.

parentan en la cultura quiché reciente, la citada investigadora reconoce, implícitamente, las conexiones establecidas por mí entre el horizonte Clásico Temprano y Teotihuacán.

Las fuentes históricas de quichés y cakchiqueles ponen de manifiesto que ellos invaden Guatemala con procedencia de Tula. La arqueología corrobora, una vez más, esta afirmación, resaltando que el horizonte quiché-tolteca de Guatemala aparece bruscamente, sin antecedentes locales, como algo que viene de fuera, y se distingue claramente de la cultura maya clásica, tanto en su cerámica, escultura, elementos arquitectónicos y pictóricos, que ofrecen grandes afinidades con el arte del centro de México, como se verá más adelante.

Por otra parte, la estrecha vinculación de la cultura quiché con la tolteca mexicana revela que la primera procede de Tula y del área tolteca, como rezan las fuentes históricas. Este horizonte se superpone a la cultura arcaizante de los mayas antiguos que habitaban Los Altos (mames-pokomames, poconchis) y fueron desplazados por los grupos quichés, según los testimonios de las fuentes y de la toponimia, citados precedentemente.

El horizonte tolteca en la arqueología de Guatemala

Después de la situación caótica que imperaba en el área maya a raíz del colapso de la civilización clásica y la subyugación del país por los chichimecas-pipiles, surge una nueva era con el advenimiento de los grupos quichés, al final del siglo X. Un nuevo foco cultural, superior a todos los existentes en esa época, brilla en Guatemala e irradia sus influencias a toda la América Central.

A diferencia de los mayas del período Clásico y olmecas, que no eran grandes ceramistas, porque no eran comerciantes y se mantuvieron en un verdadero aislamiento, la alfarería tolteca es de alta calidad artística; se caracteriza por su gran variedad morfológica, la introducción del policromo y diversas técnicas decorativas. No es la continuación de ningún horizonte anterior, ya que aparece bruscamente en el área maya, sin antecedentes locales, como una cultura intrusa.

Para tratar de explicar las relaciones notorias entre el arte tolteca de Guatemala y el de México se han atribuido esas semejanzas a «influencias» mexicanas. Pero Alberto Ruz L. puntualiza que tanto en la península de Yucatán como en Guatemala, «se trató no de una divulgación ideológica, sino de una verdadera preocupación por grupos mexicanos durante varios siglos. La ocupación mexicana en el área meridional, que atestigua la

arqueología, se refleja, además, en la historia autóctona (*Popol-Vuh*, Anales de los Cakchiqueles)⁸.

Gran confusión ha causado entre los arqueólogos la heterogeneidad del arte quiché-cakchiquel-tzutuhil, que muestra relaciones con el de Tula, Xochicalco, Teotihuacán, El Tajín, la cultura mixteca-Puebla, Chichen Itza, Mayapán, Tulum, el Golfo de México, etc., a tal grado que han tratado con el eterno deseo del clasificador de subdividir el horizonte tolteca de Guatemala en fases. Pero esto no ha sido posible por tratarse de una cultura monolítica. Los arqueólogos que han tratado de establecer una periodización de este horizonte consideran que se trata de un problema muy complicado. ¿Cómo se explica que los tipos de alfarería del período proto-histórico difieren considerablemente en cada localidad? La cerámica de Iximché, por ejemplo, es bastante diferente de la de Uatlán, con la cual es contemporánea⁹.

Tal heterogeneidad se explica por el hecho de que los grupos toltecas que se reúnen en Tula para expatriarse proceden de diversas localidades del Altiplano mexicano, como lo especifican las propias fuentes quichés y cakchiqueles. Hay concordancia al respecto entre las fuentes de Guatemala y las mexicanas. Tula era la cabecera de un imperio que tenía bajo su jurisdicción veinte ciudades, que eran sus manos y sus pies, informa la historia tolteca-chichimeca. Cada ciudad conservaba su autonomía y sus características propias dentro del sistema federativo, según las leyes socio-políticas indígenas. Además, Tula tenía casi todos los tipos de cerámica del Altiplano (Acosta).

Cerámica mixteca.—Otro problema que ha preocupado durante mucho tiempo a los arqueólogos es el de la sincronología de ciertos tipos de cerámica. La alfarería policroma mixteca, también llamada mixteca-Puebla, por ejemplo, cuyo status cronológico es aparentemente muy confuso.

Los mixtecos emigran del Altiplano hacia el Sureste, posteriormente al colapso de Tula. Algunos mexicanistas los hacen proceder de Cholula; otros (Chadwick, por ejemplo) piensan que participaron de la cultura teotihuacana. Penetran en territorio de los zapotecas y los sojuzgan, así como los quichés avasallan a mames y pokomames. Pero tales acontecimientos ocurren en época reciente, ya que el proceso de expansión de los mixtecos continuaba todavía al momento de la Conquista (Paddock).

¿Cómo atribuir a una cultura tardía como la mixteca los rasgos mixtecos que aparecen en la cultura quiché en época más temprana?

⁸ A. Ruz L., «Influencias mexicanas sobre los mayas», *Desarrollo cultural de los mayas*, México, 1964, pág. 218.

⁹ Robert Wauchoppe, «Las Edades de Uatlán e Iximché», *Revista de Antropología e Historia de Guatemala*, enero de 1949, pág. 12.

En un reciente y bien documentado trabajo, Noemí Castillo Tejero aclara este enigma. «Destaca el hecho de que la cerámica, mal llamada mixteca-Puebla, no sólo tiene su más temprana aparición en Mesoamérica en el Valle de Puebla-Tlaxcala, sino que es ahí mismo donde presenta una continuidad de uso de más de setecientos años, ya que su empleo llega hasta el momento de la conquista española.» En otros términos, «la técnica decorativa policroma precocción se origina en el área Puebla-Tlaxcala y no en la mixteca, estando comprobado no sólo por su antigüedad (desde 600 después de Cristo), sino también por su presencia numérica en el área en cuestión, cuyo uso llega hasta el momento mismo de la Conquista». Llama a esa cerámica «policroma cholulteca», el lugar de mixteca o mixteca-Puebla, adoptando la misma designación que le dio Noguera. «La aparición tardía de esta técnica en el área mixteca nos permite decir con bastante certeza que es un producto de importación procedente del área Tlaxcala-Puebla»¹⁰.

Cerámica teotihuacana. Tzakol.—Documentos históricos de mucho valor son los vasos teotihuacanos encontrados en el área maya, pero grandes son las diferencias de opinión referente al status de ese tipo de alfarería.

Alfred V. Kidder considera que la fase Esperanza de Kaminaljuyú, Teotihuacán III y la fase Tzakol de Uaxactún son contemporáneas¹¹, es decir, que la cultura Clásica Temprana de los mayas, la teotihuacana y la fase Esperanza corresponden al mismo nivel cronológico de Teotihuacán.

Discutiendo sobre el particular con A. V. Kidder, me manifiesta que la fase Esperanza es teotihuacana, salvo la cerámica de tipo tzakol, que es maya. El carácter teotihuacano de este sitio arqueológico no sólo es testimoniado en formas arquitectónicas, sino también en la cerámica. Hay repeticiones de modelos de Teotihuacán en las formas, técnicas decorativas y temas iconográficos.

El citado investigador considera que no se trata de meros contactos comerciales, sino de una verdadera ocupación en Los Altos de Guatemala por grupos teotihuacanos (cita A. Ruz, en *Influencia mexicanas...*, obra citada, pág. 236).

Sigwald Linné opina que la cerámica teotihuacana y la de Kaminal son productos de la misma escuela alfarera. Pero encuentra en ejemplares de la fase Esperanza un grado mayor de perfección que en México, lo que

¹⁰ Noemí Castillo Tejero, «La llamada Cerámica Policroma Mixteca no es un producto Mixteco», Comunicaciones Proyecto Puebla-Tlaxcala de la Fundación Alemana para la Investigación Científica, noviembre de 1974, págs. 7-9.

¹¹ A. Kidder, Jesse D. Jennings, Edwin M. Shook, «Excavations at Kaminaljuyú», Publ. 561 de la Carnegie Inst., Washington, 1946, pág. 250.

podría significar cierto progreso en época más tardía (informe personal).

La cerámica llamada Anaranjada Delgada es típica de Teotihuacán III, de Monte Albán IIIa, de la fase Esperanza de Kaminal, de Tzakol, y se encuentra además en Colima y Copán¹².

Asociada con dicha cerámica se halló en la fase Esperanza un disco de pirita con diseños típicos de El Tajín (gráfica 5) y otras variedades de cerámica que proceden del Altiplano central de México.

William T. Sanders y Nicholas M. Hellmuth consideran que la fase Esperanza de Kaminaljuyú corresponde a una colonia fundada por invasores teotihuacanos. Su influencia comercial habría irradiado a Los Altos y aún más allá. En una conferencia dada en Guatemala en junio de 1974, Hellmuth manifestó que ejércitos teotihuacanos habían ocupado Kaminal y todo el área de Escuintla, en el Pacífico, durante el siglo VI, ilustrando su conferencia con diapositivas que evidencian la influencia teotihuacana en toda la región.

Ya se han citado los trabajos de Shook acerca de la ocupación intensa de la región costera del Pacífico durante el período «Early Classic», o sea, en la fase teotihuacana, en sitios donde la arquitectura y la escultura mayas están totalmente ausentes.

Discutiendo sobre el particular con Alfred V. Kidder, insiste en que la fase Esperanza es teotihuacana. Hay repeticiones de modelos de Teotihuacán en las formas, técnicas decorativas y temas iconográficos.

Pero en carta fechada el 9 de noviembre de 1943, el citado investigador me escribe: «*I cannot agree with you that Kaminaljuyú (Esperanza) and Guaytan do not belong to the Great Period of the Mayas, as we found in Guaytan and Kaminaljuyú pottery equal with the Tzakol phase at Uaxactún. The sculpture however is as you say very different, but that appears to me to be a local peculiarity.*»

De los informes anteriores se desprende que la cerámica teotihuacana sería maya por obra y gracia de la fase Tzakol de Uaxactún, atribuida equivocadamente al «Early Classic». La distribución geográfica tan considerable de esta cerámica parece incompatible con una civilización como la maya, que permaneció aislada (Willey, Ekholm y Millon, *op. cit.*, página 479).

Para tratar de dilucidar este problema conviene reexaminar la clasificación de Uaxactún.

Uaxactún, una periodización equivocada. Tzakol no es maya.—De las discusiones que se entablaron acerca de la cerámica Tzakol en la Primera

¹² Pedro Armillas, «Tecnología, formaciones socio-económicas y religión en Mesoamérica», *The Civilization of Ancient America*, Ed. by Sol Tax, New York, 1957, pág. 25.

Mesa Redonda de la Soc. Mexicana de Antropología, celebrada en México en 1941, parece dudoso que ese tipo de cerámica corresponda a la fase Clásica de la civilización maya.

En esta reunión, J. Eric Thompson llama la atención del auditorio sobre el hecho de que «la cerámica Tzakol se encuentra en uno de los edificios de Uaxactún relacionado con varias estelas del noveno baktún, entre ellas una fechada en 9.8.0.0.0. Pero el problema, dice Thompson, depende de si las estelas están o no en sus lugares de origen, y los hermanos Smith piensan que no lo están»¹³.

La remoción de estelas en sitios reocupados por otros pueblos es un caso frecuente en el área maya y ha sido notado por otros arqueólogos. En Kaminaljuyú, por ejemplo, una tosca escultura del Preclásico, ilustrada precedentemente, ha sido removida de su emplazamiento original. Al pie de dicho monumento una cava de ofrendas contenía materiales de la fase Esperanza, según dictamen de E. Shook (informe personal). En este caso existe una clara discrepancia cronológica y cultural entre cerámica y monumento.

R. Smith, autor de la clasificación de Uaxactún, encuentra una contradicción a su propia teoría en la estructura B-XII, donde encuentra cerámica Mamón (Preclásico) asociada con una bóveda del período Clásico. En su informe de 1937 a la Institución Carnegie manifiesta que en la estructura B-XII, edificio de dos cámaras situado al norte de B-XIII, si bien es cierto que pertenece al Período I (fase Mamón), su cerámica está asociada con un arco que parece corresponder a una época posterior, en que se utilizaban piedras biseladas en lugar de canteras planas sin pulir. Este hecho lo considera inexplicable.

En una crítica posterior, Edwin M. Shook manifiesta: «Los postulados de Smith que señalan la fecha 8.12.0.0.0. para el comienzo de los rasgos característicos de la arquitectura maya no son ya válidos. En Tikal, el arco maya aparece tres centurias antes de la época que se le asignaba hasta ahora. La contemporaneidad de la cerámica Tzakol con la arquitectura, la bóveda y las estelas está refutada en la actualidad (*now has been disproved*)»¹⁴.

Podría citarse el resultado de otras investigaciones arqueológicas que vienen a invalidar la interpretación histórica de las secuencias de cerámica de Uaxactún, establecidas por R. Smith hace unos cuarenta años o más.

William R. Coe informa haber encontrado esculturas mayas de Tikal

¹³ *Boletín núm. 2*, Mesa Redonda sobre problemas antropológicos mexicanos y centroamericanos celebrada por la Soc. Mex. de Antropología en 1941, pág. 15.

¹⁴ Edwin M. Shook, «Archaeological Investigations in Tikal, Peten, Guatemala», en *Actas y Memorias del XXXV Congreso Int. de Americanistas*, México, 1964, pág. 382.

en la fase Chicanel. Estelas y altares mayas del horizonte del séptimo Baktún son más antiguos que el período Chicanel en el área del Pacífico. Proskouriakoff encontró bóvedas típicas de la arquitectura maya clásica asociadas con cerámica Mamón en Altar de Sacrificios. Una bóveda maya fue encontrada en unión de cerámica Chicanel en Tikal, fechada por radiocarbono en 221 antes de la era cristiana¹⁵.

Curiosas contradicciones, paradojas e incongruencias resultan de la aplicación de la periodización-clave de Uaxactún; entre otras, las siguientes: los monumentos y construcciones de Uaxactún son mayas, corresponden al período Clásico Temprano. Pero la cerámica asociada a estos monumentos es teotihuacana. Las cerámicas Mamón y Chicanel corresponden al período Preclásico, pero están asociadas a monumentos del período Clásico. En cambio, la fase Esperanza de Kaminaljuyú es teotihuacana, tanto en las construcciones como en la cerámica, pero la alfarería Tzakol que se encuentra allí la convierte en un centro maya del Gran Período. La cerámica Tzakol es afín a Tlaminilolpa y Xolalpan; es decir, a la cultura teotihuacana, según Kidder, Jennings, Shook y W. Coe, y no tiene relación alguna con la cerámica maya del período Clásico, que es mayormente monocroma. Además, Tzakol y otros tipos de cerámica teotihuacana se encuentran dispersos en grandes sectores geográficos que jamás fueron ocupados por los mayas durante el período de la Cuenta Larga, y donde no existe ningún monumento o inscripciones mayas (citas anteriores). Tzakol es un exponente de la civilización maya del Clásico Temprano; le sigue en el orden de las secuencias la fase de cerámica Tepeu. Pero Tzakol renace de sus cenizas para presentarse en Los Altos, donde llega hasta la Conquista, como se comprobará más adelante, a pesar del final abrupto de la civilización maya del área central, en el siglo VII de nuestra Era.

Como se verá adelante, Tzakol y Tepeu corresponden al horizonte quiché-tolteca.

Al tratar de la cerámica del Gran Período de Copán, cuya tradición se mantiene entre los chortis, se ha visto que ni Tzakol ni Tepeu han sido encontrados en condición de autenticidad maya en Copán, Palenque, Comacalco, Altar de Sacrificios, Piedras Negras, Yucatán y otros sitios genuinamente mayas. Se ha hecho notar las relaciones de la cerámica clásica de Copán con la fase Mamón de Uaxactún. Esa cerámica no es tan espectacular como Tzakol. Ya se ha explicado la diferencia entre la cerámica avanzada y escultórica del período Formativo y la del período Clásico (maya u olmeca), porque las culturas medias plasmaron en barro sus concepciones religiosas que las clásicas proyectaron en la piedra. Y la superioridad

¹⁵ Bruce W. Warren, «A Hypothetical Construction of Mayan Origins», Actas y Memorias del XXXV Congreso Int. de Americanistas, México, 1964, pág. 297.

tolteca en el arte alfarero radica en el comercio en gran escala de Teotihuacán y Tula, en contraste con la posición aislada de los mayas.

Mamón aparece ya en el Clásico Temprano en el área maya del Pacífico y se extiende desde El Salvador a la península de Yucatán. En el área maya central esta cerámica está asociada a monumentos del período Clásico. En Dzibichaltun hay alfarería de tipo Mamón, pero es más abundante la de tipo Chicanel.

La dramática evidencia del abandono de los centros ceremoniales en el área central se refleja en el final abrupto de la cerámica Chicanel y no de Tzakol ni Tepeu. Por otra parte, Chicanel ha sido encontrada en asociación con monumentos mayas del período Clásico.

Al derrumbarse la interpretación histórica de las secuencias de Uaxactún, caso típico del uso por los arqueólogos del método unilateral de la cerámica¹⁶, Tzakol-Tepeu dejan de ser cerámicas mayas para volver a ser toltecas. Y Mamón-Chicanel ocupan el lugar que realmente les corresponde como auténticas cerámicas mayas del período Clásico.

De esta manera se pone punto final a las discusiones acerca del error de interpretación histórica de los niveles de cerámica de Uaxactún, que ha falseado toda la perspectiva arqueológica y cronológica del área maya y ha sido repetido como una verdad dogmática, un artículo de fe durante más de cuarenta años.

No soy el primero que trata de aclarar esta situación. Otros investigadores más competentes y con clara visión del proceso cultural-histórico que se desarrolla en el área maya habían llamado la atención sobre el particular.

Ya se ha citado la opinión de Spinden en su crítica a la mayoría de los arqueólogos: «Dos épocas, separadas entre sí por siglos (maya clásica y tolteca), han sido unidas equivocadamente durante muchos años» (cita anterior).

Asimismo, E. Willey Andrews manifiesta: «*In most cultural taxonomies to date, the word "Classic" was applied to Maya culture up to the arrival of these Mexican migrants, everything there after being tagged as "Post-classic". I first pointed out two decades ago that this was an unfortunate division*» («*Archaeology and Prehistory in the Northern Maya Lowlands*», en *Handbook...*, vol. 2, op. cit., pág. 318).

¹⁶ Discutiendo alguna vez en 1951 con Robert E. Smith acerca de su tabla de secuencias de Uaxactún, y criticándole sus interpretaciones históricas, me manifesté que su investigación se concreta a los aspectos técnicos de la cerámica y al orden de sucesión en que se encuentra, para proporcionar materiales a otros estudiosos. Que el problema de interpretación cultural-histórica lo dejaba a cargo de los especialistas en la materia. Es decir, que el orden de sucesión de las fases de cerámica de Uaxactún lo considera correcto. A esto le repliqué que sucesión o superposición no implica necesariamente continuidad de la misma cultura.

En otra parte se ha hecho notar el carácter extraordinariamente conservador de la alfarería de Copán y de otros sitios mayas. Willys Andrews nota el mismo fenómeno en su campo de investigación. La cerámica *slate ware* dura más de mil años. «*In pottery the slate ware so characteristic of Yucatán for over thousand years...*»¹⁷. Y concluye: «La historia de la Península, que hemos visto, difiere considerablemente de las descripciones usuales» (*op. cit.*, pág. 327).

Queda despejado hoy el camino para una mayor comprensión del horizonte tolteca en el área maya.

Rasgos teotihuacanos en el horizonte tolteca de Guatemala.—General ha sido la sorpresa de los arqueólogos al comprobar la ausencia de restos de la cultura maya clásica en las tierras altas de Guatemala... Nunca existieron allí estelas con jeroglíficos —salvo Kaminaljuyú—, templos de suntuosas fachadas, inscripciones de Cuenta Larga, bóvedas de piedra salediza bien cortadas o biseladas, etc., que dan a la civilización maya su fisonomía particular.

Dos horizontes arqueológicos distintos reflejan el panorama demográfico de Los Altos. El más antiguo corresponde a una cultura de tipo arcaizante, diseminada en el área. Sobre ésta se superponen los restos abundantes de la cultura tolteca o quiché, que cambian la imagen cultural y demográfica de la región.

Esa cultura trae a Los Altos, con el horizonte policromo, una serie de rasgos característicos de las culturas toltecas de México, incluso de Teotihuacán.

Son muchos los elementos teotihuacanos, mezclados con otros rasgos toltecas, difundidos en el área maya, que se mantienen desde el comienzo al final del horizonte quiché.

Para citar tan sólo algunos, tenemos que la combinación arquitectónica talud y tablero para el revestimiento de los cuerpos escalonados de las pirámides, de tipo teotihuacano, se encuentra en la fase Esperanza de Kaminaljuyú¹⁸ y en Chichen Itza.

Al igual que la cultura quiché, Chichen Itza tiene rasgos de Tula, de Teotihuacán, de Xochicalco, de El Tajín y de otros sitios toltecas.

En Tikal puede verse una estructura con talud, tablero y cornisa que se asemeja más bien al tipo de Xochicalco o El Tajín.

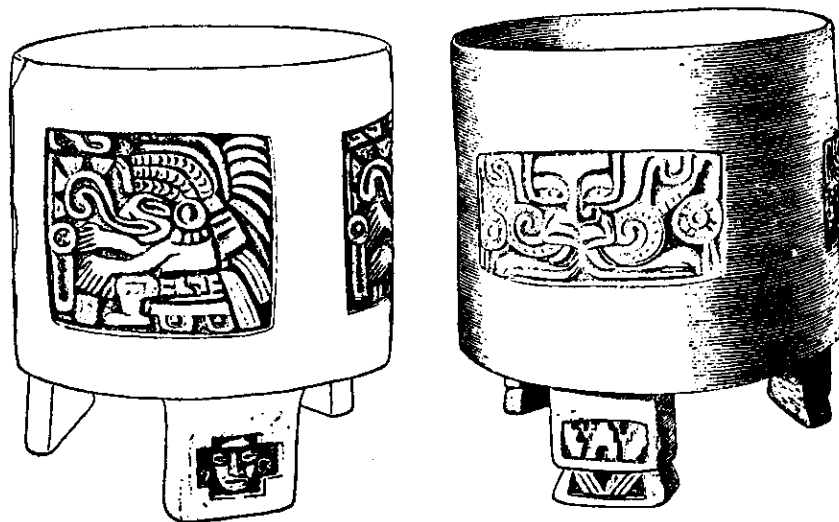
Algunos de los patrones típicamente mexicanos que caracterizan el período tolteca en Chichen Itza aparecen también en forma bastante cons-

¹⁷ W. Andrews, «*Archaeology and Prehistory in the Northern Maya Lowlands*», *Handbook*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 324.

¹⁸ El lector encontrará una detallada descripción de la cultura Esperanza de Kaminaljuyú en mi libro *Los Chortis...*, tomo V, págs. 1679, 1692.

tante en Los Altos. Por ejemplo, la base en talud que conocemos de Tula, Xochicalco, Teopanzolco, Tepoztlan, y que más tarde se emplea en Tenochtitlán, existe también en Zaculeu y en otros sitios de Los Altos, como Chinchilla, Chutixtiox, Cahyup, Chuitinamit y Pachalum (Alberto Ruz L., *op. cit.*, pág. 228).

Vasos cilíndricos de trípodes con soportes planos se encuentran en la Esperanza y con frecuencia en la cultura quiché, hasta la Conquista, como puede apreciarse en los dibujos siguientes, que representan dos vasos de Utatlán, hoy en el Museo Peabody de la Harvard University (reproducción de S. K. Lothrop, *Zacualpa*, Washington, 1936, pág. 78).



Ese tipo de recipiente es característico de Teotihuacán IV, El Corral (Noguera) y Xochicalco (C. Sáenz).

Obsérvese la forma en talud y tablero de los soportes de una de esas vasijas.

En Utatlán se encontró, además, cerámica Tzakol de reborde basal (basal flange), que puede compararse con ejemplares de Uaxactún y la Esperanza. Otto Stoll ilustró una de esas vasijas que fue reproducida por J. Eric Thompson en su publicación *A Trial Survey of the S. Maya area*. Otro vaso Tzakol con reborde basal ha sido encontrado en Nebaj y está ilustrado en la gráfica 77 de mi libro *Los Chortis...*, tomo V. Abundan en Los Altos y en la costa la cerámica de tipo teotihuacano, al grado que William T. Sanders y Nicholas M. Hellmuth la consideran como irradiaciones de una colonia teotihuacana fundada en Kaminaljuyú (fase la Esperanza). Ruz L. encuentra vasos similares a los de Teotihuacán no sólo en

Kaminaljuyú y Uaxactún, sino también en Zaculeu y Tazumal, en El Salvador (*op. cit.*, pág. 227). Algunos arqueólogos atribuyen esta expansión teotihuacana al «Early Classic»; otros consideran que corresponde al «Late Classic».

Las cerámicas de tipo Tzakol y Tepeu se han encontrado aisladas o asociadas, junto con vasos plomizos (Plumbate) en horizontes posteriores al clásico. En la fase Reocupación de Copán y de Tikal, Tzakol y Tepeu coexisten con *Plumbate*.

Como se ha dicho, la cerámica Tzakol tiene sus parientes tipológicos en Tlaminilopa, Xolalpan (Kidder) y Tampozol (Dussolier). Está claramente relacionada con el horizonte quiché y vinculada a Teotihuacán.

La cerámica Tepeu.—Asimismo, la cerámica de tipo Tepeu ha sido atribuida erróneamente a los mayas, como «exponente de la plena historicidad maya» y característica del apogeo del período clásico.

Tepeu no se presenta como evolución natural de Tzakol, como sería de esperarse en un proceso de evolución continua de la cerámica maya. Al contrario, representa un cambio radical, no tiene antecedentes locales y se relaciona con la fase final de Xolapán y la siguiente de Metepec, en México (William R. Coe, informe personal).

Una voz de alerta a los mayistas ha sido dada por William R. Coe, al descubrir cerámica Tepeu asociada con plomiza (*Plumbate*) en el horizonte Postclásico de Tikal¹⁹. En su eterno afán de clasificación, los arqueólogos han dividido el complejo Tepeu en tres fases: Tepeu I, II y III. En la península de Yucatán, Tepeu aparece posteriormente al Horizonte clásico.

Al llegar los toltecas al país de los mayas quedaron hondamente impresionados por el arte y la ciencia expresados en los centros ceremoniales y trataron de reproducir los motivos que más les llamaron la atención y eran desconocidos para ellos. Copiaron los jeroglíficos mayas en vasos Tepeu y Tzakol, sin entender su significación. Esas bandas de jeroglíficos son meramente decorativas y carecen de valor cronológico. Por esta razón han sido llamados «falsos glifos».

Los *Anales* de los cakchiqueles expresan que «bajaron al Chol Amag», país de los choles, y después llegaron a la Alta y la Baja Verapaz. La ocupación temporal de esos territorios está corroborada por la arqueología. Se ha encontrado, en efecto, cerámica tolteca intrusa en monumentos del período Clásico, precisamente en estas regiones, como Palenque, Altar de Sacrificios, Tikal, Tenosique²⁰, Chama, etc.

¹⁹ William R. Coe, «Southeastern Mesoamerica», en *American Antiquity*, vol. 30, núm. 3, enero de 1965, págs. 379, 383.

²⁰ Jorge Acosta encontró en Tenosique cerámica postclásica: plumbate Tohil y un vaso cilíndrico de base anular, adornado con una cabeza (informe personal).

Se ha ilustrado precedentemente un grafito dibujado en la pared de un templo de Tikal, que representa la escena de un sacrificio humano por flechamiento, desconocido de los mayas. Pero los *Anales* de los cakchiqueles se refieren, con lujo de detalles, a ese tipo de sacrificio y aun mencionan el nombre de la primera víctima, *Tolcom*, dato que permite identificar al pueblo que dejó sus huellas en Tikal como cakchiquel o tolteca.

Una tumba de Tzicuay contenía alfarería Tzakol, Tepeu y plomiza. En otra tumba de Nebaj se encontraron 40 vasijas de estilo Tzakol y Tepeu. Al examinar la colección de cerámica de la Inst. Carnegie en Guatemala, Robert Smith me mostró dos ejemplares Tepeu similares: uno era de Uaxactún y el otro de Nebaj.

De Nebaj se tiene una fecha de radiocarbono que data de 1190 ± 60 después de Cristo²¹, fecha que encaja en el horizonte quiché-tolteca.

Tepeu coexiste con Tzakol en varios sitios del área quiché, así como en zonas influenciadas por la cultura quiché. En la fase Reocupación de Copán, por ejemplo.

En Guaytan coexisten Tzakol, Tepeu, cerámica plomiza y objetos de cobre. En dicho sitio arqueológico hay vasos que muestran tres técnicas decorativas: por incisión, relieve y pintura sobre estuco, como en la fase Esperanza de Kaminaljuyú. Noguera encuentra en Gaytan vasijas casi idénticas a las de Xochicalco.

En Chipal, primera capital de los quichés, se encontró cerámica plomiza y anaranjada fina con otros tipos de alfarería que se asemejan a Tepeu.

Cuando realicé un reconocimiento de este sitio arqueológico encontré, entre otros objetos, platos con decoración sellada o estampada.

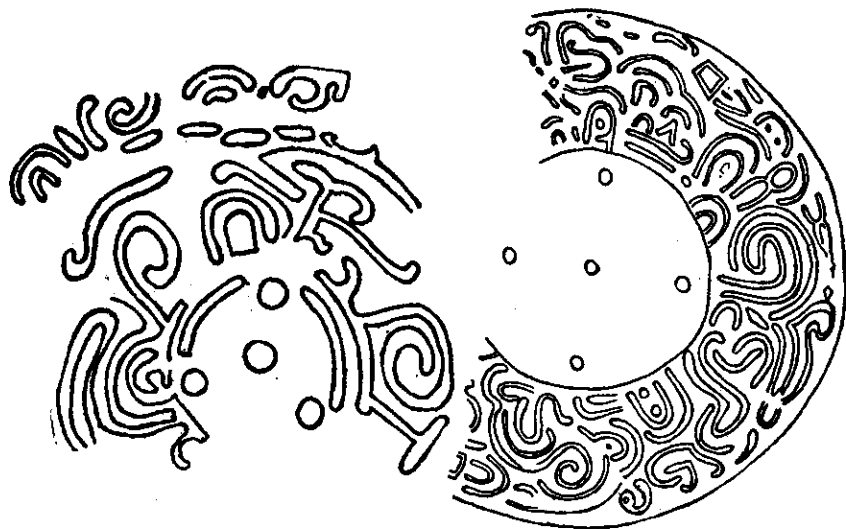
Se ilustra en la pág. 2364 dos calcos que tomé de esos platos que se relacionan con Culhuacán y Tula.

O. Ricketson halló otros semejantes en el área quiché. La cerámica Ulua-Yoyoa policroma, que se extiende en época tardía en grandes sectores de la América Central, como testimonios del comercio quiché es afín a Tepeu (ver más adelante).

Cerámica plomiza (Plumbate) y Anaranjada Fina (Fine Orange).—Considero innecesario demostrar que esos tipos de cerámica corresponden al horizonte quiché, como lo hice para la alfarería Tzakol y Tepeu los arqueólogos están de acuerdo en reconocer que la cerámica plomiza y la Anaranjada Fina son marcadores del horizonte quiché, porque aparecen en Yucatán y Guatemala con la migración tolteca, posteriormente al período clásico de la cultura maya. De ahí que colocaron esos tipos de cerámica en

²¹ Robert M. Carmack, *The Early Postclassic of Highland Guatemala*, Publ. 26, Middle American Research Int., Tulane Un., New Orleans, 1970, pág. 59.

el «postclásico Temprano», división a todas luces incorrecta, ya que se elaboran en el área quiché hasta la Conquista española y aun después.



Plumbate y Fine Orange son conocidos en Tula antes de la desintegración del imperio tolteca. Alberto Ruz nos dice que hay Fine Orange también en Azcapotzalco y en la cultura mixteca-Puebla.

En Guatemala se encuentra en Chipal, Zacualpa, Utatlán, Zaculeu, Totonicapán y otros sitios toltecas de Los Altos y la costa del Pacífico. Están distribuidas, además, en tierras bajas de Tabasco, en la costa de Campeche, la del Golfo y en la isla del Sacrificio. Alfarería plumiza se encontró también en Chichen Itzá, Uxmal y Tikal; Anaranjada Fina en Palenque, Tikal, Mayapán, Chichen Itzá, Champotón y en Uaxactún, en la fase Tepeu. En México, en Xochicalco, Cholula, Tlaxcala, isla de Sacrificio y Azcapotzalco.

La cerámica Anaranjada Fina ha sido definida como una cerámica sin desgrasante y se distingue por su fina textura, su pasta muy compacta y su color de un anaranjado uniforme.

Por la diversidad de sus formas y técnicas decorativas ha sido clasificada en variedades que se identifican con letras del alfabeto. Se ha dividido arbitrariamente la cerámica Fine Orange en el tipo Z, que correspondería al período «maya clásico» y el tipo X, correspondiente al Posclásico. Pero esas divisiones vienen sobrando, ya que ambos tipos corresponden al mismo horizonte quiché-tolteca. Thompson encontró los tipos Z e Y juntos en el nivel posclásico de Altar del Sacrificio (*Handbook*, 2, pág. 347).

Así como no puede subdividirse la cerámica Anaranjada Fina en clásica

y posclásica, tampoco puede subdividirse el horizonte quiché-tolteca en «Clásico Tardío», «Posclásico Temprano» y «Posclásico Tardío», por tratarse de una sola cultura. Tales subdivisiones arbitrarias son la consecuencia de la errónea periodización de Uaxactún.

Gordon Willey encontró la variedad *Fine Orange modeled carved* en Altar de Sacrificios; esa técnica es conocida en Teotihuacán y aparece en la fase Tepeu de Uaxactún.

Mary Butler considera que el centro de distribución de la cerámica *Fine Orange* se encuentra en Los Altos de Guatemala²². Ese tipo de cerámica llega hasta la Conquista en Utatlán, lo mismo que en Acatlán, Puebla (Paddock, informe personal). Las afinidades del estilo de Acatlán con el *Fine Orange* de Cotzumalguapa han sido resaltadas por Thompson.

De gran belleza es el vaso anaranjado fino en forma de barril con pares de figuras en paneles estampadas cuando el barro estaba todavía plástico. En la gráfica 8 se ilustra uno de esos paneles que decora un vaso *Fine Orange* de Utatlán, figura tomada de S. K. Lothrop (*Zacualpa*, 1936, figura c).

Un vaso similar fue encontrado por mí en Guastatoya y donado al museo de Arqueología de Guatemala. Se trata de una pieza comercial quiché importada por los pipiles. Como puede apreciarse en el desarrollo de la figura del vaso de Guastatoya, que se ilustra a continuación, ésta es similar a la que está plasmada en la vasija de Utatlán (gráfica 8).



Asimismo, la cerámica plumiza se elaboraba hasta la Conquista y aún en la época colonial.

Jorge Guillemin encontró en Iximché, ciudad fundada alrededor de 1470 por los reyes Huntoh y Vukubatz, una pieza de alfarería plumiza Tohil, que dio a conocer en el Congreso Internacional de Americanistas,

²² Mary Butler, «A Pottery sequence from the Alta Verapaz», en *The Maya and their Neighbors*, New York, 1940, págs. 250, 267.

celebrado en Sevilla en 1964, y la ilustra además en su publicación *Iximché* (Guatemala, 1965, pág. 50). La cerámica plumiza continúa elaborándose en Totonicapán, área quiché, durante la época colonial.

Domingo Juarros manifiesta que, en su tiempo (1808-1818), los alfareros de Totonicapán «hacen vacijas, ollas y semejantes obras de barro bidriadas»²³. Esa tradición se conserva todavía en Totonicapán en 1940, cuando realicé una investigación etnográfica en esa zona. Tuve la oportunidad de presenciar el proceso de fabricación de ese tipo de cerámica en casa de Gregorio Pérez Zapeta, quien pertenece a una casta de artesanos que se viene transmitiendo, de generación en generación, esa técnica de alfarería, la cual no debe confundirse con la mayólica ni con la loza barnizada y brillante, hecha al torno, que también se elabora en el mismo lugar. En mi libro *Los Chortis...*, págs. 1.743-1.745, he dado amplios detalles acerca del proceso de fabricación de dicha cerámica.

Además de los tipos de alfarería mencionados, la cerámica quiché se caracteriza por la técnica decorativa por separación de colores con líneas incisas, típica de Cholula, pero conocida también en Teotihuacán. Esa técnica es usual en vasos de Utatlán, Quezaltenango, Sololá, Retalhuleu y Alta Verapaz.

Dicha técnica persiste en el área quiché durante la época colonial, según referencias de G. B. Gordon y J. A. Mason (1925). Bertha Dutton y H. R. Hobbs hacen notar que diversos elementos de la cerámica de Cholula aparecen incisos en la cerámica plumiza de Tajumulco, que, a su vez, se relaciona con la de Chipal, Zacualpa, Chama y Alta Verapaz²⁴. Vasos quichés en forma de jícara o de copa con soporte anular tienen sus réplicas en Cholula, Tula y Teotihuacán. Figuras del dios Gordo se encuentran en Utatlán, Teotihuacán (Linné) y Cholula (Joyce).

Jarras silbadoras quichés (museo de Chichicastenango) son conocidas en Teotihuacán y en el sureste de México (Carlos de M.).

Al igual que la cultura tolteca del Altiplano de México, la quiché se caracteriza por la abundancia de sus figuras hechas en molde y por grandes esculturas de barro antropomorfas huecas. Relación con Culhuacán y Tula ofrecen los platos quichés, con decoración sellada, encontradas por O. Ricketson y por mí en Chipal. Estos vasos tienen motivos de puro estilo Culhuacán.

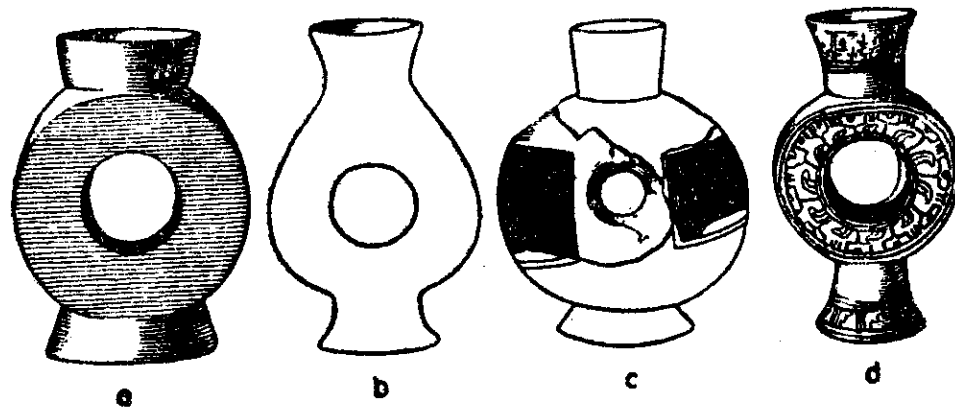
Incensarios efigies con pedestal, tan comunes en el horizonte quiché-cakchiquel, se relacionan estilísticamente con los de Teotihuacán, Azcapotzalco (Linné) y Oaxaca. Vasos efigies quichés que representan un pie con facciones humanas apuntan en la misma dirección. Sahumadores ma-

²³ Domingo Juarros, *op. cit.*, Ed. Guatemala, 1937, pág. 47.

²⁴ B. Dutton y H. R. Hobbs, *Excavations at Tajumulco*, Un. of New Mexico Press, 1943.

nuales trípodes de forma esférica, provistos de un mango tubular, con el cuello ensanchado hacia fuera y decorados con figuras horadadas son similares a los de Cholula, Teotihuacán y de la cultura mixteca (Linné).

Vasos de silueta compuesta y vasijas en forma de aspa con un agujero en el centro, como los que se ilustran a continuación, fueron encontrados en Utatlán (Lothrop), Chipal (M. Butler), isla de los Sacrificios (Joyce), Mitla, en vaso de alabastro (museo Peabody, Harvard) y en la cultura de Techialoyan (J. García Payón). La forma o perfil de esos vasos se proyecta en los caretos que adornan las columnas de Zayil y las del mercado en Chichen Itzá; se representa también en códices mexicanos.



La cerámica quiché y la de Tula tienen además en común: vasos floreros Tlaloc con asa en forma de trenza, vasos piriformes con soporte anular, técnicas decorativas al fresco, en champ levé, cloisonné, de fondo sellado esgrafiado, blanco sobre rojo, rojo sobre café, cerámica plumiza y anaranjada fina, etc.²⁵.

Tal heterogeneidad aparente no es sorprendente, pues la encontramos también en la alfarería de Tula. Como se ha dicho, la cerámica de Tula presenta una gran variedad en formas, técnicas y decoración, pues están presentes en ella casi todas las técnicas del Altiplano. Las mismas técnicas decorativas de la alfarería de Teotihuacán se encuentran en Tula. Policroma, pintura al fresco, cloisonné, champ levé, sellada, etc.

En suma, la información que la cerámica nos proporciona pone de manifiesto que los toltecas que emigran de Tula a Guatemala proceden de diversas ciudades del centro de México. Hay coincidencia al respecto entre la arqueología y las fuentes históricas.

²⁵ Interesado en la investigación del horizonte quiché, he reunido un material considerable sobre el particular en mi libro *Los Chortis...*, tomo V, págs. 1662, 1737, al que remito al lector para más amplios informes.

Generalmente, los arqueólogos subdividen el horizonte quiché en una fase Posclásica Temprana y otra Posclásica Tardía, después del «Clásico Tardío», que confunden con el horizonte tolteca²⁶.

Tal clasificación ya no es válida en la actualidad. El «Clásico Tardío» sencillamente no existe en ninguna cultura del horizonte quiché; el cholulteca policromo es tan antiguo, si no más, que el *Fine Orange* y el *Plumbate*, y esos tipos de cerámica no sólo se elaboran en el «Posclásico Temprano», sino hasta la Conquista y aun en la época colonial, según referencias anteriores. Es decir, que hay un solo horizonte quiché o tolteca que no puede subdividirse en fases y se extiende desde el final del siglo X hasta la conquista española. Aún en la actualidad los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles elaboran algunos modelos de cerámica que siguen los patrones precolombinos (ver detalles e ilustraciones en mi libro *Los Chortis...*).

El culto al cráneo.—Por tratarse de un elemento cultural poco conocido, pero de interés sobre influencias, inferencias culturales y conexiones históricas, mencionaré el culto al cráneo, que se mantiene hasta la fecha en Guatemala.

En Mayapán, los toltecas conservaban las cabezas de muertos ilustres para venerarlas.

Landa describe esa costumbre como sigue:

«A los Señores antiguos de Cocom avian cortado las cabezas, quando murieron, y coziadas las limpiaron e la carne y después aserraron la mitad de la coronilla para tras dexando lo de adelante con las quixadas y dientes, a estas medias calaveras suplieron lo que de carne les faltava de cierto betún, y les dieron la perfección muy al propio de cuyas eran, y las tenían con las estatuas de las cenizas, lo cual todo tenían en los oratorios de sus casas con sus ídolos en muy gran reverencia y acatamiento, y todos los días de sus fiestas y regocijos les hazian ofrendas de sus comidas para que no les faltasen en la otra vida donde pensavan descansavan sus almas y les aprovechaban sus dones»²⁷.

Tal costumbre se trasluce a través de las tradiciones quichés. En el drama de Rabinal Achi, presenciado y publicado por Brasseur de Bourbourg, uno de los actores exclama: «Es la cabeza de mi antepasado, de mi padre. ¿No sería posible también que así se haga lo mismo conmigo y que

²⁶ Como una muestra de la inseguridad de los arqueólogos acerca del «Clásico Tardío», cito a continuación el párrafo de una carta que me escribe R. Smith: «El principio de la fase Tzakol es un poco anterior al ciclo 8.16.0.0.0 y el de Tepeu data de 9.0.0.0.0. Pero habiendo encontrado una estela con la inscripción 9.8.0.0.0. en un edificio conteniendo cerámica Tzakol, supongo que dicha estela debe ser más reciente que Tzakol y debe corresponder a la fase Tepeu» (carta, marzo de 1944). Morley hace principiar Tepeu en el ciclo 9.10.0.0.0. y prolonga este período hasta 10.8.0.0.0., cuando ya había cesado toda actividad en los centros ceremoniales de la cultura clásica.

²⁷ Diego de Landa, *op. cit.*, pág. 230.

se trabaje el hueso de mi frente, el cráneo de mi cabeza, que se le cincele y se le pinte por dentro y fuera?»

El culto a la calavera, practicado por los cocomes de Mayapán, de estirpe tolteca, es un rasgo cultural desconocido de los mayas. Pero se practicaba entre los huastecos y los totonacas, según referencias de Rudolph Schuller. Kirchhoff y Melgarejo hacen notar que la zona de occidente de México, lo mismo que la de oriente, compartían en común esa costumbre de venerar cabezas²⁸.

La presencia del culto a la calavera está testimoniada por la arqueología en el horizonte quiché de Guatemala.

En una tumba de la fase Esperanza, en Kaminaljuyú, se encontró un cráneo decorado con grabados, como puede apreciarse en la ilustración de la pág. 2371, reproducida de la citada obra de Kidder, Jennings y Shook.

Tal costumbre se objetiva, además, en numerosas máscaras de estuco que tienen incrustada la porción del frente de una clavera humana, encontradas en el área quiché. La frente resalta siempre como un centro de interés.

En Uaxactún, fase tolteca, fue hallada la parte posterior de un cráneo cortado artificialmente; se exhibe esta pieza en el museo Arqueológico de Guatemala, número 566-1023.

En la actualidad, el culto a la calavera se ha mantenido únicamente en el pueblo de San José, en el Petén. Interesado en obtener informes fidedignos al respecto, realicé en 1975 una expedición a este lugar²⁹.

San José es una pequeña población de indios mayas del grupo Itza, en el borde del lago Petén Itzá. En la iglesia que domina el pueblo están depositadas tres calaveras en un gran armario cubierto con una cortina de tela. Las calaveras se guardan junto con imágenes de santos. Carecen de la mandíbula inferior; su frente está decorada con una cruz, pintada en negro; están colocadas en sendos platos blancos, como puede apreciarse en la gráfica 7.

Todos los años, en la fiesta de Difuntos, sacan una de las calaveras en solemne procesión que recorre el pueblo. La calavera es llevada en andas,

²⁸ Tercera Reunión de Mesa Redonda de la Soc. Mex. de Antropología, México, 1943.

²⁹ Mi viaje al Petén duró 10 días, incluso una excursión a Tikal. Recorrí 741 Km. por tierra y 24 Km. de navegación sobre el lago Petén-Itzá. Las penalidades del camino son compensadas por el grandioso paisaje de la selva tropical. Tuve oportunidad de obtener algunos informes de los mopanes que habitan la zona de San Luis y conservan sus tradiciones del culto agrario con sacrificio de aves para propiciar las siembras de maíz. Poptún es una región poblada por quekchis. Su lenguaje difiere mucho del chorti; en cambio, el chorti ofrece grandes afinidades con el mopán y el itzá. Los que hablan esa lengua la consideran «maya», en oposición a las otras. Es éste mi último trabajo etnográfico, destinado a este libro, pero no será el último de mi carrera.

como un ídolo, con sus correspondientes ofrendas alimenticias; a un lado, una jícara de atole; al otro, un plato de comida, que consiste en aves sacrificadas. En ambos lados sendas velas verdes, confeccionadas con cera silvestre, *kib*; es decir, las mismas ofrendas que se tributan a los dioses y a los muertos.

Durante el trayecto, la calavera sagrada visita las casas donde su presencia ha sido solicitada, siendo objeto de adoración. Le piden salud, buenas cosechas y protección contra enfermedades o accidentes, pues tiene el poder de concederlos. En suma, cumple las funciones de un ídolo, el único ídolo precolombino que existe en San José al que se le rinde culto todavía.

Indagando a Domingo Chayal, que se titula «prioste» de la localidad, acerca del origen de las calaveras y de esa costumbre, me manifiesta que se pierde en la noche del tiempo. Sin embargo, tiene muy presente que las calaveras corresponden a tres jefes eminentes, *Nohoh winik*, gentes muy grandes. Los chortis dirían *Noh winik*. Se hace notar, de paso, que el itza de San José y el chorti tienen muchos vocablos comunes. Esos tres «hombres muy grandes» eran antiguos jefes del pueblo Itzá. La tradición no se ha interrumpido bajo el impacto de la conquista española. Los tres grandes están representados por tres priostes, de los cuales uno era el principal. En la actualidad quedaron reducidos a uno solo, que es mi informante.

Le pregunté la razón de la ausencia de mandíbula inferior en las calaveras, pero no lo sabe. «¡Como son tan antiguas!», me dice. Tampoco contienen cenizas.

En el museo de Tikal se exhibe una bella escultura de barro en dos secciones, que representa a una deidad en actitud de brindar una calavera, que sostiene en sus manos abiertas un plato, como puede apreciarse en la gráfica 6. Esa escultura corresponde a la fase Tzakol. La postura del personaje en actitud de presentar la calavera es semejante a la que adoptan los dignatarios de San José cuando entregan la calavera sagrada al solicitante.

Obsérvese los tres puntos o signos *kin*, estampados en la orejera del personaje. Evidentemente, el tres es un numeral sagrado relacionado con el rito de la calavera, tanto en la arqueología como en la etnografía.

Comparando los datos de la etnografía con las referencias de Landa y los informes de la arqueología se concluye que se trata del mismo culto.

Las calaveras son de «grandes señores»; están guardadas junto con los ídolos (santos) en la iglesia, en función de santuario indígena, a cargo del prioste; la frente está decorada como un centro de interés; se veneran como dioses indígenas; le ofrendan alimentos y le piden favores y beneficios que la calavera tiene el poder de conceder.

San José, en el Petén, es el único lugar del área maya donde sobrevive esa costumbre precolombina. No debe confundirse el culto a la calavera

con el culto al dios de los muertos, vigente todavía en Guatemala, con el disfraz de culto al «Rey San Pascual». Bajo el ropaje del rey se esconde un esqueleto, tallado en madera; sólo la calavera está a la vista del público, como puede apreciarse en ilustraciones de Luis Luján³⁰.

¿Por qué los itzá de San José y ningún otro pueblo maya mantienen hasta la fecha una tradición genuinamente tolteca?

La razón es clara. Los itzá se diseminaron en el borde septentrional del Lago cuando fueron desalojados de su capital, en la isla de Petén Itzá, por las armas españolas, al final del siglo XVIII. Habían emigrado de Chichén Itzá a raíz de las guerras que asolaron la península de Yucatán. La historia y la arqueología nos hablan de su íntima convivencia con los toltecas de Kukulcán. Cuando este gran caudillo penetró en la península por Champotón, encontró allí a los itzá, que llevó consigo a Chichén. El arte de Chichén-Itzá es una expresión elocuente de la fusión itzá y tolteca.



Arquitectura.—Al igual que la cerámica, la arquitectura del horizonte quiché difiere de la maya y se relaciona con las manifestaciones arquitectónicas de la mesa central, en México.

El período militarista de Tula se continúa en el horizonte quiché. Desde que invaden Guatemala, los toltecas están luchando con los autóctonos.

³⁰ Luis Luján, «La devoción popular del rey San Pascual», *Rev. Folklore de Guatemala*, gráficas 1 y 2, Guatemala, 1967.

tonos para abrir y ensanchar su espacio vital. Sus propias fuentes registran los combates que libran con los nativos. El éxito corona siempre sus campañas militares, pues los aguerridos toltecas vencen fácilmente a los autóctonos de índole pacífica. Tal situación se refleja en la arqueología.

En tanto que los mayas del período Clásico y las poblaciones antiguas de Los Altos tenían sus establecimientos en lugares abiertos, sin protección natural, sin murallas ni ciudadelas, las culturas del horizonte quiché se caracterizan por sus sitios fortificados y ciudades amuralladas o edificadas en lugares estratégicos, naturalmente inexpugnables. Entre éstas pueden mencionarse Chi xi kin juyúp, Tikeran, Rabinal, Guaytán, Chutix Tiox, Xolchum, Iximché, Zaculeu, Utatlán, Mixco, Chua Tinamit, etc. Lo mismo ocurre en la península de Yucatán, con Tulum, Mayapán, Xelhá, Champotón, Aké, Ychpaatun, Chacchob, Tayasal. No todas esas ciudades-fortalezas corresponden a los quichés o toltecas; los hay de otros pueblos que tratan de defenderse y aprendieron de los toltecas el arte bélico.

Las formas arquitectónicas son variadas. Como se ha dicho, hay pirámides con basamento en talud y tablero en la fase Esperanza de Kaminaljuyú, que parecen reproducciones de las de Teotihuacán. En el área quiché son frecuentes las pirámides con doble escalinata, cuyas alfardas se enderezan en la parte superior, como puede verse, por ejemplo, en Utatlán, Iximche y casi en todos los sitios de Los Altos, así como grandes braseros emplazados en el piso. Escalinatas divididas en dos por una alfarda central se ven en varios sitios quichés, como Chuitinamit, Cahyup y Comitancillo. Templos gemelos en Cahyup y Tikal. Pequeños altares o diminutas pirámides en los patios de los complejos ceremoniales, presentes en Cholula, Xolalpán, Iximche, Chipal, Nebaj, son el equivalente del *momoztli* mexicano. La tradición se ha mantenido hasta el presente en Chichicastenango, centro quiché donde se celebran ritos en un altar colocado frente a la iglesia, a la vista del público.

Edificios de planta rectangular con varios aposentos son típicos del horizonte quiché y existen también en Teotihuacán y otros sitios toltecas. Estructuras redondas o en forma de herradura, pirámides circulares, uso de pilares de mampostería o columnas para sostener el techo de edificios son característicos de la cultura tolteca de Guatemala y Yucatán, pero ausentes de la arquitectura maya clásica. En las ruinas de Kejel, a tres kilómetros de Chichicastenango, había una construcción soportada por doce pilares. Cada pilar se compone de cuatro partes que embonan, como la que se reproduce en la pág. 2371. Tienen 2,32 metros de circunferencia y cada sección mide 55 centímetros de alto. Chalchitán posee pilares de mampostería semejantes a los de Mayapán. Cuando estuve en Chipal encontré fragmentos de columnas con mezcla y una pilastra de piedra coronada por un capitel cuadrangular. A. Fuentes y Guzmán describe unas robustas colum-

nas que remataban en capitel en la ciudad fortaleza de Zaculeu. Había 18 de esas columnas. Restos de pilares fueron encontrados en Cunén y Brasseur de Bourbourg dice haber visto en Rabinal una pilastra cuadrada bastante alta. En Petén Itzá también se encontraron columnas por secciones. En la península de Yucatán florece la columna en variados estilos.

En México se ha reportado el uso de pilares en Teotihuacán, Tula, Mitla, Monte Albán, Montenegro y La Quemada. Pal Kelman hace referencia a las columnas de la región totonaca y la huasteca.

Estructuras de planta circular ocurren en el centro de México, Yucatán y el área quiché. Bien conocidas son las de Utatlán, Chicolá, Iximché, Xolpacol, Cahyup, Xolchun, Chichén Itzá y Ceibal (gráfica 22), se relacionan con las culturas del centro de México y de la región huasteca. Las de Xolchún recuerdan las estructuras circulares de Calixtlá-huac, en tanto que las plataformas cilíndricas de Tulum, Paalmul y Utatlán son semejantes a las de Quiengola y de Cempoala.

Los quichés construían pequeñas pirámides o montículos funerarios, costumbre que se mantenía durante la época colonial y que Fuentes y Guzmán, en su *Recordación Florida* nos describe como sigue:

«Llegados al campo destinado para el entierro, con ceremonias y palabras de despedimiento, que hacían los sacerdotes, le ponían en el sepulcro, ofreciéndole para que lo acompañase a su gran Dios *Exbalamquen*. Tenían provenido una gran olla de barro cocido muy firme y durable y ésta puesta en el hoyo, que era muy crecido, acomodaban en ella al cadáver y las joyas y plumas, lo demás ponían en torno a la olla y ésta tapaban con una laja y luego cubrían de tierra la fosa. Sobre ella levantaban un cerrillo más o menos alto, según la calidad del difunto, y éste se fabricaba de piedra y lodo, de que se ven hoy infinitos por todas las llanuras que llaman cues. Fenecida esta función, con grandes ceremonias y cantos muy funestos, tenían labrada una estatua pequeña o grande del señor que allí enterraban, la cual con otra tropa de ceremonias ridículas y cansadas por su prolongación, colocaban con gran veneración en la cima y cúpula de aquel cerrillo. Si era de rey o Señor natural, el enterramiento era como adoratorio, porque aquella estatua le atribuían deidad»³¹.

El sistema quiché de sepultamiento, presenciado por Fuentes y Guzmán, era practicado, como él dice, en muchas localidades del área.

Entierros en grandes ollas o incineración de cadáveres son costumbres típicas de Tula, importadas por los quichés a Guatemala.

Durante mi permanencia en Chipal encontré varias fosas funerarias, circulares, con su respectiva tapadera de piedra. Un agujero de 15 centímetros de diámetro, abierto en la tapadera, permitía el tránsito del espíritu del muerto. Esa perforación ritual se encuentra también en algunas tumbas de Cholula y Teotihuacán. En Cholula hay entierros en fosas redondas, como las de Chipal (Marquina).

³¹ Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, *Recordación Florida*, Ed. Guatemala, 1932, págs. 264, 265, tomo I.

En la fase Esperanza de Kaminaljuyú las tumbas eran techadas con vigas y el cadáver sentado en su silla. He tenido la oportunidad de presenciar la excavación de una de esas tumbas, por A. Kidder y E. Shook. El muerto, evidentemente un gran personaje, era rodeado de su servidumbre y de su perro. El entierro colectivo es otro tipo de sepultamiento conocido en el área quiché. Lo encontramos en la fase Reocupación de Uaxactún, lo mismo que la posición del cadáver en cuclillas.

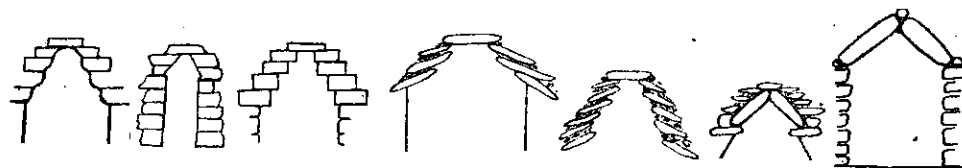
Cámaras abovedadas, circulares y oblongas fueron localizadas en Kixpec, Chihuahua y Ratinlixul, en el área quiché (Mary Butler).

Considero necesario establecer la diferencia entre las bóvedas quichés y las mayas, en vista de que frecuentemente suelen confundirse. Las primeras están construidas, generalmente, con lajas de corte irregular, en posición inclinada y sostenidas en esa posición mediante el acomodamiento de cuñas y argamasa de barro, de manera que la estabilidad del arco depende de la tenacidad de la mezcla. Este armazón queda disimulado a veces con un repello exterior. En cambio, la bóveda maya usa bloques de piedra tallada o biselada.

Lawrence Roys reconoce que el arco de laja salediza representa una influencia mexicana en el área maya³².

Tres tipos de arco falso mexicano aparecen en el horizonte quiché. Están asociados en Mayapán, Chichén Itzá, Uaxactún, Guaytán y Xacbal con cerámica de la cultura quiché y en Chichén Itzá son contemporáneos de las columnas de serpiente que caracterizan la fase tolteca.

Se ilustra a continuación algunas bóvedas mayas y toltecas.



Bóvedas de
Tikal (Smith)

Copán

Guaytán

Uaxactún
(período
Tzakol)

Chichén-Itzá

Guaytán

Bóvedas mayas

Bóvedas toltecas

A. Ruz L. describe un arco de Xamantún formado con hileras de lajas superpuestas, no colocadas todas horizontalmente, sino que a medida que se acercan al centro van formando con la horizontal un ángulo cada vez más abierto. El conjunto determinaba un arco de medio punto revestido con un cuidadoso acabado de estuco.

³² L. Roys, «Masonry Traits found at Mayapan», *Los Mayas Antiguos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941, pág. 145, 146.

Los mayistas suelen confundir el arco maya con el quiché; a veces coexiste en el mismo sitio. A. Ruz L. encuentra, por ejemplo, en Edzna bóvedas de piedra biselada en el llamado templo superior y bóvedas de lajas saledizas en otros cuartos del mismo templo, pero de época más tardía. Concluye que es imposible relacionar las inscripciones con las diferentes estructuras de este sitio.

El juego de pelota, cerrado en sus extremos, como los de Tula, Xochicalco y el mayor de Chichén Itzá, aparece en casi todos los centros ceremoniales quichés de Los Altos.

Hay que referirse todavía a las pinturas murales de Utatlán, Iximché, Chijoj y Uaxactún. Los murales de Utatlán e Iximché son de color rojo, verde, amarillo y azul, todavía vivos (R. Wauchope, *Las Edades de Utatlán*, op. cit., pág. 12). Las gráficas 9 y 10 reproducen dos pinturas murales del templo II de Iximché, descubiertas por J. Guillemín, que evocan las pinturas de los llamados códices mixtecos. Al igual que la pintura tolteca, la quiché y cakchiquel eran aplicadas directamente sobre el fino revestimiento de barro que cubre las paredes de adobe de los templos. Los datos de la arqueología coinciden, una vez más, con los de las fuentes históricas, que especifican que, al salir de Tula, quichés y cakchiqueles llevaban consigo las pinturas de Tulán.

Las pinturas de Iximché ofrecen, además, grandes semejanzas con las de Tulum, ilustradas por William R. Coe en la pág. 494 del *Handbook of Middle American Indians*, y con las de Santa Rita, Honduras británica, que George Kubler considera más cerca de fuentes mixtecas que toltecas.

Hay que referirse, además, a cinco construcciones de carácter ceremonial, enteramente estucadas y pintadas de varios colores: rojo, verde, amarillo y azul, descubiertas recientemente por la misión científica francesa en Chijoj, área quiché. Tanto la técnica del estucado como los colores son los mismos usados en edificios de Utatlán e Iximché y corresponden al horizonte quiché.

Son bien conocidas las pinturas murales policromas que adornan los edificios de Tula y Teotihuacán y realzan su magnificencia.

En cuanto a la pintura dicha «al fresco», que cubre toda la parte inferior de un cuarto en el complejo A. V., de Uaxactún, conserva los colores rojo y naranja, tan comunes en el arte quiché. Muestra figuras de individuos en traje de gala, portando flechas y estandartes. La flecha era desconocida de los mayas.

Salvador Toscano observa que por el diseño de los personajes y la colocación rojo almagre del fondo, el fresco de Uaxactún presenta semejanzas con pictografías teotihuacanas. No es demás recordar que bajo los escombros del palacio Uaxactún, se encontró un arco para disparar flechas,

hecho de madera de guayacán o cortés negro. Indudablemente, un testimonio del paso por Uaxactún de gentes que no eran de cultura maya³³.

Escultura.—Asimismo, la escultura del horizonte quiché difiere de la maya y se relaciona con el arte del Altiplano mexicano.

En una de mis visitas al Museo Arqueológico de Chicago, admiré una escultura de Utatlán, fichada con el número 48.305, que ofrece grandes semejanzas con otra de Teotihuacán, registrada bajo el número 48.309. Ambas estaban colocadas a la par, para fines comparativos.

En el área quiché hay numerosas figurillas de piedra, llamadas cabahuiles, que consisten en idolillos cuyos rasgos son trazados por incisiones rectas. En Teotihuacán se encuentra toda la serie evolutiva del cabahuil, desde los más rústicos de rasgos irregulares, tallados en pizarra, hasta el idolillo antropomorfo con facciones representadas por incisiones rectas. Véase al respecto las láminas 99 y 100 de la obra de Gamio³⁴. La existencia en Teotihuacán de las formas primarias de ese tipo de idolillo señala la dirección de las corrientes culturales.

En su citada obra, A. V. Kidder hace notar las semejanzas que existen entre esculturas de la fase Esperanza en Kaminaljuyú y esculturas de Utatlán, además de recipientes en piedra de forma circular.

Gracias a los admirables trabajos que está realizando en Los Altos la misión científica francesa, disponemos de nuevos elementos para la apreciación del horizonte quiché.

La misión estableció su cuartel general en San Andrés Sacabajá para el estudio y conocimiento de la región circundante. Entre sus valiosos descubrimientos, merecen destacarse varias pilas monolíticas de forma cúbica: altura, de 65 a 112 cm.; largo, 1,04 a 1,20 m.; anchura, de 80 a 105 centímetros; unas tienen tapadera de laja. Estaban decoradas, algunas, con bajorrelieves en los cuatro lados; otras estaban pintadas de rojo o revestidas de estuco. En una de ellas se encontraron cráneos humanos, un vaso policromo de estilo Tepeu, objetos de jade y algunos cabahuiles.

La misión encontró además fragmentos de estelas esculpidas, que se reproducen en las gráficas 12 y 13, por cortesía de Henri Lehmann y Alain Ichon, directores de la misión.

Se reproduce a continuación uno de los bajorrelieves que decora la pila número 3, ilustrado en «Les 'sarcophages' de pierre de San Andrés Saca-

³³ Para mayores informes acerca de la arquitectura quiché véase el cuantioso material contenido en mi citado libro *Los Chortis...*, páginas indicadas precedentemente.

³⁴ M. Gamio, *La población del valle de Teotihuacán*, Inst. Nal. de Antrop. e Historia, México, 1922.

bajá»³⁵. Esta figura es del mismo estío que las de Iximché, ilustradas precedentemente.



En la escultura presentada en la gráfica 15 resalta como centro de interés la cabeza de un rey zopilote, ave solar omnipresente en el arte de Cotzumalguapa, y en el centro de México. Obsérvese el ojo en forma de un glifo *kin*. El hallazgo de varias pilas monolíticas decoradas con grabados en bajo relieve es de interés histórico, en cuanto se relacionan con artefactos similares encontrados en Cotzumalguapa y el centro de Veracruz, como se verá más adelante. Establecen un nexo entre la cultura quiché, la del Golfo y la de Cotzumalguapa, que corresponden al mismo horizonte cultural.

La caja funeraria, monolítica, es un elemento muy antiguo, ya conocido en culturas del horizonte Formativo (ver informes e ilustraciones pertinentes).

Al sur de Iximché se extiende la zona arqueológica cakchiquel, desde Los Altos hasta la costa del Pacífico. El sector de Los Altos es poco conocido. Sin embargo, encontramos en esa región, principalmente en la zona de La Antigua, varios monumentos espectaculares de estilo Cotzumalguapa.

³⁵ Revista *Objets et Mondes*, tomo XIII, fascic. 1, París, 1973, pág. 41.

Estilo Cotzumalguapa.—La estela de Pastores, que se ilustra en la gráfica 16, mide 2,67 metros de alto por 1,03 metros de ancho y 26 centímetros de espesor y puede verse en el museo colonial de La Antigua. La parte inferior consiste en un pedestal sin grabados, que termina en punta, sin duda para ser clavada en tierra.

Sobre la plataforma se ven dos personajes, de pie, figurados de perfil. El de la derecha es mayor que el otro. Representa al dios del cielo con la cabeza nimbada de rayos solares. La otra figura representa a la joven deidad del maíz, hijo de aquél, implorando la ayuda de su padre. Tiene su pie derecho apoyado sobre el de la deidad mayor, en un esfuerzo para subir. Su padre, el dios solar, le ayuda dándole la mano. Esta composición objetiva una concepción mítico-religiosa fundamental, siempre presente en la mente y en los actos del indígena, pues dramatiza el proceso de germinación y desarrollo de la semilla de maíz, asimilada al dios joven, que surge del inframundo y regresa al cielo, de donde ha venido. En el plano escatológico, representa el ascenso del muerto al mundo de los dioses, pues el cadáver, como la semilla, sufre el mismo proceso de desintegración para resurgir en una forma nueva.

Tal interpretación se fundamenta en episodios míticos, registrados en el *Popol-Vuh* y reactualizados bajo nuestros ojos en ritos ampliamente descritos en el curso de este trabajo.

El interés histórico de esa estela consiste en su estilo peculiar, que la relaciona directamente con el arte de Cotzumalguapa, lo mismo que sus glifos numerales de tipo «mexicano». Fue descubierta en 1972 en la finca «Pastores», a cinco kilómetros de La Antigua. El tema que representa es frecuente en el arte de la costa.

Rica en yacimientos arqueológicos es la región de La Antigua. Hay alrededor de tres docenas de esculturas monumentales afines al arte de Cotzumalguapa. Además de la estela de Pastores, dos enormes cabezas cadavéricas fueron localizadas en la finca «La Charca», cerca de la cabecera departamental (gráficas 14 y 15). Miden, respectivamente, 1,27 y 2 metros de alto y pueden compararse a otras cabezas cadavéricas de la costa. Al igual que la estela de Pastores, las calaveras gigantes tienen su réplica en Cotzumalguapa, como puede apreciarse en gráficas de las láminas 46 y 55 de la obra de Lee A. Parsons³⁶.

Detalle interesante es el aditamento de brazos y manos esquematizados en la mandíbula inferior, que sostienen una diminuta cabeza que parece surgir de la boca de la calavera. La cabecita se prolonga en dos relieves arredondados bajo el maxilar inferior (gráfica 16).

Esta figura, altamente simbólica, hace pensar en el episodio mítico de

la calavera de *Vukup Ahpú*, que vierte por su boca descarnada el semen fecundante de Ixquic, esto es, la semilla de maíz. El mismo tema se objetiva en estelas mayas del período Clásico, mediante una liga adornada con cabecitas de Ahau, que cae hasta el suelo (ver descripciones e ilustraciones pertinentes).

Se comprueba la filiación cakchiquel de esos monumentos, no sólo porque están emplazados en territorio habitado por cakchiqueles desde la época prehispánica hasta la fecha y el tipo «mexicano» de los glifos numerales, sino también porque allí, y solamente allí, se ha mantenido hasta hoy la tradición de elaborar calaveras.

Interesado en esa posible correlación etno-arqueológica, realicé una investigación entre los fabricantes de calaveras que habitan los suburbios de La Antigua, localidad donde se hallaron las calaveras monumentales de piedra. Vi cómo elaboran las cabezas de barro por medio de moldes, y cómo las pintan y pulen, siguiendo viejos procedimientos precolombinos. Hablé con los especialistas Bernabé Pérez Vidal, Guillermo España y la anciana Adriana de Ródenas, que vive en la calle Chajón. Tiene más de ochenta años y manifiesta que la fabricación de calaveras es una tradición familiar de carácter hereditario. Tradición cuyo origen se pierde en la noche del tiempo. Sus recuerdos alcanzan hasta su bisabuelo Salomé, su abuelo Francisco y su padre Arturo. La tradición continúa con su hijo Miguel Francisco.

No sólo elaboran calaveras, sino preciosas miniaturas de figurillas humanas y de animales, que son verdaderas obras de arte. Un arte percibido como una formulación natural, un mensaje del pasado en el presente. En la gráfica 16 se ilustran dos de esas calaveras; no se elaboran en ninguna otra parte de Guatemala.

En la finca «El Portal», próxima a La Antigua, se han localizado esculturas de piedra que representan una cabeza de serpiente, con espiga para empotrar, similares a otras esculturas de serpiente encontradas en Aguna, en el Pacífico, en Villanueva y Kaminaljuyú. Parsons considera que tienen su prototipo en Teotihuacán (*op. cit.*, pág. 139).

No deben confundirse las cabezas de serpiente cakchiqueles con la gigantesca serpiente de cuerpo entero (3,75 metros de largo), ilustrada precedentemente, que corresponde al parecer a un horizonte más antiguo. A diferencia de aquélla, las cakchiqueles se caracterizan por cabezas sin cuerpo y con espiga para empotrar.

Los cakchiqueles están vinculados por todas sus raíces a su pasado precortesiano: por la lengua, las costumbres, ritos y ceremonias y por su arte, pues elaboran aún tipos de cerámica con reminiscencias precolombinas. Aún en la actualidad hacen peregrinaciones a las ruinas de El Baúl y Cotzumalguapa para realizar sus ritos ancestrales y ofrenda a sus dioses,

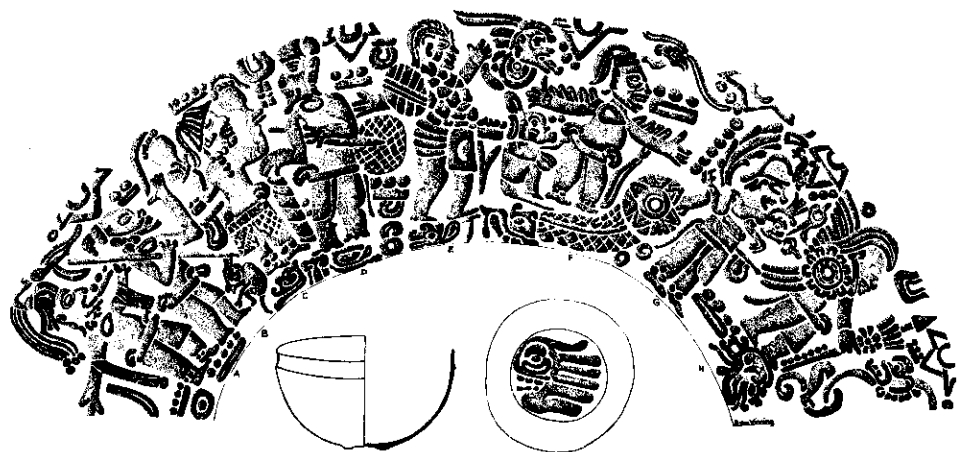
³⁶ Lee A. Parsons, *Bilbao, Guatemala*, Milwaukee Public Museum, 1969, vol. II.

plasmados en estelas antiguas que son «suyos» porque los esculpieron sus lejanos antepasados.

Muchos de esos monumentos, que hoy son lugares de peregrinación de los cakchiqueles, exhiben jeroglíficos toltecas.

De la notación por puntos y barras a la de sólo puntos.—La estela de El Castillo (Pacífico), que se ilustra en la gráfica 23, representa en forma diferente el tema del ascenso de la joven deidad del maíz a la superficie de la tierra, plasmado en la estela de Pastores. El dios sube por una escalera que consiste en los colmillos de una serpiente. Uno de sus pies se apoya en la mata de maíz que está colocada en la base de la escalera y se confunde con ella, pues dios y planta son consustanciales. La joven deidad mira esforzadamente hacia el cielo, donde está su padre, el dios solar. Le habla, implorando su ayuda (voluta que sale de su boca). Arriba se ve la radiante deidad solar que le tiende la mano para ayudarle a franquear el último escalón que le permitirá salir de su prisión subterrestre. Esta bella alegoría, que objetiva la influencia del sol en el proceso de germinación, dramatiza episodios míticos ya ampliamente analizados en otra parte. El monumento mide 3,40 metros de alto por 2,25 metros de ancho. La estela C. de Bilbao representa el mismo tema de la joven deidad del maíz subiendo por una escalera de cinco peldaños mirando hacia arriba, donde le espera el dios solar, su padre, que le tiende la mano. Esta estela ha sido ilustrada precedentemente.

Pero el interés histórico que presenta la estela 1 de El Castillo radica en sus dos series diferentes de glifos numerales: el tipo maya, por puntos y barra, que representan la cifra ocho, y otro sistema, figurado sólo por circulitos.



Este doble sistema de numeración se encuentra igualmente en el relieve de la pirámide de Xochicalco, según informes de Henri Lehmann. El citado investigador hace notar que en la mencionada pirámide se encuentran «grabados a la par un numeral maya de puntos y barras y otro 'nahua', compuesto solamente de puntos»³⁷.

Hasso von Winning nos da a conocer otros ejemplos de doble numeración, uno por puntos y barras y otro sólo por puntos, grabados en dos vasos hemisféricos decorados en relieve, encontrados en el centro de Veracruz. Se reproduce en la pág. 2380 uno de ellos. Von Winning piensa que tales inscripciones expresan el cambio de sistema de numeración por puntos y barras al de sólo puntos o circulillos³⁸.

Ese doble sistema de numeración, usado en culturas toltecas clásicas, posteriores a Teotihuacán, pone de manifiesto que las inscripciones numerales, con sólo puntos o círculos, equivalente del glifo *kin*, no son un invento de los aztecas o de los nahua-chichimecas, puesto que se usaba en un período tardío del horizonte tolteca. El doble sistema de numeración fue llevado al centro de Veracruz y a Guatemala a raíz de la desintegración tolteca.

Así queda solucionada «la cuestión crucial de la relación entre el sistema de inscripciones toltecas y el azteca», que plantea H. B. Nicholson ante la XIII Mesa Redonda de la Soc. Mexicana de Antropología, celebrada en Jalapa, Veracruz, en 1973.

Jeroglíficos toltecas en la cultura Cotzumalguapa.—Varios monumentos de la cultura cakchiquel, o Cutzumalguapa, muestran jeroglíficos que en parte han sido descifrados por comparación con glifos mexicanos. Por ejemplo, Cipactli y Ozomatli (Burland), Miquiztli, Mazatl, Ollin, Quiahuitl (Thompson), muy probablemente Calli, Ehecatl, Ocelotl, Itzuintli y Quauhtli o Cozcaquauhli (Parsons y Thompson). Tales glifos «mexicanos», que se identifican como signos genuinamente toltecas, resaltan la existencia del calendario de veinte días y, por inferencia, del tzolkin y del ciclo de cincuenta y dos años. Hay coincidencia al respecto entre los datos de la arqueología y los informes de la etnografía, expuestos precedentemente. Es decir, que los toltecas-quichés traen a Guatemala el ciclo de cincuenta y dos años con su exponente, el Palo Volador, lo que comprueba, una vez más, que no conocían la Cuenta Larga y no pueden confundirse con los mayas del período Clásico Tardío.

La estela del jugador de pelota (gráfica 19) mide 2,60 metros de alto

³⁷ Henri Lehmann, «Nouvelles données sur la pénétration mexicaine en pays maya», actas del XXXIV Congreso Int. de Americanistas, Viena, 1962, pág. 339.

³⁸ Hasso von Winning, «Relief-decorated Pottery from Central Veracruz, México», revista *Ethnos*, Nat. Museum of Ethnography, Stochkolm, 1971, 1-4, págs. 38-51.

por 1,46 de ancho. Representa a dos jugadores: uno, de pie sobre el pedestal; el otro, más pequeño, postrado a los pies de aquél. Ambos llevan una pelota en las manos enguantadas. El uso de guantes tiene su mito de origen en el *Popol-Vuh* (ver episodio pertinente). El jugador lleva una máscara, probablemente de mono. A la izquierda se ven dos glifos, que representan la cabeza del rey-zopilote, encerrada en un cartucho y dos filas de numerales por puntos. Tales glifos podrían relacionarse quizá con algunos signos de los Señores del Día, los Volátiles, acompañados por numerales, ilustrados en la página 20 de la citada obra de Caso, o bien el glifo Quauhtli.

Es frecuente la representación del rey-zopilote, en el arte de Cotzumalguapa. Está presente en altares redondos, en glifos y en una escultura espectacular de 2,58 metros de largo por 1,55 metros de ancho como único motivo. Esa pieza, que resalta el alto valor religioso del rey-zopilote, ha sido ilustrada por Thompson y Parsons. La figura del rey-zopilote se reproduce con frecuencia, sobre todo en cerámica, en el arte quiché y en la fase Esperanza de Kaminaljuyú. Reyes-zopilotes devorando corazones están esculpidos en tableros de Tula.

La escultura ilustrada en la gráfica 17 es similar a la que Parsons considera como representación de la cabeza de *Ehecatl*.

Parsons ilustra una serie de estelas rectangulares que terminaban en punta, como la de Pastores. Sus dimensiones varían; alcanzan hasta cerca de 3 metros de altura. Representan escenas narrativas, entre otras la de un sacrificio humano y ofrenda de corazón a la deidad, en un estilo peculiar que combina el alto relieve redondo con el bajo relieve. La cabeza de la figura principal, generalmente la del dios del cielo, es presentada de frente y resalta en alto relieve sobre el fondo plano, esculpido en bajo relieve de la estela. Ese estilo, insólito, puede ponerse en relación con el de algunas estelas de Xochicalco, como la que se ilustra en la gráfica 18. En ella la cabeza emerge en alto relieve de las fauces de una serpiente, que se identifica por su enorme lengua bífida.

A propósito de la estela de Xochicalco, merece destacar el glifo del uinal, que figura en la parte superior. Está compuesto del glifo lunar en forma de U y el signo kin o solar, que irradia luz, como infijo, es decir, de los mismos elementos que configuran el jeroglífico maya del uinal, ilustrado precedentemente.

El motivo de la cabeza humana dentro de las fauces de un animal es frecuente en la cultura cakchiquel. Parsons ilustra un ejemplar en la página 256 de su citada obra. Otras esculturas fueron encontradas con este motivo en la finca Pantaleón y en Patzún, área cakchiquel. El mismo motivo está plasmado en un marcador de pelota de Mixco.

En una disertación titulada «La verdadera identificación de Mixco

Viejo», dada en el seno de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, Robert M. Carmack estableció que Mixco Viejo corresponde a la cultura cakchiquel, en tanto que otros arqueólogos consideran este sitio arqueológico como pocomán, con influencias cakchiqueles.

El motivo de la cabeza humana dentro de las fauces de un animal es presente en los tableros de los guerreros de Chichén Itzá. En un pozo de la misma localidad se encontró un banquillo de madera decorado con una cabeza de serpiente de cuyas fauces emerge una cara humana³⁹.

Esos motivos parecen derivar, en cuanto a estilo, de un prototipo de Tula.

El lujoso edificio, vulgarmente conocido bajo el nombre de pirámide de la Luna, muestra en las losas esculpidas de sus tableros, una cabeza humana emergiendo de las fauces de una serpiente y buitres devorando corazones.

La bien conocida escultura del Baúl, que representa un tigre en posición vertical, recuerda la de un portaestandarte en forma de jaguar que fue encontrado en el juego de pelota de Tula. El portaestandarte en forma de tigre está presente también en Chichén Itzá.

El arte de Cotzumalguapa se expresa, además, en grabados rupestres esculpidos en bajo relieve en grandes rocas naturales.

En la cultura cakchiquel de Cotzumalguapa son comunes las pilas monolíticas de forma cúbica. Parsons nos da las dimensiones de una de ellas encontrada en El Castillo. Mide 52 centímetros de alto por 44 y 37 centímetros de largo y ancho. Las compara con otras de Veracruz. Aún no se conocían, cuando Parsons escribió su informe, las pilas monolíticas de Sarcabajá, en el área quiché, que tantas semejanzas ofrecen con las de Cotzumalguapa.

Entre otros rasgos comunes a Cotzumalguapa y al área quiché, merecen mencionarse los *cabahuiles*, abundantes en ambas regiones y que tienen sus antecedentes en la cultura teotihuacana.

Suzana Miles encuentra una extensión del estilo Cotzumalguapa en Tajumulco y considera que ese estilo se relaciona con Teotihuacán y El Tajín (*Handbook*, II, págs. 266, 270, *op. cit.*).

Asimismo, Lee Parsons piensa que el estilo Cotzumalguapa tiene una considerable distribución geográfica.

Las semejanzas notadas entre el arte de los Altos y el de Cotzumalguapa no implican una irradiación de influencias de la costa a los Altos, pues son rasgos comunes a las esculturas quichés y cakchiqueles, es decir, que son propios del horizonte tolteca.

En la región de Cotzumalguapa, las esculturas parecen más finas que

³⁹ Román Piña Chan, boletín *INAH*, junio de 1968, gráfica pág. 4.

en Los Altos, lo que parece indicar una precedencia del arte de tierras altas sobre el de la costa, lo cual parece natural, ya que quichés y cakchiqueles llegaron a Los Altos antes de ocupar el área del Pacífico y el arte tolteca evoluciona continuamente. Así, por ejemplo, la escultura de Tula y de Xochicalco supera a la de Teotihuacán.

Yugos ceremoniales, hachas votivas y metates.—En la cultura Cotzumalguapa se encontraron varios yugos ceremoniales y hachas votivas, ilustradas en la citada obra de Parsons. Este investigador halló, además, gran cantidad de fragmentos de metates que no pueden reconstruirse, salvo un trípode con soportes circulares; hace notar, además, que los yugos y las hachas ceremoniales tienen amplia difusión geográfica.

Tanto los yugos ceremoniales como las hachas votivas son elementos culturales que aparecen simultáneamente en el horizonte tolteca de Guatemala.

Algunos yugos y hachas encontrados en el área quiché están en exhibición en el Museo Nacional de Arqueología de Guatemala. J. Guillemín localizó un yugo liso en Iximché y considera que no corresponde a la cultura de Iximché, sino a la tolteca (informe personal). Tal concepto revela el desconcierto reinante acerca del horizonte quiché-tolteca, ya que la cultura cakchiquel de Iximché se identifica con la tolteca.

Aparecen también los yugos ceremoniales en sitios mayas preocupados por los quichés o influidos por ellos, como Copán, Palenque, el Petén, etcétera.

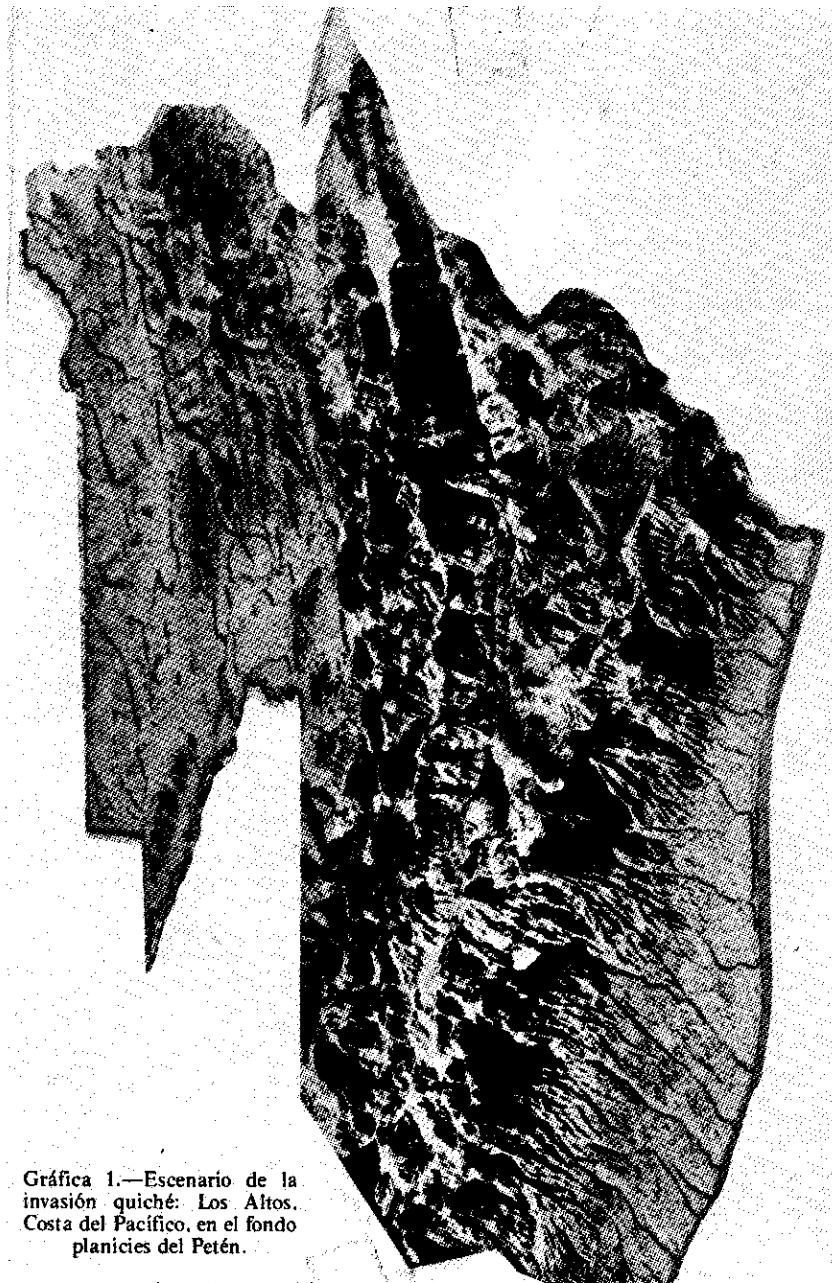
Los yugos son conocidos en Teotihuacán, en el Tajín y la costa del Golfo.

Las «hachas» prismáticas usadas para fines ceremoniales son frecuentes en el Tajín y el arte totonaca.

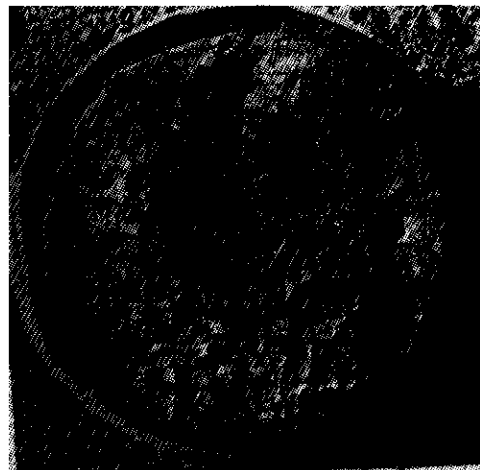
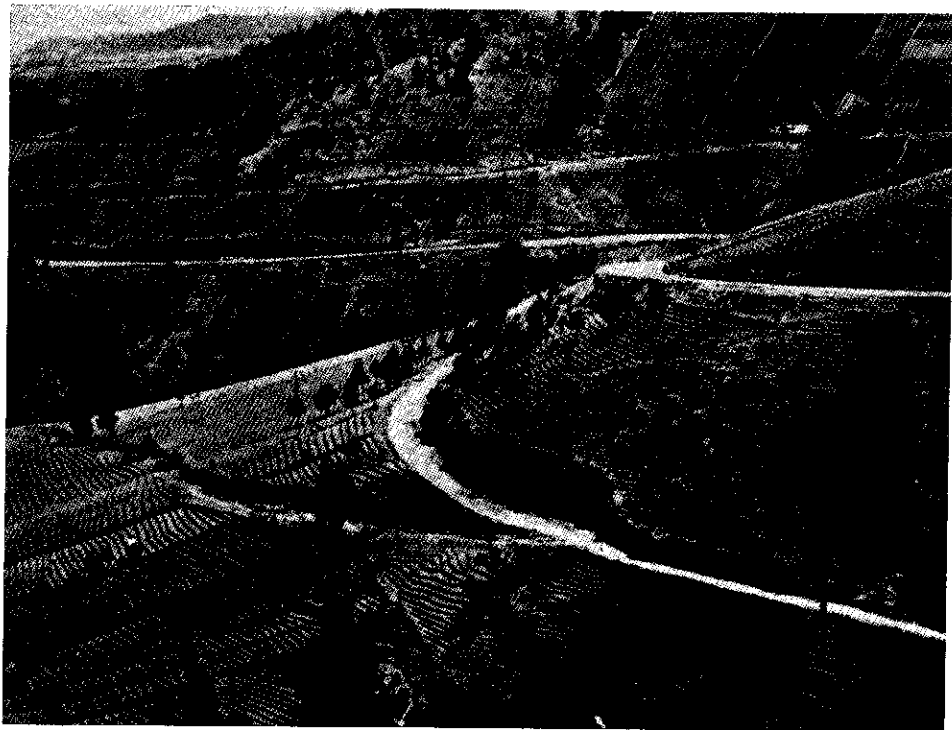
Los quichés introdujeron en la península de Yucatán y en Guatemala la técnica de molienda tolteca. Esta consiste en manejar la piedra trituradora con las manos fuera del metate, en tanto que los mayas molían el maíz con las manos sobre la piedra. El metate trípode con soportes circulares era de uso corriente en el área quiché, en Kaminaljuyú (fase Esperanza) y en la escultura Cotzumalguapa. Ese tipo de metate estaba en uso en Teotihuacán y en el área mixteca. Sigue usándose en Yucatán, con la diferencia que los soportes son rectos y terminados en punta.

Entre las obras menores de estilo Cotzumalguapa, Parsons menciona los espejos de pirita.

Ruz L. resalta la presencia en el Baúl de una serie de patrones mexicanos como hombres-águilas, hombres-jaguares, máscaras de Tlaloc, la representación de la deidad Tlalchitonatíuh, el glifo 6 Quiauitl, etcétera (op. cit., pág. 216).



Gráfica 1.—Escenario de la invasión quiché: Los Altos. Costa del Pacífico, en el fondo planicies del Petén.



Gráfica 5.—Disco incrustado de pirit, con diseños típicos de El Tajih.

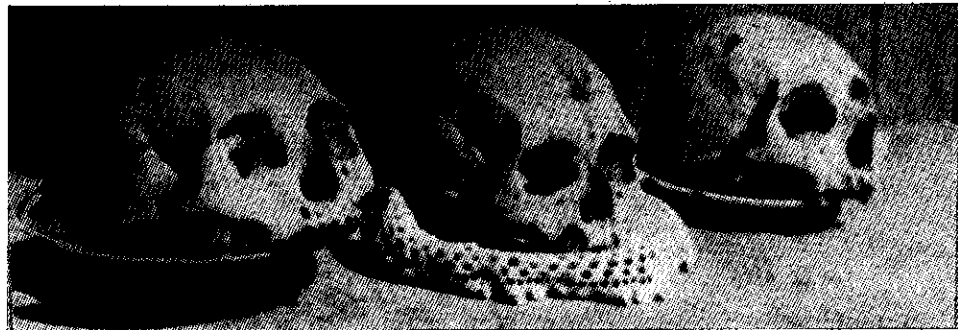
← Gráfica 2.—Cultivo en terrazas cerca de San Francisco el Alto, Totonicapán (Gráfica reproducida de Gene C. Wilken, *American Antiquity*, Vol. 36, n.º 4, 1971, pág. 435).

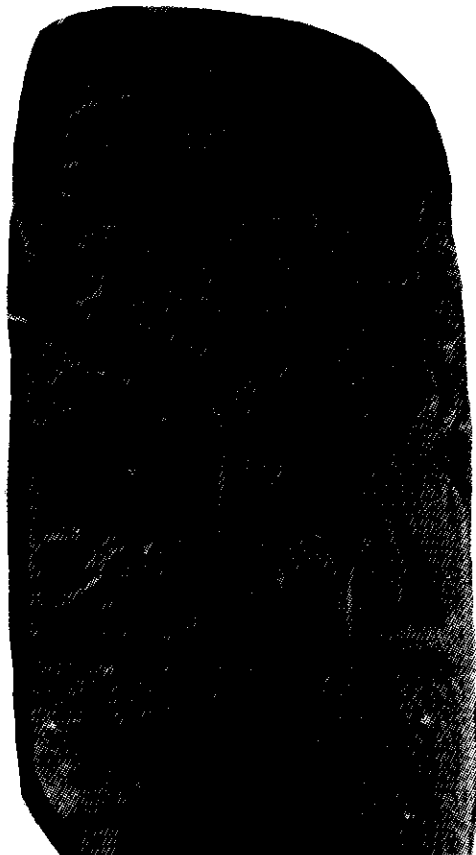
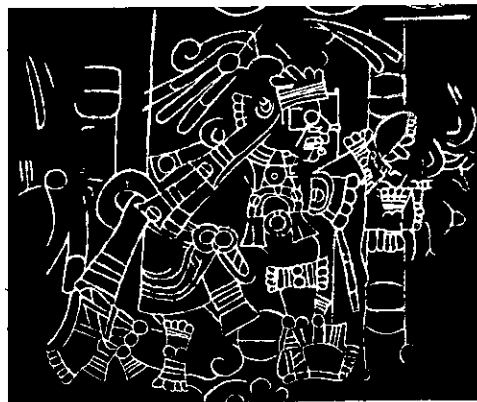
← Gráfica 3.—Fila de tigres en actitud de caminar en una tela quiché.

← Gráfica 4.—Representación de la Serpiente emplumada en una danza de Momostenango.

Gráfica 6.—Escultura de barro, Tikal. Dios brindando una calavera.

Gráfica 7.—Las tres calaveras sagradas de San José, Petén (Foto Anne Girard).





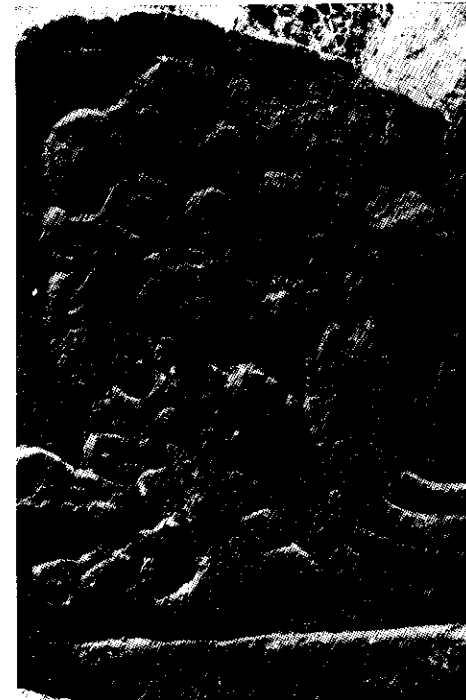
Gráfica 11.—Estela cakchiquel de Pastores.

Gráfica 8.—Panel decorado en un vaso anaranjado fino. Utatlán (Lothrop).

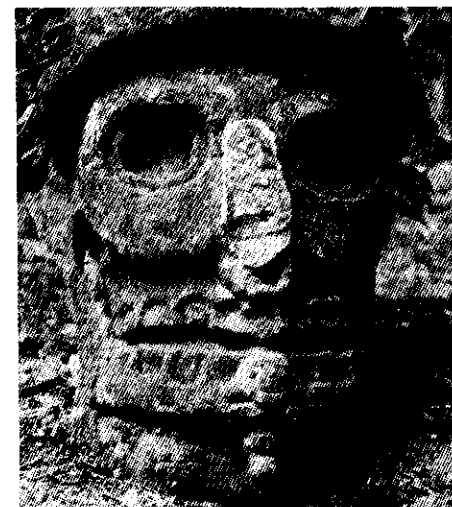
Gráfica 9.—Pintura mural policroma, templo 2 Iximché (cortesía J. Guillemín).

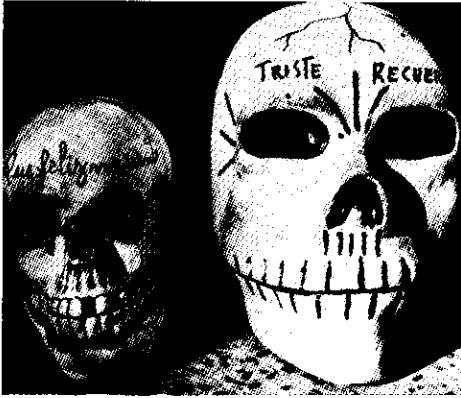
Gráfica 10.—Pintura mural policroma, templo 2 Iximché (cortesía J. Guillemín).

Gráficas 14 y 15.—Calaveras gigantes de piedra, finca La Chacra (La Antigua).



Gráficas 12 y 13.—Esculturas quichés de La Lagunita (cortesía Lehmann e Ichon).





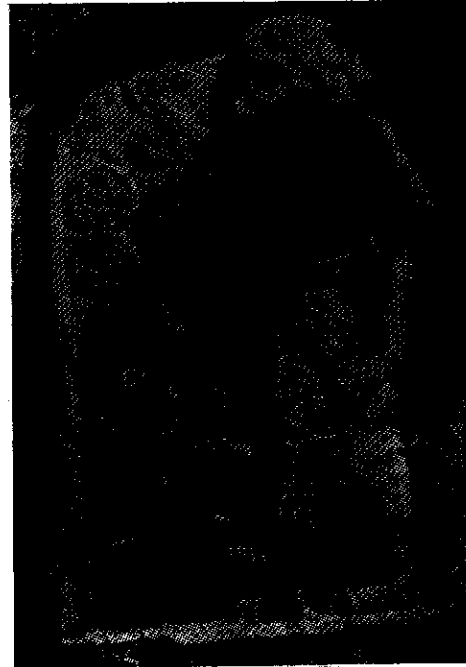
Gráfica 16.—Calaveras que se fabrican tradicionalmente en los suburbios de La Antigua.



Gráfica 17.—Escultura de Cotzumalguapa.



Gráfica 18.—Estela de Xochicalco.



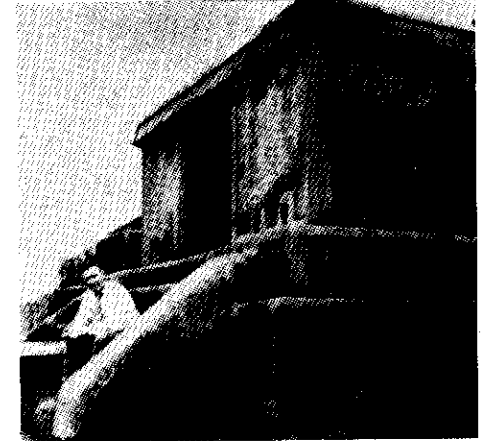
Gráfica 19.—Estela del jugador de pelota. El Baúl.

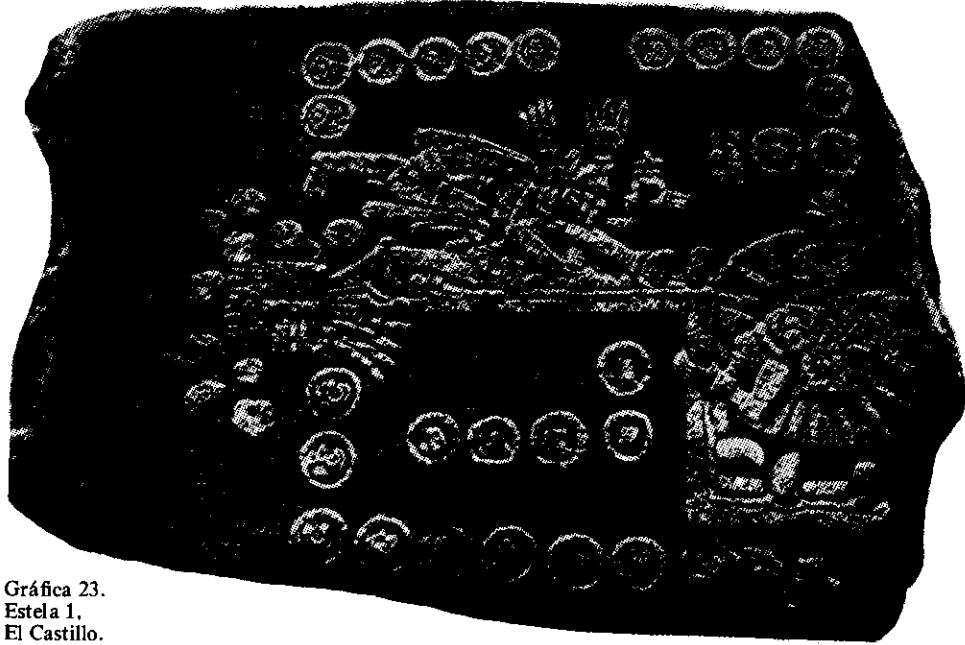
Gráfica 22.—Pirámide escalonada circular. Ceibal.



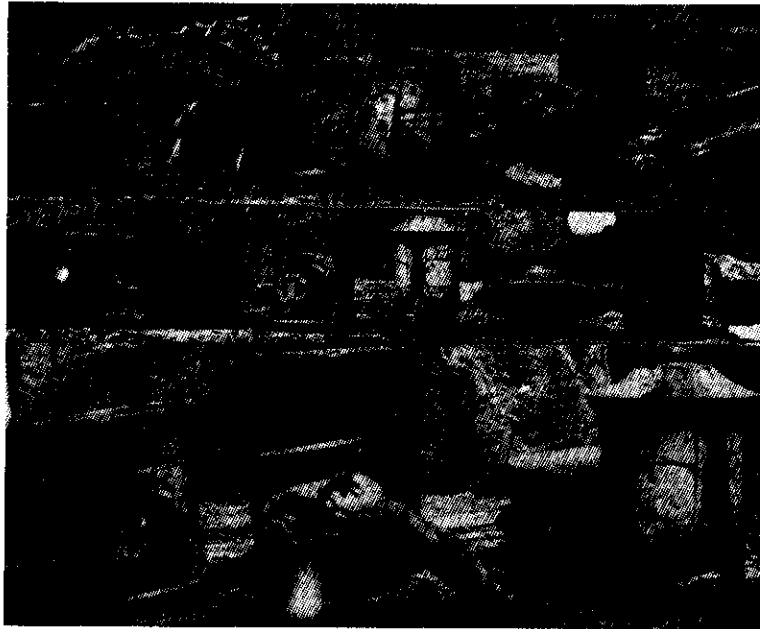
Gráfica 20.—Chalchuapa. Templo de las Columnas.

Gráfica 21.—Chalchuapa. El oratorio.





Gráfica 23.
Estela 1,
El Castillo.



Gráfica 24.
Cerámica
de Copán,
que no
es maya.

En el museo de Arqueología de Guatemala, puede verse una magnífica escultura encontrada en Sacatepequez, área cakchiquel, que representa la cabeza de un caballero-águila similar a la que está en el museo de Antropología de México, sección azteca. La representación del hombre-águila también se plasmaba en artísticas esculturas de barro en Cotzumalguapa, como puede apreciarse en una publicación ilustrada de Nicholas M. Hellmuth.

Incensarios de piedra quichés, adornados ocasionalmente con figuras de Tlaloc, pueden verse en el museo Arqueológico de Chichicastenango.

Un caso raro, quizá único en América, es el hecho de que los quichés esculpieron estelas después de la conquista española. Dos monumentos, grabados de ambos lados, fueron descubiertos en 1972 en la cima del cerro Quiak que domina los llanos de Urbina (Quezaltenango), donde se libró en 1524 una batalla sangrienta entre las fuerzas españolas, capitaneadas por Alvarado, y las quichés, comandadas por Tecún Uman. El cerro Quiak es conocido como la «Torre del Caudillo», por alusión al legendario héroe Tecún Uman. Las estelas fueron grabadas después del día *Uno Ganel*, fecha en que el ejército quiché sucumbió en los llanos de Urbina (Julio César de la Roca). Los líderes quichés mantuvieron durante centurias en secreto la existencia de esos monumentos, haciendo del lugar un centro ceremonial, como lo atestiguan huellas frescas de copal, velas, pino y flores encontradas allí. En una de esas estelas resalta una descomunal lengua bífida de serpiente, el signo en forma de T, y arriba los rayos solares. He dado a conocer esas esculturas en el Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Roma en 1972.

Esta breve reseña —que podría ampliarse mucho más— revela la heterogeneidad de los patrones artísticos del estilo Cotzumalguapa que los arqueólogos relacionan con Teotihuacán, Tula, Xochicalco, El Tajín, Chichen Itzá, La Mixteca y la Costa del Golfo. Tal heterogeneidad, notada también en la cultura quiché y la tolteca de Yucatán, es propia del horizonte quiché.

La cultura Cotzumalguapa no tiene antecedentes locales, corresponde al período cakchiquel, pero de ninguna manera puede atribuirse al clásico de la cultura maya, muchos menos al clásico Temprano, como lo quieren algunos arqueólogos.

Quichés y cakchiqueles ocupan la costa del Pacífico después de haber desalojado de allí a los pipiles, sus tradicionales enemigos.

Lo expuesto basta para establecer firmes correlaciones entre arqueología, etnografía e historia y mostrar que el arte tolteca de Guatemala y el de México representan un conjunto de tradiciones comunes que llegan, a veces, a una completa identidad de rasgos básicos. Naturalmente, los arqueólogos colocan a la cultura Cotzumalguapa y afines en el período

clásico de la cultura maya, por encontrarla asociada con cerámica que corresponde a la fase la Esperanza (S. Miles, *Handbook, op. cit.*, vol. 2, página 266). Se guían por la periodización de Uaxactún y aprecian el status de las culturas, únicamente sobre la base del criterio cerámico. De esta manera atribuyen a la cultura maya un horizonte genuinamente tolteca que se identifica no sólo por su escultura y su cerámica, sino también por sus jeroglifos.

Por otra parte, muchos rasgos o elementos de la cultura Cotzumalguapa como los sacrificios humanos, la orden de los caballeros águilas y de los caballeros tigres, el calendario, la cremación, etc., pueden correlacionarse con la cultura etnográfica de los quichés, pero no con la maya del período clásico (ver la sec. «Etnografía»).

Expansión del arte y del comercio quiché en la América Central

Sobre los escombros de la civilización maya y la anarquía reinante, debido a las luchas de los pipiles contra los autóctonos, se levanta el poderío de los quichés, que representan las fuerzas vivas de la escultura tolteca. Son enemigos de los pipiles, hablan un lenguaje afin al de los aborígenes de Guatemala, están adiestrados en las artes bélicas y poseen una alta cultura, que irradia pronto en toda la América Central, gracias a su excelente organización comercial y artesanal, tradiciones que se remontan a la época de Teotihuacán.

En suma, el área quiché fue el único centro comercial y cultural, cuyas influencias irradian, en toda la América Central, desde Chiapas a Costa Rica y, desde el siglo X, el grupo quiché representa la mayor potencia militar en esta región.

Elaboraban, y elaboran todavía, telas policromas de inigualada belleza y una cerámica artística que son objetos de transacciones comerciales y se exportan a países lejanos como artículos de lujo.

Cuando los quichés invaden Guatemala al final del siglo X, hacía ya mucho tiempo que la cultura maya clásica había dejado de existir. En cambio, la cultura quiché continúa pujante hasta la Conquista y, en muchos de sus aspectos, hasta el presente.

La auténtica cultura maya post-clásica en Guatemala es la chorti, pero esta cultura no ha sido estudiada por los arqueólogos. En páginas anteriores se ha presentado una reseña de dicha cultura que ha sido descrita e ilustrada detalladamente en mi libro *Los Chortis*, tomo V, páginas 1619-1943.

Asimismo, se han dado amplios detalles acerca de la organización artesanal-comercial de los quichés. Ningún otro pueblo de la América Central

tiene una tradición mercantil fundamentada en el comercio exterior como los quichés. Sólo los cocomes de Yucatán comerciaban por mar hasta Honduras.

Ahora que conocemos la cerámica maya del período clásico, la del post-clásico en el área meridional (chorti) y la alfarería quiché, ya no es posible confundir unas con otras.

Ya se ha dicho que los mercaderes quichés recorren en la actualidad sus antiguas rutas comerciales, que parten de Los Altos y se extienden no sólo a todo el país, sino también a Chiapas, El Salvador, Honduras, llegando ocasionalmente hasta Nicaragua y Costa Rica.

Los datos de la arqueología ponen de manifiesto que esas mismas rutas eran usadas durante la época prehistórica, pues a lo largo de ellas se han localizado no sólo cerámica elaborada por los quichés o influenciada por ellos, sino también verdaderos centros comerciales de difusión de la alfarería quiché.

A esta cerámica se ha llamado erróneamente «mayoide», confundiéndola con productos de la cultura maya, sin tener en cuenta que dos factores de peso, el cronológico y el cultural, desvanecen cualquier duda al respecto.

El horizonte de la cerámica comercial quiché, difundida en la América Central comienza después del siglo X y llega hasta la Conquista, es decir, que es contemporáneo de la cultura quiché de Guatemala. El carácter foráneo de este horizonte cultura es evidente en la falta de antecedentes locales o regionales de dicha cerámica. La arqueología de la América Central, al sur del área quiché, presenta, en efecto, el curioso fenómeno de un cambio brusco en la cerámica sin alteración alguna en la fisonomía étnica. Es decir, que no hay ninguna huella de inmigración, concomitante con la intrusión de la cerámica mal llamada «mayoide» que se extiende desde Honduras y El Salvador hasta Costa Rica.

En páginas anteriores se ha hecho referencia a una bella pieza de alfarería quiché, similar a otra de Uxatlán, encontrada por mí en el sitio pipil de Guastatoya. Su presencia allí sólo se explica por la vía comercial.

En la fase «Reocupación», de Copán, posterior a la maya clásica, coexisten tipos de cerámica Tzakol, Copador de estilo Tepeu, vasos piriformes de estilo Ulua-Yoyoa, platos policromos de Nicaragua, «candeleros» y cerámica teotihuacana, incensarios de tipo mixteca (cholteca), alfarería Nicoya policroma o Papagayo y plumiza, que pueden verse en el museo local. Se ilustran algunos ejemplares en la gráfica 24.

Esas variedades de cerámica no implican, desde luego, una convergencia simultánea en Copán de vasos de Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, de la Mixteca o del Centro de México, sino que expresa la

heterogeneidad fundamental de la alfarería del horizonte quiché de Guatemala⁴⁰.

La presencia de la cerámica quiché en Copán es paralela a la influencia política de los quichés en el sector meridional del área maya. Los jefes chortis llevaban el título de Calel, que los quichés otorgaban a sus dignatarios, nombre que se ha mantenido hasta la Conquista en la persona de Copán Calel, el jefe chorti que luchó heroicamente contra las armas españolas.

John M. Longyear III considera que existe un hiatus considerable entre el nivel de la cultura clásica y la fase Reocupación de Copán⁴¹.

Esta fase es contemporánea de la cerámica Ulua-Yoyoa policroma, característica de la arqueología de Honduras, pero que se extiende a toda la América Central. El comienzo de este período corresponde cronológicamente a la fase Tepeu de Uaxactún, como lo hace notar Claude F. Baudez⁴² y la cerámica de este horizonte refleja el estilo Tepeu, que algunos arqueólogos consideran equivocadamente característico del apogeo de la cultura maya clásica.

Se ha tratado en vano de establecer una periodización de la cerámica de este horizonte⁴³, la cual no tuvo más éxito que el intento de periodización de la alfarería quiché.

Aunque la cerámica de este horizonte muestra algunas diferencias locales, éstas se deben más a su distribución espacial que temporal, como lo hace notar Joel S. Canby.

El citado investigador establece que el complejo Ulua-Yoyoa policroma se encuentra siempre en el nivel superior o bien en la superficie, en todas las excavaciones estratigráficas hechas en la región Ulua-Yoyoa-Comayagua, y este horizonte continúa hasta la Conquista.

S. K. Lothrop encontró cerámica Ulua-Yoyoa asociada con plomiza y una figura de metal de la época colonial en Suchitoto, El Salvador.

Se trata, pues, del horizonte arqueológico más reciente, que se superpone a los anteriores. No hay continuidad, en efecto, entre Ulua bicroma y Ulua-Yoyoa policroma. «La alfarería, que en el curso de largos siglos se repetía continuamente, conoce ahora cambios radicales: formas, técnicas decorativas y representaciones nuevas, que sustituyen bruscamente a las

⁴⁰ El lector encontrará un detallado catálogo y descripción de esta cerámica en el capítulo «La fase Reocupación y la cultura quiché» en mi libro *Los Chortis*, páginas 1662-1673.

⁴¹ John M. Longyear, *Copan Ceramics*, Inf. Institución Carnegie, Washington, 1952, pág. 75.

⁴² Claude F. Baudez, *Amérique Centrale*, Ed. Nagel, Genève, 1970, pág. 72.

⁴³ Ver al respecto *Los Chortis*, págs. 1756-1759. En esas páginas, el lector encontrará, además, una detallada descripción de la cerámica Ulua Yoyoa policroma.

antiguas. La decoración policroma aparece, desde sus primeras manifestaciones, en plena madurez, como un arte que no se formó "sur place", sino que viene de fuera. Esto no quiere decir que la cerámica policroma de Honduras y de El Salvador sea maya, pero los estilos originales y de gran calidad que coexisten en el sector, a veces fueron elaborados esencialmente a partir de elementos prestados a los mayas» (C. F. Baudez, *op. cit.*, página 72).

«Influencias mesoamericanas otras que las mayas son identificables, como la representación convencional de Tlaloc, el dios mexicano de la lluvia. Se ignora absolutamente cómo se ejercieron esas influencias, por qué vía o bajo qué forma, comercial o religiosa, pacífica o guerrera, llegaron a la América Central» (Baudez, *op. cit.*, pág. 102).

Los comentarios de Baudez ponen de manifiesto cómo se ha complicado el problema arqueológico y cronológico del horizonte Ulua-Yoyoa policromo y de la América Central por falta de conocimiento de la cultura del horizonte tolteca-quiché. La cerámica Ulua-Yoyoa no puede, de ninguna manera, atribuirse a influencias mayas o mexicanas. Este error de apreciación dimana de la periodización de Uaxactún, que algunos arqueólogos siguen todavía al pie de la letra sin tratar de verificar su exactitud.

La atribución de la cerámica Tepeu a la cultura clásica del Gran Período cambia totalmente el panorama cultural-histórico del área maya y de la América Central, con el consiguiente desajuste entre arqueología, cronología e historia.

Al notar tales incongruencias cronológicas, Joel S. Canby considera que hay un hiatus considerable entre el final del período maya clásico y el comienzo del horizonte Ulua-Yoyoa policroma, hiatus que plantea problemas insolubles (*insoluble problems*). Sin desprenderse del prejuicio de la clasificación de Uaxactún, Canby atribuye ese vacío temporal a un error de cálculo en la correlación Goodman-Martínez-Thompson, que considera totalmente inadecuada (*the 11.16 correlation is untenable*). El citado investigador propone cambiar la correlación 11.16 a otro 10.10, que rejuvenece las fechas, porque, en su concepto, la correlación 10.10 explicaría mejor la posición cronológica de la cultura clásica Ulua-Yoyoa policroma.

Agrega Canby que la cerámica Ulua-Yoyoa policroma corresponde a pueblos que habitaban el país al momento de la Conquista. Y hace notar que desde el punto de vista de la arqueología, está totalmente divorciada de la estricta evidencia estratigráfica e histórica⁴⁴.

Dentro del mismo orden de ideas, A. Caso hace notar que «en el Valle

⁴⁴ Joel S. Canby, «Possible chronological implications of the long ceramic sequence recovered at Yarumela, Spanish Honduras», en *The Civilizations of Ancient America*, Selected Papers of the XXIX Int. Cong. of Americanists. Ed. Sol Tax, New York, 1967, págs. 79, 85.

de México nos falta tiempo para colocar los diversos períodos de la cerámica llamada azteca, mientras al Dr. J. Eric Thompson le sobra tiempo para la región maya. Thompson dice que está de acuerdo en cambiar la correlación para ajustarla a los datos de la arqueología»⁴⁵.

Esos hiatus en el proceso cultural histórico de los mayas, señalados por Caso, Canby y Longyear, no existen en realidad. Son la consecuencia de un sistema de correlación tendente a no separar en tiempo las últimas inscripciones de Cuenta Larga del período Clásico y la invasión tolteca.

Los problemas y las contradicciones notados por Canby son independientes del sistema de correlación que los arqueólogos estiran o encogen a voluntad para ajustarla a teorías confusas y ahistóricas.

Sencillamente no existen tales problemas, desde que tenemos pleno conocimiento de la cultura arqueológica quiché y de su posición cronológica, que está firmemente establecida por las fuentes históricas quichés, cakchiqueles, maya-yucatecas y mexicanas.

Es obvio que el horizonte Ulua-Yoyoa policroma, que se extiende a toda la América Central, no puede ser anterior al siglo X de la era cristiana.

La unidad que presenta, dentro de su aparente heterogeneidad, la aparición repentina y en plena madurez de una cerámica desvinculada de las regionales, pero relacionada con la quiché, señalan las rutas de difusión de productos manufacturados por los quichés y recorridas por sus mercaderes desde la época precolombina hasta la fecha. No hay otra explicación para este horizonte centroamericano tardío.

En cualquier sector de la América Central donde se encuentra este horizonte policromo, sus características generales son las mismas.

En la región del Gran Nicoya, por ejemplo, que abarca el noroeste de Costa Rica y un sector del Pacífico en Nicaragua, esta cerámica es llamada Papagayo Policromo o Nicoya Policromo. Los especialistas consideran que se inspira en la alfarería Ulua Policroma en formas, diseños y lustre. Se caracteriza por la gama variada de su pintura: naranja, rojo y marrón oscuro sobre un engobe de color crema. Algunas de sus formas reproducen las de tipos «posclásicos» de Guatemala, tales como Tohil Plumbate y Fine Orange. Baudez hace notar que el Papagayo Policromo acusa notables influencias mexicanas, en tanto que Albert Holden Norwed resalta los paralelos con la cerámica maya del período Clásico. Dibujos de la cerámica «mayoide» son comunes en el Papagayo Policromo y coexisten con rasgos tales como vasos tripoides con soportes zoomorfos que parecen proceder de la región Cholula-Veracruz de México. En la fase *Late Polychrome* las relaciones con el Centro de México se intensifican con la pre-

⁴⁵ *Boletín* núm. 2, Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos Mexicanos y Centroamericanos celebrada por la Soc. Mex. de Antropología en 1941, pág. 15.

sencia de cerámica Mixteca-Puebla y la aparición de dioses mexicanos⁴⁶. En su citada obra, página 250, Baudez y Becquelin exponen: «Durante la fase Yoyoa, las relaciones entre las policromas y las de las fases Tzakol y sobre todo Tepeu, es decir, del Clásico Antiguo y principalmente del Clásico Reciente del área central maya. En suma, el preclásico recibe la impronta de la civilización olmeca; luego comienza a desarrollarse como un sitio maya, pero las influencias meridionales son más fuertes. Cuando la civilización maya alcanza su apogeo en el Clásico Reciente, el sitio participa claramente de ésta.»

De esta manera se tergiversa toda la historia arqueológica de Honduras. Ninguna cultura hondureña ha tenido relaciones con la olmeca ni recibido influencias de ella. Se ha tratado ampliamente en otra parte del prejuicio olmeca, que oscurece todo el panorama cultural-histórico de Mesoamérica. Tampoco ha tenido relaciones con la cultura clásica del Gran Período maya ni recibido influencias de ella. Las culturas centroamericanas, al sur del área maya, corresponden, como se ha demostrado, al horizonte Formativo. En época tardía, los mercaderes quichés recorren las rutas comerciales de la América Central para vender o cambiar sus ricas telas y su cerámica policroma, que tienen gran demanda por su belleza y colorido. El recuerdo de esos comerciantes se ha mantenido vivo en las poblaciones centroamericanas, que designan con el nombre de *achin* (quichés) a los comerciantes ambulantes. Así se explica el corte abrupto entre la cerámica centroamericana autóctona y el horizonte policromo.

Debe advertirse que los arqueólogos que se ocupan del horizonte policromo en la América Central le subdividen arbitrariamente en fases Temprana y Tardía (Early and Late). Pero esas divisiones no se basan en verdaderas estratificaciones. Están calcadas sobre los modelos tipológicos de la clasificación en boga en el área maya y la quiché, la cual separa arbitrariamente la cultura quiché de la maya. Consideran, asimismo, una subdivisión de la primera en Temprana y Tardía.

De esta manera piensan que la influencia Tepeu I y II se refleja en la cerámica *contemporánea* Ulua-Yoyoa policroma y Copador de Honduras y El Salvador (Doris Stone). Sobre la base de la clasificación de Uaxactún, la cerámica Ulua-Yoyoa-Copador, *contemporánea* con Tepeu, aparece obviamente más antigua que la alfarería Mixteca-Puebla, que se incluye en una división posterior.

Pero se ha visto que la cerámica llamada Mixteca-Puebla corresponde en realidad al Cholulteca Policromo del área Puebla-Tlaxcala y que es sumamente antigua, ya que hace su aparición alrededor de seiscientos años

⁴⁶ Albert H. Norwed, «Ceramic Stratigraphy in Southwestern Nicaragua». Actas del XXXV Cong. Int. de Americanistas. México, 1964, pág. 557.

después de Cristo, según los informes citados precedentemente. Algunos de sus tipos caracterizan el horizonte quiché-tolteca.

La presencia de cerámica plomiza Tohil, junto con Papagayo Policroma en Nacascolo, Costa Rica, es decir, en una cultura relacionada con el complejo Ulua-Yoyoa-Las Vegas-Papalon policroma de Honduras plantea a los arqueólogos un problema difícil de resolver.

Las enormes cantidades de cerámica tolteca distribuidas de Chiapas a Costa Rica ponen de manifiesto que los quichés fabricaban cerámica en serie y en gran escala para la exportación a distancias considerables del área metropolitana. La arqueología nos proporciona una valiosa documentación objetiva para apreciar la importancia y la extensión del comercio quiché.

Una vasija plomiza de Pijijiapán, Chiapa, por ejemplo, es muy parecida a otra plomiza Tohil de Costa Rica (C. Navarrete). Amalia Cardos de M. menciona el hallazgo de cerámica Plumbate duplicada en sitios muy alejados entre sí, como la vasija silbadora encontrada por Saville en Honduras y su duplicado hallado por Drucker en Veracruz; jarras con base de pedestal y efigie de la serpiente emplumada con una cabeza humana en las fauces se encontraron en Teotihuacán y el Quiché. La representación de efigies de dioses del panteón Centro Mexicano en la cerámica Plumbate, tales como Tláloc, Xipe-Totec, Macuilxóchitl y Xiuhtecuhtli, sugiere la posibilidad de que los fabricantes de ella sean gentes de extracción mexicana⁴⁷.

En la sección Etnografía ha sido resaltada la perfecta organización de los comerciantes quichés. Saben el tipo, calidad y cantidad de mercancía que han de llevar y también saben lo que pueden comprar en cada localidad y dónde pueden revender esos productos en condiciones más ventajosas. En otros términos, su comercio es de exportación e importación. Es probable que por ese conducto llegaron piezas de oro o de metal de Costa Rica a otras plazas, como Tazumal y Chichén Itzá, y aun en su propio territorio.

La mano del artista quiché o del cakchiquel es evidente además en obras arquitectónicas que se encuentran fuera del área quiché. En Mixco Viejo, por ejemplo, hay construcciones que recuerdan las de Rabinal. La única escultura encontrada en este sitio es de estilo Cotzumalguapa. Se percibe la influencia quiché en construcciones, como las de Zaculeu o Chalchuapa. Se ilustra en las gráficas 20 y 21 el llamado Templo de las Columnas de Chalchuapa, que corresponde a la última fase de construcción. Está asociada a depósitos de cerámica Papagayo o Nicoya Policroma, Tohil Plumbate e incensarios mixtecos (C. Baudez).

⁴⁷ Amalia Cardos de M., «El comercio de los mayas antiguos», Acta Antropológica, vol. II, núm. 1, México, 1959, pág. 96.

Al tratar de las relaciones y rutas comerciales, Carlos Navarrete insiste en el valor de la Etnografía para el estudio y conocimiento del pasado, particularmente de las costumbres de índole religiosa en asociación con el comercio. Manifiesta además que la definición tipológica de materiales arqueológicos debe rebasar la simple cuantificación y el mero ejercicio descriptivo para resolver viejas preguntas, como la procedencia y abastecimiento de materias primas, la localización de talleres, qué elementos pasaron de una región a otra y cuál es el mecanismo de intercambio.

Pero esto solamente lo podemos lograr si los arqueólogos adoptamos una posición científica humanística, o sea, retornando a la Antropología en su sentido cabal; de ella nos ha separado un criterio pragmático, superespecializado, donde cuenta más la aplicación de técnicas y métodos experimentales que la verdadera reconstrucción del pasado, olvidándonos que en éste, al igual que en nuestros días, es el ser humano el que conforma y modela la sociedad⁴⁸.

Evidentemente, las sugerencias de Navarrete señalan los rumbos que ha de seguir la investigación para lograr resultados fructíferos. Se ha visto la contribución que aporta la etnología a la arqueología y la historia, al señalar que los quichés son el único pueblo en la América Central que tenía una fuerte organización institucional de artesanos y mercaderes, que inundaron con sus productos manufacturados los mercados del área comprendida entre Chiapas y Costa Rica, y que recorren todavía sus viejas rutas comerciales. Asimismo, se estableció que la cerámica llamada «mayoide» era manufacturada por los quichés.

Es obvio que el método interdisciplinario ofrece perspectivas más amplias y más correctas del pasado maya-quiché y que esas culturas resultan más claras una vez comprendido su desarrollo histórico. Para ello es necesario acudir a las fuentes mitológicas, que son las fuentes originales de la historia y del pensamiento maya-quiché. Ellas permiten reconstruir el curso de su evolución cultural, observar los cambios que ocurren en el curso del tiempo y el desarrollo de las condiciones en que se desenvuelven esas agrupaciones.

Así se alcanzan informes científicamente válidos, porque pueden ser verificados por la investigación antropológica, como los que se exponen en el presente estudio.

⁴⁸ Carlos Navarrete, «El sistema prehispánico de comunicaciones entre Chiapas y Tabasco», *Anales de Antropología*, vol. X, México, 1973, pág. 86.